

LA ESPAÑA MODERNA



AÑO 14.

NUM. 157

LA

ESPAÑA MODERNA

~~~~~

**Director: JOSÉ DE LAZARO**

—

**ENERO, 1902**

—

**MADRID**

**ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO**

*Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020.*

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

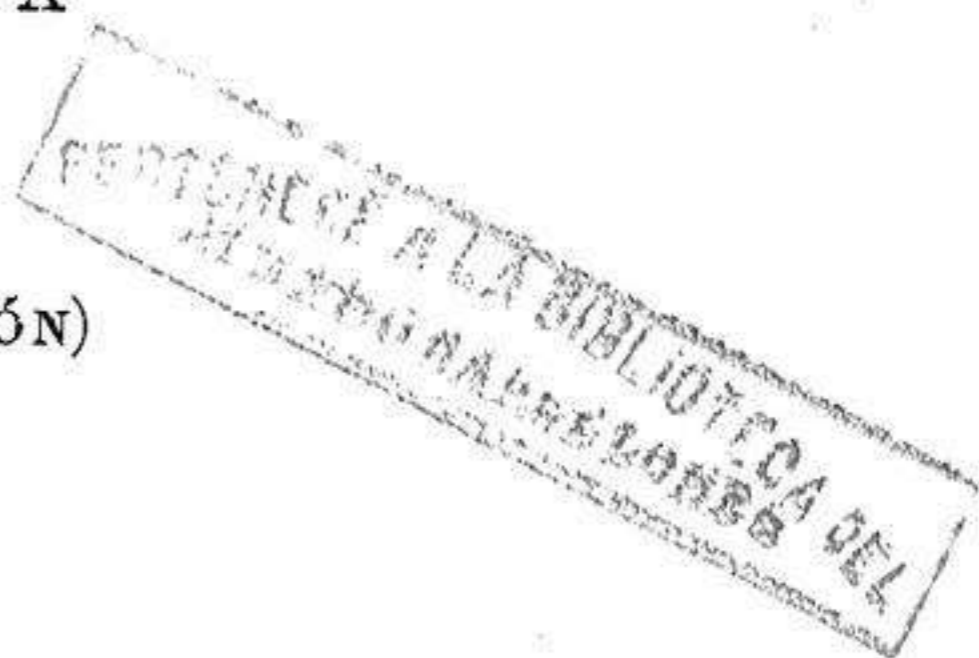
# SU MAJESTAD

NOVELA

—

(CONCLUSIÓN)

XII



Había llegado el otoño; frecuentemente se oscurecía el azul del cielo, y por la mañana soplaba el viento del Norte encrespando el mar, que tomaba reflejos metálicos; después salía el sol, haciendo que se sintiese calor en determinadas horas y se pudiese coger un enfriamiento á traición al volver una esquina; entre cuatro y cuatro y media se ponía el astro, y se enfriaba el aire entre los palacios de mármol, en las calles y en las plazas.

Era una estación malsana; la Emperatriz y Berengario habían cogido un enfriamiento al dar un paseo en carruaje descubierto, y como ninguno de los dos salía de sus respectivas habitaciones, Othomar iba á su vez á verlos, como antes lo hicieran ellos con él; la Emperatriz tosía, y Berengario estaba con calentura. Aseguraban los médicos que nunca había habido tantas enfermedades como entonces. Y la tristeza reinaba en las habitaciones del Palacio y en toda la ciudad, donde ya no se veía en ninguna parte á la familia imperial. Jamás fueron tan reducidas las comidas en la corte, y á los escasos invitados les producía una impresión penosa no ver á la Emperatriz con su aspecto delicado y majestuoso, sentada al lado del

Emperador; la Princesa Thera no conseguía desarrugar el ceño de su padre.

Othomar ignoraba que inspirase cuidados el estado de su madre, la cual continuaba recibéndole con la misma alegría que sabía conservar á pesar de su padecimiento. Los médicos no le decían nada, y le ocultaban los boletines.

Pero su hermano recibía á Othomar con menos dulzura que la Emperatriz; el joven se encolerizaba, y recriminaba á los médicos que se empeñaban en tenerle en la cama.

Un día entró Othomar en la habitación de su hermano, en ocasión que estaban los médicos. La fiebre había aumentado, pero el Principito quería levantarse; estaba muy enojado, insultaba á los médicos, y hasta llegó á pegar á uno en su venerable calva con el puño cerrado.

—Cuando estés mejor, Berengario—le dijo Othomar después de haberle tranquilizado—te haré un regalo.

—¿Qué me vas á regalar?—se apresuró á preguntar el joven.—Ya estoy mejor.

—No; tienes que hacer lo que te manden los médicos, y no revelarte.

—¿Y qué me vas á dar?

Othomar se le quedó mirando.

—¿Qué me vas á dar?—repitió el enfermito.

—No te lo puedo decir aún, Berengario; tal vez sea un regalo demasiado grande para ti.

—¿Qué es, pues? ¿Algún caballo?

—No, no es tan grande como un caballo, pero pesa más; no me preguntes más, ni vuelvas á pensar en ello; cuando estés mejor, lo sabrás.

—Más pesado que un caballo, pero no tan grande...—dijo reflexionando Berengario con las mejillas encendidas.

Con la cabeza inclinada y el paso vacilante, Othomar se volvió á su cuarto.

Durante algunas horas permaneció tranquilo, melancólico, en la misma actitud. Como de ordinario, no asistió á la comi-

da y probó apenas lo que le sirvió Andrés. Después se tumbó en un diván y cogió un libro, pero lo arrojó en seguida y se puso en pie movido por un repentino impulso.

—¿Por qué no ahora?—pensó. —¿Por qué aplazarlo siempre?

Anocheía, pero las galerías superiores del palacio no estaban alumbradas todavía. Atravesó las sombras y se dirigió á las habitaciones del Emperador. El chambelán le hizo pasar. Oscar estaba sentado ante su escritorio con una pluma en la mano.

—¿Te incomodo, papá? ¿Puedo hablarte?

—No me incomodas. ¿Has estado á ver á tu madre?

—Sí, esta tarde; estaba mejor: pero Berengario tenía calentura.

El Emperador le miró.

—¿Más que esta mañana?

—No sé; pero estaba muy arrebatado.

El Emperador se levantó.

—¿Quieres hablarme?

—Sí, papá.

—Espera un poco. No he visto á Berengario desde esta mañana.

Salió dejando la puerta entreabierta. Othomar se quedó solo y se sentó. Miró en rededor del gabinete, que le era bien conocido por verificarse en él las conferencias de las mañanas con el Canciller. Hacía algún tiempo que no había entrado allí. Pensaba en lo que iba á decir, y sin saber lo que hacía se puso en pie ante el nuevo espejo que sustituía al que rompió Oscar.

Este volvió.

—Berengario no está nada bien; la fiebre aumenta—dijo con voz temblona;—tu madre está con él.

En la preocupación de sus pensamientos no se dió cuenta Othomar de que su hermano debía encontrarse, en efecto, bastante mal, cuando su madre, que tampoco estaba buena, había ido á su lado.

—¿Y qué es lo que querías decirme?—preguntó el Emperador cuando vió al Príncipe silencioso.

—Quería hablarte de Berengario.

—¿De Berengario?

—Sí, de Berengario y de mí. He hecho un parangón entre nosotros dos, papá; los dos somos hermanos é hijos tuyos... ¿Cuál de los dos crees tú que se parece más á ti y á nuestros antepasados?

—¿A dónde vas á parar, Othomar?

—Al derecho; á la justicia. La Naturaleza á veces es injusta y ciega. Debiera haber hecho nacer antes á Berengario, y después á mí... ó no debiera haber hecho que yo naciera...

—Repito que digas lo que quieres indicar con todo eso, Othomar.

—¿No lo comprendes, papá? Te lo diré. ¿No es más Príncipe que yo Berengario? ¿No es á causa de esto tu favorito? ¿Y debo yo privarle de un derecho natural en razón de mi derecho tradicional? Quiero renunciar en su favor, papá; renunciar á todo, á todos mis derechos.

—Este muchacho está loco—murmuró Oscar.

—A todos mis derechos—repitió Othomar,—como si viese el porvenir, y coronado á su hermano.

—¿Estás delirando, Othomar?—preguntó el Emperador.

—No, papá, no deliro. Lo que estoy diciendo lo tengo pensado hace días, hace semanas, tal vez. No sé; ¡corre el tiempo tanto! Lo que le digo se lo he confiado á mamá. Lloró, pero no me contradijo; ve la cosa tan bien como la veo yo... Y lo que digo lo tengo completamente decidido, y nada me hará cambiar de idea... Amo á Berengario; se lo cedo todo gustoso, y hago votos para que sea feliz en mi lugar. Estoy persuadido, y tú también, de que Berengario será mejor Emperador que yo; yo no tengo cualidades para...

Hizo un movimiento nervioso, y continuó:

—No tengo talento, no tengo nada. Carezco de decisión,



no sé obrar, siempre seré un hombre de ideas. Y ¿por qué había de ser yo Emperador, y él nada más que Jefe superior de mi Ejército ó de mi Marina? Todo esto no es lógico, no está en la Naturaleza. Papá, le cedo mis derechos de primogénito, y yo me limitaré á vivir..., si puedo.

El Emperador, con los codos puestos sobre la mesa y la cara apoyada entre las manos, le miraba con los párpados entornados.

—¿Tú piensas todo eso?—preguntó.

—Sí, papá.

—¿Y no deliras?

—No, papá, no deliro.

—Entonces estás loco.

El Emperador se puso en pie.

—Estás loco, te digo. Othomar, reconoce tu locura y vuelve en ti; no pierdas por completo la cabeza.

—¿Por qué me dices que estoy loco, papá? ¿No reconoces conmigo que Berengario vale más que yo?

Oscar le miró con crueldad.

—No, en eso no estás loco, en eso tienes razón.

—¿Y por qué soy loco entonces, puesto que por tales razones quiero abdicar en su favor?

—Porque no puede ser, Othomar.

—¿Qué ley lo impide?

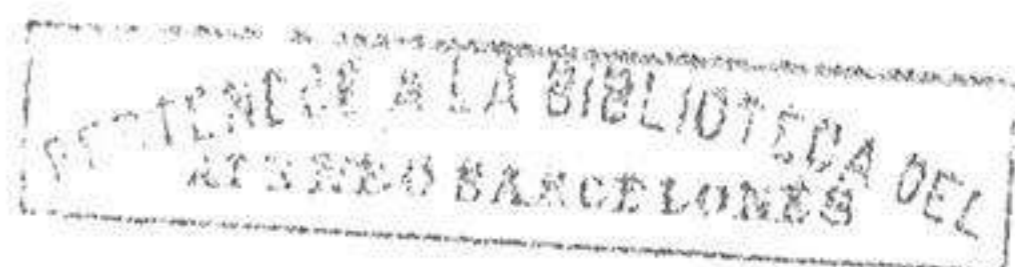
—¡Mi voluntad!

El Príncipe se irguió.

—¿Tu voluntad—exclamó,— tu voluntad? ¡Reconoces que no soy Príncipe sino de nacimiento, reconoces que Berengario posee tu energía personal de Emperador, y quieres... quieres que no abdique! ¿Y piensas que me he de inclinar ante tu voluntad?

Y soltó una ronca carcajada.

—No, papá, no cederé ante esa voluntad. En todo podrá prevalecer tu voluntad menos en esto. Llamarías á todo tu Ejército y no podrías impedirme esto. Hay un límite para la



voluntad humana, y nada, nada, nada puede impedir que me sienta incapaz de reinar y de llevar una corona.

El Emperador cogió á Othomar por las muñecas.

—¡Miserable, imbécil!—gritó, y rechinó los dientes.—¡Miserable! Tienes razón, no tienes nada de Emperador, jamás tendrás nada de eso. Si no supiese bien lo contrario, te diría que eres hijo de un lacayo. ¡Tienes razón, eres incapaz de nada! ¡No es para ti nuestra corona! Y sin embargo, aunque tuviera que encerrarte en una prisión para que nadie oyera tus vilezas, no abdicarás. Mi voluntad va más allá de lo que te figuras. No lo harás, no, no abdicarás; aunque tal vez debiera en este momento separarte del mundo como un monstruo. Tú no lo comprendes en tu cerebro obtuso, ¿eh? ¿No comprendes por qué, á pesar de amar á Berengario más que á un vil como tú, no quiera verle en tu puesto? Te lo diré: es porque no quiero dar al mundo un testimonio de la decadencia de nuestra raza; no quiero que se vea lo que se ha degenerado en ti; y antes te mataré, tenlo presente, que consentir en tal renuncia.

Rudamente Oscar cogió al Príncipe por los hombros y lo arrojó sobre una butaca; lo tenía entre sus manos como una presa.

—Pero como no eres hijo de un lacayo, sino que eres mi hijo, no te mataré, porque soy tu padre, á pesar de que no me respetas. Tú tienes, según creo, una altísima idea de tu sensibilidad, pero careces en absoluto de sentimientos. Tú no comprendes que has cometido una vileza, la vileza de un proletario, de un esclavo, de un paria, de un miserable... Tú no has pensado ni un momento en el dolor que me causabas con tu villanía. Tú has pensado que yo amaba á tu hermano más que á ti, y que, por lo tanto, aprobaría tu miserable proyecto sin pensar que con tu acción ruín me ibas á causar el mayor dolor que jamás he experimentado...

Othomar permanecía en la butaca, sin fuerzas, abrumado. No acertaba ya á reconocer cuál era el derecho, ni cuál era la verdad; no se daba cuenta de lo que le sucedía. Las palabras

de su padre le herían como fustazos, y se hallaba sin alientos para responder; aquellas ultrajantes recriminaciones le tenían anonadado. Las palabras vileza, monstruo, locura, decadencia, se confundían en su cerebro; se hundía en un fango que le asfixiaba. Y se desesperaba al sentirse con vida, al ver los objetos que le rodeaban, al ver la luz. Pensó un instante en su madre, pero tenía sed de tinieblas, ansias de morir, de desaparecer, con su escándalo, con su decadencia, con su tristeza de alma de paria. Todo esto cruzó en un segundo por su imaginación, entre aquel tropel de injurias. Sabía que Oscar tenía constantemente un revólver cargado en uno de los cajones de la mesa, y todas sus ideas se concentraron en el revólver, en apoderarse de aquella arma. En un instante se levantó, abrió el cajón y empuñó el revólver.

¿Pensó Oscar que su hijo, ultrajado por las últimas palabras, atentase contra la vida de su padre? ¿Adivinó en su hijo el deseo del suicidio? ¿Se le ocurrió la idea de que el suicidio es la suprema salvación del paria...? El caso fue que por instinto se precipitó sobre Othomar, pero el Príncipe le esquivó con rapidez; y con los ojos extraviados y descompuesto el rostro, en el último grado de la desesperación, se llevó el revólver á la sien...

—¡Othomar!—gritó el Emperador.

En aquel momento se oyeron pasos, unas palabras, y el Marqués de Xardi, Ayudante de Campo del Emperador, pálido y convulso, apareció en la puerta.

—Señor—dijo:—la Emperatriz desea que Vuestra Majestad vaya inmediatamente al lado del Príncipe Berengario.

Salió el tiro; la bala fué á incrustarse en la pared; brotó la sangre en el oído de Othomar.

El Emperador había cogido al Príncipe y le arrancó de la mano el arma cargada aún con cinco balas; durante la lucha fué á estrellarse otra bala en el techo de la estancia. Othomar cayó al suelo sin proferir palabra.

—Marqués—dijo el Emperador á Xardi—no sé lo que pen-

sará usted de esto, pero he aquí lo que le digo: Usted no ha visto nada, ni piensa nada. Lo que ha sucedido aquí cuando usted ha entrado, como si no hubiera sucedido.

Y extendió hacia Xardi su brazo amenazador.

—No se olvide jamás de que aquí no ha ocurrido nada, porque me olvidaría yo de quién es usted, aunque su árbol genealógico sea más antiguo que el nuestro.

Xardi, lívido, se limitó á exclamar:

—¡Dios mío, señor!

—¿Qué le ha movido á usted á entrar en el gabinete de su Emperador de esta manera? El mismo Duque de Xara se hace anunciar, Marqués.

—Señor...

—¿Por qué? ¡Dígalo!

—Su Majestad...

—¿Qué, Su Majestad?...

—El Príncipe Berengario... la fiebre ha aumentado, el delirio, señor... y los médicos...

El Emperador palideció.

—¿Ha muerto?—exclamó.—¡Dígalo pronto!

—Muerto no, pero...

—¿Pero qué?

—Pero los médicos no tienen ya esperanzas.

El Emperador lanzó una blasfemia, empujó al Ayudante de Campo y se lanzó fuera de la habitación. El Príncipe heredero se había levantado, la vida volvía á él con su realidad de tristeza; le parecía una pesadilla. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Xardi—dijo con acento suplicante,—tu casa ha sido siempre leal á la nuestra; júrame que callarás.

El Marqués, muy pálido, miraba al Príncipe heredero.

—Señor...

—Júramelo, Xardi.

—Se lo juro á Vuestra Alteza—dijo el Ayudante de Campo con voz sorda, extendiendo su mano hacia el crucifijo colgado de la pared.

Othomar le estrechó la mano, y dijo sin poder hablar apenas:

—El Príncipe Berengario... ¿Ha empeorado así, de repente?

—La fiebre aumenta por momentos, señor, y delira.

—Voy á verle—replicó Othomar.

Con el pañuelo se enjugó la sangre que corría de su oído, y salió; el pañuelo aplicado á la herida se llenó de sangre inmediatamente.

En la antecámara pasó ante el chambelán, que le miró de reojo. Xardi se detuvo.

—El Duque de Xara se ha herido ligeramente—dijo—examinando el revólver del Emperador; cuando entré se le dispararon dos tiros.

—Los he oído—murmuró el chambelán lívido.

—Por poco sucede una desgracia...

Se callaron, se miraron, se comprendieron y se estremecieron.

La noche parecía que amontonaba sobre el palacio siniestras nubes.

—¿Y el Príncipe Berengario?—preguntó el chambelán temblando.

Xardi se encogió de hombros; sus ojos, llenos de lágrimas, atestiguaban el amor innato, heredado al través de los siglos, hacia sus Príncipes.

—Se muere—dijo sordamente.

### XIII

El Príncipe heredero atravesó la antecámara; uno de los médicos preparaba en un plato compresas de hielo, y un criado traía más hielo en un cubo. La puerta de la cámara estaba abierta, y Othomar se detuvo en el umbral.

Berengario hablaba y cantaba con dulzura.

La Emperatriz, pálida, enferma, dominándose á pesar de todo, estaba sentada á la cabecera de su hijo, en unión de la Princesa Thera.

El Emperador cambiaba algunas palabras con los otros dos médicos, cuyos rostros expresaban una muda desesperación. Las facciones de Oscar se contraían horriblemente.

—¡Dios mío! ¡No me reconoce ya, no me reconoce!—decía sollozando el Emperador.

—¡Ni tampoco á mí!—murmuraba la Emperatriz

—¿Qué será? ¿qué será? ¿qué será?—canturreaba el Príncipe, y su voz, tan penetrante de ordinario, era dulce como la de un pájaro; parecía como si se contase algo á sí mismo.

—Tengo un regalo de mi hermanito, de mi hermanito, un hermoso regalo—murmuraba; y el Emperador oía aquellas palabras sin comprenderlas; y el niño seguía pronunciando el nombre del Príncipe heredero con su título;—Othomar, Othomar de Xara, de Xara;—en aquel momento se volvió hacia la puerta el Emperador, y dijo:

—Othomar, pronuncia tu nombre, ven, tal vez te reconozca.

Othomar se adelantó. Pasó ante el Emperador y se arrodilló á los pies de la cama.

Una sonrisa iluminó el rostro de Berengario.

—Se calma—dijo á Oscar uno de los médicos, que no podía contener las lágrimas;—observe Vuestra Majestad: el Príncipe reconoce á Su Alteza el Duque...

Y su voz temblaba de alegría.

Los celos contrajeron las facciones del Emperador.

—¡No, no!—replicó.

—Sí, señor, vea Vuestra Majestad—insistió el doctor volviendo á esperar.

—O... Othomar, Othomar de Xara,—cantaba el Príncipe.

Había reconocido á su hermano; pero no le veía en la realidad; le veía solamente al través de su excitación, de las alucinaciones de la fiebre.

—¿Qué me traes? ¿Más pequeño que un caballo; pero más pesado, más pesado? ¡Oh! ¡Cómo pesa, cómo pesa!

Y su voz se esforzaba, como si levantase algo. Sus manos, largas, contraídas, parecía que sostenían un objeto muy pesado para él.

—Berengario—dijo Othomar, con acento desgarrador y el corazón destrozado.

—Othomar—respondió el niño.

El Emperador exhaló un grito de dolor.

—Sí, tú siempre has sido bueno para mí—continuó el Príncipe cantando;—me has regalado siempre cosas muy bonitas; ¿te acuerdas de aquellos hermosos cañones que me diste por mi cumpleaños? y aquella pistola; pero mamá tenía mucho miedo... ¿Te estás muriendo, Othomar? Mira la sangre que tienes en el oído. Todos los que pierden sangre se mueren. ¿Te estás muriendo, Othomar? Mira, tienes sangre en el traje...

La Emperatriz permanecía sentada, rígida; su mirada iba de Berengario á la herida de su hijo mayor.

—Sangre, sangre, sangre—continuaba diciendo Berengario—¡Othomar se está muriendo! ¡Y me regalaba cosas tan bonitas! Tengo más que todos los muchachos de Liparia. ¿Qué me dará ahora? ¿Qué es esa cosa tan bonita? La siento, es muy pesada, pero no la veo.

El médico entró con las compresas.

—¡No la veo... no la veo!—murmuraba el niño quejándose, cansado. Cuando el médico le puso las compresas se agitó y se echó á llorar como si experimentase una gran pena.

—¡No la veo!...—dijo sollozando.—¡Ya no la veré!

El exceso de llanto fue seguido de una crisis violenta. Golpeaba el aire con sus brazos; se arrancó las compresas, y con mirada extraviada se quitó las ropas de la cama.

Othomar se había levantado, y la Emperatriz hizo lo mismo. Oscar, sentado en una silla, con el rostro entre las manos,

sollozaba apoyado en Thera. Los médicos se habían acercado al lecho, esforzándose en calmar á Berengario; pero éste les pegaba en la locura de la fiebre.

En aquel momento entró el Dr. Barzia, al que habían ido á llamar.

—¿Qué hace aquí Vuestra Alteza?—se apresuró á decir á Othomar.

El Príncipe no respondió.

—Que Vuestra Alteza vuelva inmediatamente á su habitación—añadió el doctor.

—¡Salve usted á mi hijo!—exclamó el Emperador ahogado por los sollozos.

—Antes salvo al Príncipe heredero, señor; se está matando aquí.

—Bien, bien; pero ¡salve usted á este otro!—replicó Oscar con desgarrador acento.

Los otros médicos habían dado órdenes; los criados trajeron una bañera con agua tibia...

Pero Othomar no vió nada. Seguido por las severas miradas de Barzia, atravesó los corredores entre un grupo de oficiales y chambelanes que le abrieron paso y entró en su gabinete, que estaba á oscuras.

En la oscuridad creyó sentarse en una butaca y se cayó al suelo, en donde comenzó á gemir y á suspirar, concluyendo por llorar á gritos presa de un ataque de nervios. Andrés entró y tropezó con el Príncipe; encendió el gas y trató de levantar á su amo, que pesaba como el plomo.

Othomar continuaba exhalando agudos gritos. Andrés llamó repetidas veces, y por fin aparecieron un lacayo y un chambelán por la puerta opuesta.

—Llama al Dr. Barzia—dijo al lacayo.—Ruego á Vuecencia que me ayude á levantar á Su Alteza—dijo al chambelán;—pero el lacayo volvía con el doctor, que no pudiendo hacer nada por Berengario había seguido al Príncipe heredero, al que se encontró en el suelo con el ataque.



—Que me dejen solo con Su Alteza—exclamó mirando á los que le rodeaban.

El doctor era alto, de constitución robusta. Se acercó al Príncipe y, á pesar de su estado nervioso, le levantó y lo colocó en una butaca, mirándole intensamente en los ojos con su mirada sugestiva.

De repente Othomar cesó de gritar y guardó silencio. Incluyó la cabeza, rendido, en el hombro de Barzia. El Príncipe se había tranquilizado como un niño, sin que Barzia hubiese pronunciado una palabra.

—Ruego á Vuestra Alteza que se acueste—dijo el doctor con voz de dulce autoridad.

Levantó á Othomar, encendió él mismo la luz de la alcaba y ayudó al Príncipe á desnudarse.

—¿Por qué sangra Vuestra Alteza del oído?—preguntó Barzia, cuyos dedos se habían manchado de sangre.

—Un golpe...—respondió Othomar con voz apagada.

Y volvió la cabeza cerrando los ojos.

El doctor no replicó, y como á un niño lavó á Othomar el oído, el cuello y las manos con el esmero de una madre. Después le acostó, le tapó y arregló la estancia como un ayuda de cámara. Luego se acercó al lecho y cogió las manos de Othomar, mirándole dulcemente con la extraña expresión de sus ojos. La lámpara dejaba en la penumbra el busto de Barzia é iluminaba solamente su cabeza calva, en la que se veían hacia las orejas algunos mechones grises.

Después de un rato de silencio, dijo:

—Vuestra Alteza quiere curarse, ¿no es verdad?

—Sí—contestó Othomar, á pesar suyo.

—¿Y cómo ha de lograrlo Vuestra Alteza?—añadió el doctor.

El Príncipe no respondió.

—Vuestra Alteza no lo sabe. Sin embargo, demasiado sabe Vuestra Alteza que lo primero es permanecer tranquilo, muy tranquilo.

Y estrechaba dulcemente una mano de Othomar, con presiones regulares como si quisiera adormecerle.

—Así, pues, Vuestra Alteza tiene que dominar los nervios, y no dejarse en manera alguna dominar por ellos. De esta manera — continuó diciendo Barzia con una sonrisa, — podrá Vuestra Alteza pensar en algo más de lo que en estos momentos piensa. ¿Quiere dormir Vuestra Alteza, ó puedo seguir hablando?

—Sí, hablè usted—murmuró el Príncipe.

—Estos son días de gran dolor para el palacio—dijo el médico.—Vuestra Alteza debe pensar en estos días, pero sin dejarse abatir por el dolor. Vuestro augusto hermano no se salvará probablemente; ¿quiere Vuestra Alteza pensar en ello y en sus desgraciadas Majestades? Hay días para un país, para una familia, en los que la desgracia parece concluir con todo. ¿No le parecía á Vuestra Alteza que hoy era el fin de vuestra raza? ¡Calma! No se altere Vuestra Alteza y déjeme charlar como un viejo. ¿No sabe Vuestra Alteza que por primera vez en su vida ha llorado, ha sollozado el Emperador? Su hijo menor se muere. Su hijo mayor está gravemente enfermo. ¿No parece el fin de todo?

—Si Dios lo quiere así...—suspiró Othomar.

—Nos debemos resignar—dijo Barzia.—¿Pero quiere Dios eso?

—¿Cómo vamos á saberlo?

—Pregúnteselo á sí mismo Vuestra Alteza, pero no ahora, mañana, mañana... Tras las noches más tristes, amanece la mañana...

El doctor se levantó y echó unos polvos en un vaso de agua.

—Beba Vuestra Alteza.

Othomar bebió.

—Y ahora, descanse Vuestra Alteza y cierre los ojos.

—No puedo dormir.

—No importa, cierre los ojos Vuestra Alteza.

Barzia le pasó la mano por los párpados; el Príncipe los cerró y dejó su mano en las del médico.

Reinó de nuevo el silencio en la habitación; fuera, en los corredores, en las galerías, oíanse de cuando en cuando pasos apresurados que se perdían á lo lejos; volvían á oirse de nuevo; todo un mundo de dolor parecía extenderse por todo el palacio, impregnándolo todo con la tristeza de la noche.

Pero en la habitación del Príncipe nada se movía; el doctor permanecía sentado, tranquilo, absorto en sus pensamientos; el Príncipe heredero dormía como un niño.

#### XIV

A la mañana siguiente alumbró el día el luto de un imperio: el Príncipe Berengario había muerto por la noche.

Othomar durmió profundamente y se despertó tarde con extraña calma. Cuando el Dr. Barzia le anunció la muerte de Berengario, acaecida en un colapso tras la crisis de la fiebre, le pareció que ya lo había sabido. El dolor que experimentaba era extraordinariamente tranquilo, sin desesperaciones; lo que llegaba á asombrarle. Permaneció acostado, pues el doctor le prohibió que se levantara. Sin emoción, se representaba al niño inmóvil, con los ojos cerrados, en su cama de estudiante. Maquinalmente juntó las manos y rezó por el alma de su hermanito.

Durante todo el día no salió de la habitación, á la que fué á verle la Emperatriz. No se sorprendió al verla tan tranquila, con los ojos secos: la Soberana no había derramado aún una lágrima. Cuando se inclinó sobre la cama para besar á Othomar, no lloró. Tampoco lloraba él, y lo que le extrañaba no era la calma de su madre, sino la suya propia. La Emperatriz no permaneció más que un momento al lado de Othomar, y salió de la habitación con su andar automático; el Príncipe

heredero se quedó solo. Durante todo el día no vió más que á Barzia, pues ni Andrés entró en el cuarto.

El Príncipe oyó pasos y voces por los corredores; los ruidos que hasta él llegaban le traían el dolor del palacio.

Pensaba en la triste noticia que se esparcía por el país, por Europa, y en el asombro del público ante aquella muerte inesperada. No, la vida era incierta; ¿quién sabe si él moriría también á la mañana siguiente? Vanos son los proyectos de los hombres; ¿quién está seguro de la hora que ha de venir? Y pensaba con toda tranquilidad en todo aquello con una extraordinaria calma en su espíritu, como si no viese ninguna utilidad en la lucha con la vida y con la muerte.

Al día siguiente, Barzia permitió á Othomar que se levantara por la tarde. Tomó las medicinas, se levantó muy tranquilo y se puso el uniforme de lanceros, con una gasa de crepón en la manga. Al mirarse al espejo se asombró de verse tan parecido á su madre, hasta en el andar. Barzia le permitió que fuese hasta las habitaciones de la Emperatriz. La halló con el Emperador, Thera y los Grandes Duques de Corintio, que habían llegado el día anterior á Lipara. Estaban sentados, inmóviles; de cuando en cuando cambiaban algunas palabras en voz baja.

Othomar se dirigió á su padre con intención de abrazarle, pero el Emperador se limitó á estrecharle la mano; después Othomar abrazó á sus hermanas y á su cuñado, y se sentó al lado de la Emperatriz; la cogió una mano y permaneció silencioso. La Emperatriz vestía de negro, y estaba pálida y desencajada. No lloraba; solamente las dos Princesas sollozaban de cuando en cuando.

La familia comió sola en un saloncillo, sin acompañamiento alguno; un silencio abrumador reinaba por todo el palacio; solamente, de cuando en cuando, se oía el paso apresurado de algún Oficial de órdenes que llevaba una corona, ó de algún criado con una bandeja llena de telegramas. Terminada la comida, que fue breve, se reunió la familia en las habitaciones

de la Emperatriz; las horas transcurrieron lentamente; anocheceía; se anunció el Arzobispo de Lipara.

La familia imperial se levantó y se dirigió á la gran sala de los Caballeros, en cuya puerta formaban los alabarderos. El Emperador ofreció la mano á la Emperatriz y la condujo al trono, cuya corona estaba cubierta con un crespón: á los lados del trono estaban dispuestos los asientos para Othomar, las Princesas y el Gran Duque.

En medio de la sala, delante del trono, se alzaba el catafalco cubierto de paños negros y blancos. Berengario estaba amortajado con su uniforme: sus pies estaban cubiertos con el manto azul y la cruz blanca de Caballero de San Ladislao, y sus manos se cruzaban en la dorada empuñadura de su espada. En su almohadón, colocado detrás de su cabeza, brillaba una corona de Marqués. Seis candelabros dorados iluminaban al niño con la pálida luz de los grandes cirios, dejando la vasta sala en la penumbra. En el exterior se esparcía el resplandor de la luna, cuyos rayos, al penetrar en la sala, se posaban en las resplandecientes armaduras y en los trofeos que colgaban como espíritus de hierro en los ángulos de las paredes. A los pies del túmulo, en una mesa cubierta con un tapete de terciopelo blanco, como un altar, había un crucifijo dorado entre dos candelabros en forma de cruz.

Con la espada en la mano, inmóviles como las armaduras, custodiaban el catafalco cuatro Caballeros de San Ladislao, con sus mantos azules.

La sala estaba impregnada de un suave aroma de flores. En torno del túmulo se amontonaban las coronas como una aureola de flores. El perfume de las violetas dominaba.

El Emperador, la Emperatriz y sus cuatro hijos estaban sentados. Solemnemente entró el Arzobispo rodeado de sacerdotes y niños cantores. Los Príncipes se arrodillaron en los cojines colocados delante de las sillas: el prelado rezó el oficio de difuntos, y las oraciones por las almas del purgatorio y por el alma de Berengario repercutían en la inmensa sala y parecían

revolotear, mezcladas á los perfumes de las flores, sobre los cerrados ojos del niño Príncipe.

Concluyó el oficio. El prelado roció con agua bendita el cuerpo y el catafalco. Los Príncipes salieron de la sala, pero Othomar permaneció en ella.

—Quiero depositar mi corona—dijo en voz baja á la Emperatriz.

Los sacerdotes se retiraron también con la misma solemnidad con que habían entrado; Othomar manifestó á los cuatro caballeros que debían sustituir á los otros cuatro, su deseo de quedarse solo unos instantes, y aquéllos se apresuraron á salir. Entonces entró Thesbia con una gran corona blanca en la mano. Othomar fué al encuentro de su Oficial de órdenes y cogió la corona. Se quedó solo. Larga, ancha, medio oculta en las tinieblas, la sala parecía perderse en el infinito. La luna, que se había elevado, mostrábase más brillante, haciendo que las corazas apareciesen como fantasmas. En medio, como una reliquia, entre las sagradas luces de los altos cirios, se alzaba el catafalco en el que yacía el Príncipe.

Othomar subió dos gradas y depositó su corona. Miró el rostro de Berengario; sin las contracciones de la fiebre, el niño, tranquilo, blanco, parecía que estaba dormido. En la sala no se oía rumor alguno. Reinaba en todas partes un silencio de muerte. En aquellos lugares el dolor, esparcido por el palacio y por el país, parecía haberse santificado en la calma que descendía de lo alto. Y Othomar se veía á solas con su alma; pensaba de nuevo en la miseria de la vida, en la vanidad de las cosas humanas, pero con absoluta clarividencia, y tales pensamientos no se le ofrecían ya como misterios, sino con perfecta armonía: era como si se le hubiese aparecido toda la armonía del pasado. En toda la historia de Liparia, en todo el pasado del universo, no había ni una nota falsa. Cada dolor era santo, armónico; conducía al fin supremo, que era también el principio, y que no podía ser otra cosa más que armonía. Una gran serenidad embargaba su alma, como una

inspiración de lo alto; su extraña calma era su resignación. Le parecía que sus nervios experimentaban un gran alivio. Y su resignación iba unida á la tristeza inspirada por la idea de que ya no volvería á oír el imperioso acento de aquel hermano al que había amado. ¡Qué aquella vida juvenil se hubiera extinguido tan pronto y para siempre! Y á su resignación se unía la sorpresa de que las cosas se hubieran realizado de aquella manera, al contrario de lo que él había pensado. Él era quien debía llevar la corona, la corona que hubiera querido ceder á Berengario. Y ahora parecía como si de nuevo la hubiese recibido de manos del muerto. Y he aquí por qué no experimentaba la rebelión en su alma, sino solamente paz y armonía; la corona había vuelto á él como una herencia.

Después se levantó reflexionando, miró á su hermanito inmóvil, y pensó que ante su vida se abría un nuevo camino que se hallaba en el deber de seguir.

En aquel momento oyó su nombre.

—Othomar...

Levantó la cabeza y vió á la Emperatriz que se adelantaba hacia él.

—Barcia te llama—murmuró Isabel;—está inquieto.

Othomar sonrió é indicó por señas que estaba tranquilo.

La soberana se adelantó al catafalco y se apoyó en el brazo de Othomar.

—¡Qué expresión tan tranquila tiene!—murmuró indicando á Berengario.—Todavía no le he dado el último beso. Y mañana no me pertenecerá ya, porque empezará el desfile del público.

—Pero todavía es nuestro, mamá; todavía es nuestro.

—Othomar...

—Mamá...

—¿No te perderé á ti nunca?

—No, mamá, no; viviré para ti...

Y la dió un beso; ella le miró sorprendida de su voz y después se volvió otra vez hacia Berengario, soltó el brazo de

Othomar, se inclinó sobre el muerto y le besó en la frente. Pero cuando tocó con sus labios el frío mármoleo del cadáver, retrocedió y miró fijamente al niño, como si por primera vez se diera cuenta de su desgracia.

Se estremeció todo su cuerpo y cayó rígidamente en los brazos de Othomar. Y sus ojos se llenaron de las primeras lágrimas que derramaba desde la muerte de Berengario; apoyó su cabeza en el pecho de Othomar y estalló en sollozos...

Entonces él la bajó cuidadosamente, con dulzura, de las gradas del catafalco y la condujo fuera de la sala. En la galería encontró á Barzia; la expresión de absoluta tranquilidad del Príncipe, que sostenía á su madre, tranquilizó al doctor.

En cuanto la Emperatriz y el Príncipe salieron de la sala mortuoria, entraron en ella cuatro Caballeros de San Ladislao con sus mantos azules.

Colocáronse á los dos lados del catafalco y permanecieron inmóviles, con la mirada fija, disponiéndose á velar en aquella noche de duelo el cadáver del Príncipe, alumbrado, además de los cirios, por los pálidos rayos de la luna... Los sacerdotes entraron también de nuevo y se pusieron á rezar... Todo era silencio en el palacio. Una vez que Othomar dejó á su madre en la puerta de sus habitaciones en poder de Elena de Thesbia, se dirigió él á las suyas; pero al atravesar las galerías y llegar á la escalera, tuvo miedo. Aquella regia escalera descendía ante sus pies débilmente iluminada, en la altura del inmenso vestíbulo. Unos tapiceros estaban ocupados en forrar de negro las balaustradas para cuando bajase el féretro; medían metros y más metros de aquella nube de crespón, amontonaban metros sobre metros, y aquellas nubes negras brotaban con tanta rapidez, que parecía iban á cubrir toda la escalera y remontarse á lo alto, como si quisieran sumergir al Palacio entero...

Los tapiceros no vieron al Príncipe y continuaron trabajando en silencio, débilmente alumbrados. Othomar se estremeció angustiado; lívido, miraba á aquellos hombres que á



sus pies medían el crespón y amontonaban nubes en torno de él. Recordó su sueño, en el que las calles de Lipara se llenaban de crespón hasta oscurecer el sol. Le parecía que la sangre se helaba en sus venas.

Se santiguó y murmuró:

—¡Dadme fuerzas, Dios mío!

## XV

A la mañana siguiente, entre los granaderos que daban guardia al cuerpo, desfiló el pueblo ante el cadáver del Príncipe. Al otro día fue trasladado á Altara y depositado en la tumba imperial, en la catedral de San Ladislao. Los Príncipes Gunther y Herman de Gothlandia asistieron á la ceremonia; pero como el Dr. Barzia prohibió al duque de Xara que asistiese al acto, Othomar permaneció en Lipara.

Los príncipes de Gothlandia y los demás invitados regresaron á la capital con el Emperador. A instancias de su hermana, se encontraba también en Lipara la Reina Olga con la Princesa Wanda, y á consecuencia del luto imperial, la familia vivía en estrecha intimidad. La Emperatriz Isabel, después de las primeras lágrimas, perdió aquella insensibilidad que nada tenía de natural: experimentaba, por el contrario, un gran dolor que la Reina Olga y Othomar se esforzaban en calmar. El Emperador estaba inconsolable. Se abandonaba á su dolor con extremos de niño; jamás le había visto ni conocido nadie en tal estado. La pérdida de Berengario sublevaba á su alma contra Dios y contra el mundo; además le había emocionado mucho la polémica que tuvo con Othomar, cuando éste le comunicó sus proyectos de renuncia. El Emperador no había vuelto á hacer ninguna alusión á aquel asunto, pero no dejaba de pensar en él. Temía volver á tratar de aquella cuestión, y

sentía, con cólera, su impotencia para hacer que el Príncipe heredero desistiese de su desesperada resolución. Pensaba en lo que había de suceder si el Príncipe persistía en ella: la gran Duquesa de Corintio, Emperatriz, el gran Duque Emperador, consorte, y el final de la raza de los Czyrkiski, en línea masculina, sobre el trono de Liparia. Y tal idea en los momentos de su aflicción por la muerte de Berengario, hacía que Oscar experimentase el extraordinario dolor de un Príncipe tan ligado por la sangre á la grandeza de sus antepasados, grandeza que anhelaba prolongarla hasta el último día. Y si estaba inconsolable por la pérdida de un hijo al que amara entrañablemente, sufría más aún en secreto (porque á nadie hablaba de ello) con ideas tales por el porvenir que ante su vista se presentaba. Y sin embargo, nada decía á la Emperatriz á causa de cierto temor supersticioso. Y á pensamientos tan dolorosos que angustiaban su alma enérgica, en la que, sin embargo, había algo de infantil, se unían las preocupaciones que le ocasionaba los proyectos de leyes militares. Necesitaba trescientos millones; cien para aumentar la infantería, doscientos para la artillería, y el Ministro de la Guerra, Conde de Marsilla, no lograba obtenerlos. La mayoría de la Comisión que entendía en el proyecto se oponía á un aumento de gastos tan enorme, y el Ministro encontraba en la Cámara una hostilidad que hacía preveer su caída. Ni el Emperador, ni Myxila, ni Marsilla querían ceder en lo más mínimo, y Oscar estaba decidido á mantener á su Ministro contra viento y marea.

En estos días fue cuando Othomar se hizo poner al corriente de la cuestión por el General Ducardi, estudió los Mapas del Estado Mayor General y las condiciones del ejército, los informes de la Comisión, y desde su aislamiento siguió la marcha de las discusiones parlamentarias. Tuvo detenidas conferencias con el General; hacía varios meses que no asistía á las conferencias celebradas en el despacho de su padre. Pero un día se puso el uniforme, lo que no hacía ya de ordinario, y comisionó á un chambelán para que preguntase al Emperador si le auto-

rizaba á asistir á su despacho con el Conde de Marsilla. El Emperador se sorprendió y se encogió de hombros, pero venciendo su antipatía, hizo decir á su hijo que podía venir. En cuanto el Canciller y el Ministro llegaron cerca del Emperador, entró Othomar. Había enflaquecido, y los alamares de plata de su uniforme de lanceros ocultaban mal su delgadez. Estaba pálido, con las mejillas hundidas; pero su mirada había perdido la inquietud nerviosa, y había recobrado su tranquila melancolía con cierta rigidez altiva. Al pronto no tomó parte en la discusión y dejó que el Emperador jurase, que el Canciller pidiera cosas imposibles y que el Ministro declarara que no cedería jamás. Después pidió á Oscar permiso para dar su parecer. Tenía un lápiz en la mano. Con algunas líneas trazadas en los mapas con segura mano, algunas indicaciones precisas, pocas cifras, dichas con precisión y acierto, demostró que se hallaba al corriente de la situación. Opinaba, por lo que había averiguado de los informes de la Comisión y de los votos de la Cámara, que los trescientos millones serían indudablemente rechazados y derrotado, por lo tanto, el Ministro de la Guerra: repitió varias veces estas palabras, y miró primeramente á su padre, y después al Conde de Marsilla. Entonces, con mesurada voz, reposado tono y convincente lógica, que se imprimía en el ánimo con la tranquilidad de la convicción, preguntó por qué no se había de ceder ante las circunstancias, y hacer lo único factible. Por qué no se habían de aceptar los cien millones para la infantería, y dividir los otros doscientos, en vista de que no existía un peligro inmediato, en un espacio de cuatro ó cinco años. Estaba seguro de que un aumento de veinte millones al año no encontraría la misma oposición: con esta táctica, el Conde de Marsilla podría sostenerse y ser mantenido por el Emperador.

Cuando calló Othomar, reinó el silencio; el Consejo, si no genial, por lo menos era práctico: sacaba por el momento de aquella crisis todo lo que era posible sacar.

El Conde de Myxila hizo un signo de aprobación. El Em-

perador y el Conde de Marsilla no podían aceptar inmediatamente la idea de Othomar, obstinado como estaba en presentar el proyecto sin modificaciones. Pero el Canciller se unió al Príncipe, insistió y dijo que era la única solución que permitía á Su Majestad sostener al Conde de Marsilla. Y la conclusión fue que se tomó en consideración el proyecto del Duque de Xara.

Cuando Myxila y Marsilla salieron, el Emperador dijo al Príncipe que se quedara aún un momento.

—Othomar—dijo,—he visto con mucho gusto que te vuelves á interesar en los asuntos de nuestra patria.

Y añadió, como esperando ansioso la respuesta:

—¿Qué conclusión puedo deducir de tu actitud?

El Príncipe comprendió.

—Padre—dijo tranquilamente,—he tenido accesos de decorozanamiento, y tal vez los tendré aún; pero olvida lo que se habló entre nosotros antes de la muerte de Berengario; no pienso ya en abdicar.

El Emperador respiró profundamente.

—Soy religioso, papá, y creyente—añadió el Príncipe,—supersticioso tal vez. En lo que ha sucedido veo claramente la mano de Dios.

Se pasó la mano por la frente, como si reflexionase, y repitió:

—La mano de Dios. Tuve el presentimiento que uno de nosotros moriría en el transcurso del año. Y creí que iba á ser yo. Por esto fue por lo que no ví lo horrible de mi resolución. No pensaba en mí, porque me creía próximo á la muerte; pensaba solamente en Berengario. Veía que era más Príncipe que yo; pero ha muerto y yo estoy vivo, y debo pensar en mí mismo, porque comprendo perfectamente que no me pertenezco. Y este es el sentimiento que, en mi opinión, debe sostenernos en la vida: la convicción de que nosotros no nos pertenecemos, sino que pertenecemos á los demás. Siempre he amado á nuestro pueblo, y hubiera querido ayudarle vagamente, abs-

tractamente; extendía la mano sin saber cómo, y me desesperaba cuando me encontraba con el vacío.

Se detuvo y miró con temor á su padre, como si se hubiese dejado ir demasiado lejos en la expresión de sus pensamientos; pero Oscar le miraba con calma, y continuó:

—Y sé que una tal desesperación no es buena, porque no pensamos más que en nosotros mismos, y no podemos consagrarnos á los demás. Ya ves—y se levantó sonriendo—que no estoy curado de mis filosofías, pero espero que me enseñarán á ser fuerte en vez de abatirme, puesto que ahora arrancan de un principio diferente.

—Cada cual debe tener sus propias filosofías—dijo Oscar.—Solamente te daré un consejo, Othomar: que no seas fanático y coloques muy en alto tu misión. No te aisles demasiado, porque abnegación tal no dura, y se vuelve después á los antiguos derechos. Yo no reflexiono tanto; soy más espontáneo é impulsivo. Pero no quiero condenarte porque tengas un carácter distinto del mío. Tal vez seas más de nuestros tiempos que yo. Unicamente quiero juzgar de tus reflexiones por el resultado, y el resultado es que vuelves por ti mismo á la vida, como á los intereses de nuestro país. Y me felicito, Othomar; no pretendo leer en lo porvenir, pero creo que más adelante no seguirás mis ideas. Creo que gobernarás con una constitución amplia, con una Cámara alta electiva. Creo que encontrarás mucha oposición en el partido de la nobleza hereditaria... Pero, como te digo, no puedo preveer tanto, y me limito á alegrarme de tu mejoría moral. Y te estoy muy agradecido por el consejo que nos has dado. Era muy sencillo, pero no se nos hubiera ocurrido á nosotros solos. Estábamos muy obstinados. Ahora creo que tu proposición sea la mejor de todas, por cuanto no se puede hacer otra cosa.

Tendió la mano á Othomar, que se la estrechó.

—Y — continuó diciendo con la gran lealtad que, á pesar de su tiránico orgullo, constituía el fondo de su carácter—no me conserves rencor por las palabras que te dije, Othomar.

Soy violento y colérico, lo sabes. Amaba á Berengario más que á ti. Pero tú también le amabas, no me guardes rencor por el amor que le profesabas; tú también eres mi hijo, y te quiero; aunque no fuese más que porque eres mi hijo y el último de mi raza... Perdona mi franqueza.

Y estrechó á Othomar entre sus brazos. Sufrió al reconocer la delicadeza del Príncipe en aquel abrazo que siguió á las palabras: «el último de mi raza». Sintió en el alma una amarga desesperación; pero sintió en seguida un misterio en aquella delicadeza; una fuerza moral desconocida de la que él carecía, en la sencillez de su naturaleza ruda, pero que admiraba en su hijo.

Cuando salió el Príncipe y se quedó solo, Oscar reflexionó y trató de adivinar en qué consistía aquel principio misterioso que había sentido en su hijo, y no lo logró, pero comprendió no obstante que debía ser, diésele el nombre que se le diera, una potencia superior al vigor físico. Su mirada se fijó en el retrato de la Emperatriz, colocado en su mesa de despacho. A menudo le había mirado con desprecio por el absoluto parecido que tenía con el heredero del trono. Pero de repente se iluminó su pensamiento; miró aquel rostro delicado sin su antiguo enojo, y la gratitud inflamó su corazón.

Othomar poseía la fuerza secreta de su madre; ella era la que le había salvado y le conservaba para el país y para la raza. ¿Y acaso no sería aquel misterio, fuese cual fuera, el elemento que la raza necesitaba, la esencia necesaria para su nueva vida? Pero no pensó más; no amaba tal porvenir, aun cuando apareciese más radiante y sin las tinieblas del pasado; amaba el pasado, los siglos de hierro con sus Emperadores héroes, y sentía también que no todo estaba perdido. Con su fe piadosa en el Todopoderoso, creía, como su hijo, en la mano de Dios. Si las cosas sucedían de aquella manera, señal de que debían ser así. Los designios de Dios son inexcrutables.

Y en su gratitud á la Emperatriz, y reconocido á la luz que

en él se había hecho, hincó las rodillas ante el crucifijo que estaba en la pared, y rezó por sus dos hijos; oró largo rato por el alma del menor, por aquel hijo de su alma, cuya pérdida le amargaría siempre la existencia.

## XVI

Noviembre 18...

*Diario de Aleja, Duquesa de Iemena, Condesa de Vaza.*

«El Príncipe heredero no ha acompañado al Emperador. El Dr. Barzia se lo ha impedido por juzgar que las grandes cacerías ofrecidas por el Duque al Emperador para distraerle de su dolor, serían demasiado penosas para mi querido enfermo. Sin embargo, sé por Dutri que va mejorando, y que ha empezado de nuevo sus paseos matutinos.

»¡Todo ha terminado para mí! ¡Muere, pobre corazón pecador! Tras las últimas flores de amor que germinaron en ti, veo que mueres para el mundo. Para conservar la pureza de esas flores imperiales, deseo que mueras ahora. Nada más después de aquéllas, nada, sino la nueva vida que veo lucir ante mi vista.

»Sin embargo, soy joven todavía. Cuando me miro al espejo, veo que no pasan años por mí. Si quisiera, no me vería obligada á renunciar á mi poderío de mujer. Y lo mismo piensan los demás, porque sé que dicen en voz baja que el Duque de Mena-Doni ha ocupado en mi corazón el puesto de mi Príncipe adorado. Pero no es verdad, no, no es verdad. Y me alegro que no me conozcan, que no sepan la verdad, que no comprendan que deseo conservar con pureza mi amor imperial, y que no tiene que tener otro en la tierra después de él...

»Tú, querido amor de mi corazón, me has elevado á mi nueva vida. Has sido también un pecado, pero estabas purificado con el contacto de lo que hay de santo en la soberanía.

¡Oh! Fuiste el último pecado, pero te veías libre de la impureza de los anteriores. Porque he sido una gran pecadora; toda mi culpable vida de mujer la he sacrificado á pasiones avasalladoras que no han dejado más que cenizas en mi corazón. No quiero renegar de mi amor ardiente hacia aquel que ya no existe—¡que su alma descansa en paz!—porque ha sido mi mayor goce en la tierra; porque por él comprendí que tenía un alma, y por él he llegado á lo que veo ahora; pero á pesar de todo, era un amor terrestre.

»¡Y también mi amor imperial, aunque más refinado, ha sido un amor terrestre! Al Príncipe de mi alma le espera un reino, una corona, un cetro, una Emperatriz, y por esto Dios le hace terrestre, pero le santificaba su piadosa fe. Pero yo, yo soy menos que barro, yo he sido culpable. Y ahora quiero que mi corazón muera en mí, porque no hay en él sino pecado. Y una vez muerto mi corazón, renacerá á una nueva vida...

»He rezado. He permanecido horas enteras arrodillada en el frío mármol de la capilla, y las rodillas me lastimaban, y mis miembros estaban rígidos. He confesado mi culpable vida á mi santo confesor, monseñor de Vaza. ¡Oh! ¡Cuánta dulzura en la absolución y qué éxtasis en el rezo! ¿Por qué no experimentamos antes el santo consuelo que se encuentra en el ejercicio de las prácticas religiosas? ¡Oh si pudiese entregarme por completo á los inefables misterios, á Dios, y retirarme á un claustro! Pero tengo hijastras, y mi misión es dirigirlas en el mundo. Y monseñor opina que en ello estriba mi penitencia y mi castigo; en no poder retirarme á la soledad santificante, en permanecer en el mundo y respirar su impura atmósfera.

»Voy á donar mi castillo de Sycilia, á donde ya no vamos, y mi dote, á las Ursulinas, para que instalen una santa casa. Hace algún tiempo que fuí á ver mi posesión, acompañada de monseñor. ¡Qué salas más sombrías, qué parque tan oscuro! ¡Y qué bien estará la capilla cuando al través de las nuevas vidrieras penetre la luz como un haz de colores místicos! Mi mayor deseo es poder envejecer allí y morir para el mundo.



¿Pero sucederá esto alguna vez, Virgen santísima, sucederá esto alguna vez...?

. . . . .

»¿Soy sincera? ¿Quién sabe lo que yo misma soy? ¿Siento en realidad esa purificación de mi alma, ó continúo siendo lo que era? Me asalta al corazón una duda horrible: ¡es Satanás que se apodera de mí!

»Voy á rezar. ¡Virgen santísima, rogad por mí...!

. . . . .

»Estoy más tranquila; la oración me ha fortificado. ¡Oh! son muy dolorosas las dudas que me acosan; Satanás me dice que quiero engañarme, que mi nueva fe no es más que para consolarme de mi abandono, y que soy devota porque es lo único que me queda. Me miro al espejo; soy joven, una mujer joven... Pero cuando oro, se alejan de mi corazón las dudas, y pienso con estremecimientos en mi mala vida pasada. Y entonces se me aparece radiante mi nueva vida futura.

»Querido Príncipe, Príncipe del alma, aquí, en estas páginas que nadie ha de leer jamás, me despido de ti, ya que no he podido hacerlo en un momento de realidad. ¡Oh! á menudo, tal vez diariamente, te veré en la vida mundana, en las ceremonias palatinas; pero ya no me pertenecerás, y por eso te digo adiós. Sea lo que sea—doblemente pecadora, suspirando tal vez por el cielo, porque la tierra no me interesa ya,—he sido leal contigo, como siempre lo fuí en amor. Te he visto tan delicado, tan abrumado bajo el pesado yugo de tu soberanía, que he experimentado en mi corazón una gran compasión hacia ti. He querido consolarte. Que Dios me perdone. Te encontré en un momento en que tus queridos ojos vertían lágrimas amargas, en un momento en que te odiaban y en el que una mano infame se había alzado contra ti, y quise ofrecerte alguna dulzura para que olvidases tanta amargura. ¡Oh! tal vez no fuese completamente sincera, tal vez no lo soy ahora tampoco. Pero esto sería demasiado horrible. ¡Me despreciaría á mí misma si pudiese creerlo! Y por lo menos, quiero conser-

var la ilusión de haber sido leal. ¡De que quise consolarte! ¡De que aun cuando fuese un pecado, te consolé! ¡De que te he amado sinceramente! ¡De que te amo aún! ¡De que no te amaré ya—porque así debe ser—como tu amante, pero que te amaré como tu súbdita! La sangre de mis venas ama á la tuya, á tu sangre real. Y cuando yo misma haya alcanzado la paz, y ya no exista, y ya no dude, mis últimos días se dedicarán únicamente á la oración para ti, para que vivas en paz, y tengas fuerzas para el cumplimiento de tu misión de Soberano. No siento celos hacia aquella que ha de ser mi Emperatriz. Sé que es hermosa y más joven que yo. Pero no quiero compararme con ella. Seré su súbdita, como lo soy tuya. Porque te amo por tí mismo, y amo todo lo que es tuyo.

»Eres mi Soberano; eres mi Soberano más amado ya de cuanto lo es Oscar. ¡Adiós, mi Príncipe, Príncipe mío, mi Soberano! Cuando te vuelva á ver, no serás más para mí que mi Soberano, sí, solamente mi Soberano!»

Castillo de Vaza, Noviembre 18...

*A Su Alteza Imperial Othomar, Duque de Xara, en Lipara.*

«Mi querido Príncipe:

»Perdóneme Vuestra Alteza si me atrevo á dirigirle esta carta. Había pensado escribir una larga carta, una carta de adiós. He escrito muchas, pero las he roto todas. Entonces escribí para mí sola; me he despedido de Vuestra Alteza á solas conmigo. ¿Pero acaso puedo comprender lo que sucede en mí de un momento á otro? Me faltaba este instante de adiós, que me uniría á Vuestra Alteza con algo secreto. Y así no puedo menos—tras muchas vacilaciones en verdad—de mandar estas líneas escritas para mí sola. Suplico de rodillas á Vuestra Alteza que las acepte por piedad y las lea. Rómpalas después Vuestra Alteza, pero en ellas van los últimos pensamientos

que me he atrevido á consagrar al misterio que fue nuestro amor.

»Poso los labios en las manos adoradas de Vuestra Alteza.

»ALEJA.»

## XVII

En una victoria, precedida de un caballerizo, la Emperatriz Isabel, con Elena de Thesbia, se dirigía á San Ladislao, al antiguo palacio que, con la Catedral y el palacio episcopal, constituía en Altara un monumento gigantesco; en dicho palacio habitaban desde días antes el Archiduque Alberto y la Archiduquesa Eudosia con la novia imperial. Desde lo alto, el castillo parecía una masa de piedras que sostenía pesados torreones encima de Altara; conducía al castillo un camino en zig-zag que iba subiendo en suave pendiente, sombreado por castaños seculares. A los lados del camino, lleno de polvo, se veían casas de campo con azoteas, adornadas con tiestos y estatuas. Las casas estaban engalanadas; las banderas azules y blancas, con cruces blancas, ondulaban alegremente entre el polvoriento follaje de las acacias.

Era el mes de Junio, seis meses después de la muerte de Berengario. Pero el luto no era ya tan riguroso, con motivo del próximo enlace del Duque de Xara, que el Emperador deseaba se verificase lo más pronto posible. Sin embargo, la Emperatriz vestía aún de luto riguroso, el cual no se debía quitar hasta el último día de la boda. Elena iba de gris, y grises eran también las libreas de los cocheros. Muchos paseantes, unos á caballo, otros en coche, circulaban á lo largo del camino y se paraban respetuosamente; la Emperatriz saludaba á derecha é izquierda. El contento reinaba en todas partes en aquel caluroso día de verano; las calles, los paseos, las personas sentadas en corros, todo respiraba afecto que agradaba á

la Emperatriz y llenaba su corazón de una emoción melancólica. Los niños corrían y jugaban con sus trajecitos blancos de verano; y algunos que veían pasar todos los días á los individuos de la familia Imperial saludaban profundamente á la Emperatriz; los muchachos con bastante torpeza, las niñas con reverencias poco ceremoniosas. Después volvían á sus juegos... Y la Emperatriz sonreía: una familia numerosa, compuesta de jóvenes y viejos, estaba reunida en torno de una mesa, dispuesta en el terrado de una casa; todos comían y bebían alegremente, celebrando probablemente algún santo; reían con las copas y las botellas delante, y los niños con la boca llena de dulces. Apenas vieron al caballero, se levantaron y saludaron todos, algunos con la copa aún en la mano, y la Emperatriz les saludó afectuosamente, sin su altivez acostumbrada, con una sonrisa.

Y le parecía que cruzaba una gran aldea en pleno campo; por un momento olvidó el motivo de su preocupación, se olvidó de por qué iba á ver á Valeria en aquel día y se dejó mecer por el bienestar que experimentaba al verse rodeada de tantas simpatías. Era el amor de las antiguas familias de Liparia, nobles ó no, hacia sus Príncipes. Era una caricia que no recibía en Lipara. Y recordaba la carta de Othomar, cuando las inundaciones del año anterior: ¿por qué no vivimos en Altara?

Ni un instante podía pasar sin dirigir saludos. Toda la ciudad estaba engalanada, y las calles llenas de gente; habían llegado á Altara miles de extranjeros y de personas del país; en las fondas no había ya cuartos disponibles. Y la Emperatriz apenas podía dirigir una palabra á Elena; no hacía más que devolver saludos.

En el patio que daba entrada al antiguo palacio había un piquete de infantería en honor de la novia austriaca, y cuando pasó el carruaje de la Emperatriz los soldados formaron y presentaron armas.

La Archiduquesa Eudisia esperaba á la Emperatriz.  
—¿Cómo está Valeria?—preguntó Isabel al entrar.

—Bien y tranquila—respondió la Archiduquesa;—no me hubiera atrevido á esperarlo. Pero no quiere ver á nadie.

—Que le pregunten si puedo hablarla.

La dama de honor de la Archiduquesa se alejó, y volvió diciendo que Valeria esperaba á la Emperatriz.

Isabel encontró á la joven en traje de mañana; estaba pálida, y sus grandes ojos negros tenían una expresión de cansancio. Al ver á la Emperatriz se levantó del diván en que estaba echada, y dijo en tono de excusa:

—Señora, perdón por...

Isabel abrazó á la Archiduquesa con dulzura, y Valeria añadió:

—No estaba bien, me sentía cansada.

Pero sus ojos se encontraron con los de la Emperatriz, y vió que ésta no exigía que continuase conteniéndose. Se apoyó en la Emperatriz y lloró con dulzura, como se llora cuando, después de haber llorado mucho tiempo con el corazón, apenas se tienen fuerzas para seguir llorando. La Emperatriz la hizo sentar á su lado y la acarició afectuosamente. No hablaban, no hallaban palabras en la difícil situación en que se encontraba una respecto de otra.

Dos días antes, precisamente el día marcado para la marcha de la novia á Altara, se había sabido el suicidio del Príncipe von Lohe-Obkowitz, en París. Se ignoraba la causa del suicidio. Pretendían unos que al Príncipe le había afectado mucho su desgracia cerca del Emperador de Austria y la ruptura de relaciones con su familia; otros que había perdido una fortuna en el «bacarrat», y se había arruinado por los artísticos caprichos de su mujer, la célebre Estrella Desvaux, la cual se había arruinado ya varias veces, rehaciendo no obstante su fortuna con alguna excursión artística, ó vendiendo algunas joyas. Sostenían otros que el Príncipe van Lohe no había podido olvidar nunca su amor por su futura Duquesa de Xara. Pero el caso era que en los círculos de la corte de Viena no se sabía la verdad. Valeria leyó por un azar la noti-

cia que querían ocultarla en el mismo periódico en el que, hacía ya cerca de un año en Altseeborgen, leyera—también por casualidad—el enlace del Príncipe y su abdicación. Su alma, á pesar de no ser inclinada al misticismo, se hizo casi supersticiosa en medio de su desesperación por aquel ensañamiento del cruel destino. Después de haber luchado con su dolor, después de haber sufrido durante meses, logró hacerse indiferente á cuantas desgracias pudieran sobrevenirle en su vida. La muerte de sus ilusiones fue una muerte completa; desde que se la consideró como prometida, habíase revestido de una indiferencia absoluta. Y era extraño que en su indiferencia, la única cosa á la que permanecía sensible, era á la exquisita superioridad del carácter de Othomar, á aquella sensibilidad que le indujera á respetarla á pesar de los deseos de Oscar; el amplio sentimiento de amor que sentía hacia su pueblo; todo su carácter... Pero aun cuando quería ser indiferente, el segundo golpe fue cruel, como si una fatalidad inexorable hubiera elegido aquel momento para herirla.

El viaje oficial de Sigismundingen á Altara había sido un martirio.

Como un autómata había asistido á los recibimientos de la frontera; al recibimiento en la estación central de Altara; de la misma manera saludó á su prometido, que la abrazó, escuchó los discursos de las autoridades, y aceptó el pan y la sal ofrecidos por los canónigos de San Ladislao. ¡Y el paseo al través de la ciudad, empavesada y adornada con arcos de triunfo de calle en calle hasta el antiguo palacio, en landó descubierto con el Emperador y su prometido, entre las aclamaciones de la multitud que desgarraban sus oídos y crispaban sus nervios!

Al llegar al castillo, Othomar observó la angustia, la ansiedad de su prometida. La muerte del Príncipe von Lohe era conocida también en Altara, y en medio de las aclamaciones de alegría y simpatía en honor de la futura Princesa heredera, el pueblo la había mirado con curiosidad, no exenta

del deseo de ver palpitar un dolor regio entre los arcos de follaje y las ondulantes banderolas. No vió nada. Valeria se inclinó, sonrió, salió al balcón con Othomar, y saludó al pueblo con la mano. Los curiosos, á pesar de todos los esfuerzos de su imaginación, no vieron nada.

Pero Valeria se encontró exhausta después de representada su comedia. El telón podía bajar; Othomar la estrechó la mano y la dejó sola. La joven permaneció insensible algunas horas; cuando llegó la noche no durmió, y pudo sollozar.

Al día siguiente cesó de llorar y de luchar; recobró su indiferencia; ¡los demás dolores de la vida no la interesaban ya! Pero las tiernas caricias de la madre de Othomar la tranquilizaron, y lloró de nuevo.

Apenas habían cambiado algunas palabras, y ya se sentían atraídas entre sí. Y Valeria en medio de su dolor entrevió su deber, que había de constituir su fuerza; no una indiferencia amarga, sino la resignación ante lo que debía ser su vida. ¡Oh! ¡de otra manera se la había representado en sus sueños de niña! Se la había imaginado más hermosa, más riante y más natural de expresión, más espontánea y sin aquella filosofía. Pero se había despertado, sus sueños habían desaparecido, y únicamente en el deber podía buscar la fuerza. Y aun cuando en su alma había algo destruído, se reanimaba por una vitalidad inconsciente—natural en el fondo,—más que por la reflexión; se enjugó las lágrimas, dijo que dentro de un momento iba á llegar una comisión de jóvenes liparianas á ofrecerla un regalo de boda, y la Emperatriz la dejó sola para que se vistiera.

Poco después, con un traje blanco recamado de oro, entró en el salón donde estaban reunidos sus padres con la Emperatriz Elena de Thesbia, y las damas de honor austriacas.

Después llegaron Othomar, sus hermanas y el gran Duque de Corintio. Y cuando llegó la comisión de las jóvenes nobles, con Leonor de Thesbia al frente, Valeria escuchó con su habitual sonrisa el discurso de la Marquesita, y con afable ade-

mán recibió de manos de aquellas jóvenes un gran estuche que contenía un collar con tres hilos de perlas. Dió las gracias afectuosamente, con voz clara, y quien la oyera no hubiera creído que había pasado una noche sin dormir, anegada en llanto, teniendo ante los ojos el cadáver de un joven con el cráneo perforado.

Se permitió á las jóvenes de la comisión que fuesen á ver los regalos expuestos en un salón, acompañadas por la Princesa Thera y las damas de honor. El salón estaba brillante; todo irradiaba á la luz del día en las grandes mesas, donde entre flores estaban colocados los regalos; macizos candelabros de oro, servicios de mesa y de té, reproducciones en oro y plata de los monumentos de las diversas ciudades, la catedral de Altara en plata, barcos de plata con finas velas desplegadas, ofrecidos por los centros marinos; joyas y toda clase de objetos de los amigos y parientes regios de Europa. En un almohadón de raso brillaba una deslumbrante corona de Duquesa, de brillantes y zafiros, uno de los regalos del futuro esposo. Pero lo que más llamaba la atención era el regalo de la Princesa Thera: el retrato del Duque de Xara, una obra de arte ya célebre, que había estado expuesta en dos capitales. No se parecía ya, lo que causaba la desesperación de la Princesa. El Príncipe estaba algo más delgado que antes, pero tenía las facciones más acentuadas y gastaba barba ligeramente rizada. Los ojos, melancólicos, tenían la expresión de la mirada de la Emperatriz Isabel, á la que cada vez se parecía más. Pero lo que chocaba en el Príncipe era su delicadeza nerviosa, el aire de raza, la refinada distinción, la natural dignidad. Había perdido mucho de su rigidez, de la falta de desenvoltura, y había ganado en aspecto más resuelto, más decidido, y esto, á pesar de su mirada fría, daba más confianza en un Príncipe heredero que la gracia siempre simpática, pero algo débil, de otro tiempo. Los pensamientos parecían dibujarse en él con contornos más acentuados, las palabras parecían salir con más decisión de sus labios; parecía que tenía más confianza en sí



mismo y que no daba tanta importancia á lo que los demás pensaran de él. Era el sentimiento inconsciente de su origen regio que se despertaba en él, la confianza ingenua, innata en la sangre que corría por sus venas y le daba los derechos.

El Dr. Barzia, que se encariñó con Othomar y le asistía diariamente, fue el que despertó aquel sentimiento con palabras inspiradas en el conocimiento de los hombres y en su amor hacia sus Príncipes, especialmente en su cariño hacia el Príncipe heredero.

Las duchas frías fortalecieron al Príncipe; pero la sugestión del doctor, que había despertado de su aparente somnolencia las cualidades latentes de Othomar, fue un remedio más eficaz. El Príncipe había llegado á hacerse dueño de sí mismo, y cada vez era más simpático al médico.

La afección de Barzia, nacida por el descubrimiento de aquellas nobles cualidades del alma, ignoradas por los demás, habíase afirmado á medida que desarrollaba en el Príncipe sus innatas virtudes, y cuando pudo fijarse el matrimonio de Othomar, el doctor miró á su enfermo con tanto orgullo como simpatía, declarándole curado físicamente y pensando entre sí que estaba curado también moralmente.

### XVIII



Dos días después celebrábase el imperial enlace. Desde la mañana estaba la ciudad llena de gente; una muchedumbre inmensa venida de todas partes se apiñaba en las estrechas calles. Las tropas cubrieron la carrera desde el castillo hasta la catedral. Y Altara, de ordinario tranquila, apacible, silenciosa, estaba desconocida, animada por los gallardetes y banderolas, rejuvenecida por los arcos de follaje, adornada con los tapices y colgaduras que pendían de los balcones. El sol

primaveral del medio día esparcía sus esplendores y su calor por la ciudad, y el encarnado, el azul, el blanco y el verde de los uniformes, mezclados á los relampagueos de las bayonetas, formaban al través de la ciudad, hasta el castillo de San Ladislao, largas filas de colores tan alegres como los de las flores.

Por las bulliciosas calles corrían en todas direcciones los carruajes de la corte, llenos de los brillantes uniformes de los invitados extranjeros. Veíanse uniformes rusos, alemanes, ingleses, austriacos, gothlandeses, que se preparaban para el momento de la ceremonia; pasaban rápidamente al través de Altara, cuajada de soldados.

Bajo los castaños del camino que conduce al castillo, las casas están llenas de espectadores, sentados unos y paseando otros por los terrados y jardines, constituyendo como manchas de varios colores entre los rayos del sol que penetran al través del follaje; y los colores vivos de los trajes de verano de las señoras y sus sombrillas vistosas, parecen anunciar *garden-parties* en todas las casas; todo el mundo espera el cortejo del novio, que, según la etiqueta de Liparia, había salido de San Ladislao para reunirse con la novia en el Palacio antiguo.

Dan las once. Del fuerte de San Ladislao parte un cañonazo, seguido de otros varios. Por todo el camino del castillo corre una emoción bulliciosa; aparecen los timbaleros y ataballeros, y los reyes de armas á caballo. Detrás la guardia del trono resplandeciente custodiando las doradas carrozas de gala. En la primera, el gran maestro de ceremonias, Conde de Threma; en la segunda, ornada con la corona imperial, arrastrada por ocho caballos blancos con penachos de plumas y gualdrapas encarnadas, acompañada por repetidas aclamaciones, el Emperador con el Duque de Xara al lado; en las otras todas las Majestades y todos los Príncipes de Europa; la Emperatriz de Liparia, los Emperadores de Alemania, el Rey y la Reina de Gothlandia, los grandes Duques de Rusia, el Duque de Esparta y el Príncipe de Nápcles... Los Cancilleres,

los Ministros, los miembros de la nobleza con sus mantos de corte. Y la interminable comitiva avanza lentamente entre las salvas de artillería, á lo largo del camino del castillo, al través de las calles principales, hasta el centro de la ciudad. Allí, en el Palacio antiguo, espera la novia al novio, con toda la casa de Austria, el Emperador y la Emperatriz, el Archiduque Alberto y la Archiduquesa de Austria...

Se firman las capitulaciones en una mesa dorada, cubierta con un tapete bordado de oro, en la cual han firmado desde hace siglos los Emperadores y las Emperatrices de Liparia; después de los novios firman los testigos de las familias soberanas.

Después todo el cortejo se dirige de galería en galería á la sacristía nueva; es un desfile largo, solemne: los timbaleros, los heraldos, los funcionarios, los caballeros de San Ladislao, con sus mantos azules, la guardia del trono blanca y oro; el Emperador Oscar con el Duque de Xara, el Emperador de Austria con la novia. Esta avanza lentamente al lado de su tío, con la cabeza un poco inclinada, como bajo el peso de su corona de Princesa, de la que pende el velo de desposada que presta dorados reflejos al desnudo cuello resplandeciente de perlas. Su traje es de raso bordado, tejido de plata en la delantera, y adornado con emblemas y arabescos de perlas; las anchas mangas son de terciopelo blanco; la cola va bordada de plata, y es tan larga que seis damas de honor la sostienen con ganchos de plata.

Detrás de estas damas de honor van otras, vestidas también de blanco, y la Princesa Thera, la Princesa Wanda, y Princesas inglesas, alemanas y austriacas. Siguen los Soberanos con los Príncipes; el cortejo entra en la nueva sacristía, donde recibe á los novios el Cardenal Arzobispo, primado de Liparia, con todo el clero.

En la catedral espera la multitud de invitados; á pesar del esplendor del sol, una penumbra mística se filtra por las altas, inmensas ventanas de la catedral, y la luz del día se asoma so-

lamente por las vidrieras de las capillas laterales; las naves se pierden en la oscuridad, pero innumerables cirios lucen en el altar mayor.

Los Cancilleres, los Ministros, los Embajadores, todos los individuos del cuerpo diplomático, los miembros de la Cámara de la Nobleza y de la Cámara de los Estados, los miembros de las Altas Cortes de Justicia, están presentes, y llenan las tribunas colocadas á derecha é izquierda. Toda la catedral está llena; no se ve más que trajes de seda; deslumbradoras joyas, vistosos uniformes, que lucen como relámpagos en el crepúsculo de la catedral.

Suenan los clarines y el órgano toca una marcha solemne; entra el primer cortejo; el Emperador alemán con la Emperatriz Isabel, y la Archiduquesa Eudisia con su largo séquito. Resuenan de nuevo los clarines y el órgano, y entran los personajes reales con su acompañamiento; entran sucesivamente los representantes de las potencias. Poco después llega el segundo cortejo; delante los altos dignatarios con las insignias del imperio; el Emperador Oscar, que acompaña al Duque de Xara; llevan ambos sobre el dorado uniforme el largo manto azul de los caballeros de San Ladislao con la gran cruz blanca en el brazo izquierdo. Siguen como testigos del novio cuatro Príncipes herederos: el Duque de Vendeholm, el gran Duque heredero de Rusia, el Duque de Esparta y el Príncipe de Nápoles, los caballeros de San Ladislao, los Oficiales de la guardia del Trono, los escuderos y los pajes... Y en seguida estalla un coro de voces que invocan la bendición del Altísimo sobre la novia que llega en nombre del Señor. Y entra el tercer cortejo; el Emperador de Austria y el Archiduque Alberto acompañan á la novia con las damas de honor, y Valeria viene esplendente en medio de su cortejo blanco y florido. Y el canto sigue esparciendo sus vibrantes notas: la aparición solemne de la novia despierta gran emoción entre la nobleza congregada en la catedral. Y entonces entra el cuarto cortejo; el Cardenal Arzobispo primado de Liparia, con sus Obispos,

canónigos y sacerdotes; los príncipes de la Iglesia se colocan en el coro. Empieza la ceremonia.

El sol parece haber esperado aquel momento para penetrar al través de los altos ventanales con vidrieras en colores que representaban escenas de la vida de San Ladislao; la luz desciende en oblicuos rayos sobre el coro, sobre los sacerdotes, sobre los sillones en que están sentados los Soberanos y los novios. Y todos los colores, el oro viejo del altar, los brillantes uniformes, los bordados, las joyas de la corona, se inflaman como si el sol hubiese producido algún incendio, un incendio de rayos que, con los innumerables cirios del altar, iluminan de repente la iglesia; las diademas de las Princesas parecen coronas de fuego; las condecoraciones de los Príncipes resplandecen como estrellas. Las azuladas nubes del incienso se elevan ligeras y transparentes. El sol derrama una lluvia de oro sobre el velo de la desposada, rodea de rayos su trono de plata, la circunda con una aureola de luz que se refleja en ella con virginal blancura. El novio está arrodillado al lado de la novia, envuelto en un manto azul, con la cruz blanca en el brazo. Ambos tienen cirios encendidos, y el Primado, con su mitra llena de joyas y su casulla recamada de oro y piedras preciosas, extiende las manos y las impone en señal de bendición sobre las inclinadas frentes imperiales.

Nuevamente resuenan los cánticos. El *Te Deum laudamus* cantado por el coro y entonado por el órgano, se eleva hasta el cielo en un éxtasis de música sagrada.

La catedral parece estremecerse de emoción, como si la música fuese su alma, y todas las campanas lanzadas á vuelo esparcen por Altara sus alegres notas, graves unas como el bronce, argentinas otras como el cristal.

Una hora después, en la plaza de la catedral, custodiada por la tropa, la multitud se agita entre las carrozas de gala que allí esperan. Es el cortejo que regresa á San Ladislao. Pero esta vez en la carroza que sigue á la del Emperador van juntos Valeria y Othomar.

Y la ciudad aplaude y aclama; los vivas se suceden sin interrupción. Los soldados presentan armas, y en la alegría de la fiesta no se observa ninguna nota discrepante; un anarquista que pronuncia algunas frases está á punto de morir á manos del pueblo, entusiasta por la familia imperial.

El cortejo, aumentado con la presencia de la joven Duquesa de Xara, cruza en una verdadera apoteosis por las calles de la ciudad en dirección al castillo: todo el mundo al ver á Valeria aplaude con entusiasmo.

Othomar y Valeria reciben en la sala blanca del trono: desfilan ante ellos los Ministros, los Embajadores, los miembros de las dos Cámaras, los Tribunales, las Diputaciones y las Corporaciones. Después de la recepción se verificó el almuerzo servido en la vajilla de oro que no se usaba sino para las bodas reales. Terminado el almuerzo, se celebra la última ceremonia en la sala dorada, una inmensa sala, de construcción y adornos bizantinos, que contaba muchos siglos y no había sido renovada; se trata del baile de las antorchas; los Ministros entran llevando largos cirios encendidos con mangos dorados; Othomar y Valeria invitan á dar una vuelta á cada uno de los invitados, con arreglo á su categoría. Es una ceremonia monótona que parece no tener fin. Cuando termina y los jóvenes esposos se retiran para mudar de traje, todos lanzan un suspiro de satisfacción. Vuelven los esposos: Othomar lleva el uniforme de coronel de los coraceros de Xara, Valeria un traje de camino, de paño blanco, y un sombrero con blancas plumas; se despiden de todos. Un landó descubierto, con numerosa escolta de coraceros de Xara, espera á los Príncipes; regresan éstos á la ciudad, la recorren en todas direcciones, se muestran por todas partes, saludan á todo el mundo, y por fin se van al castillo en que han de pasar los primeros días, al castillo de Zanthos, próximo á la ciudad, á orillas del río.

Y la vetusta ciudad llena de Soberanos, engalanada aún, y alumbrada por la noche con iluminaciones y fuegos artificiales, parece, después de la marcha de los jóvenes esposos,

haber perdido el atractivo que la convirtiera en centro de las fiestas regias; y por la noche, á pesar de las iluminaciones, de los fuegos artificiales y de las funciones de gala, la estación del camino de hierro se ve asaltada por millares de curiosos que regresan á sus casas.

## XIX

Meses después de la boda del Duque de Xara, el Emperador Oscar, al entrar una mañana en su gabinete, vió con asombro, al acercarse á su mesa de trabajo, en el suelo, junto á la ventana, un pedazo de cartón lleno de caracteres negros pegados en él. No lo recogió, aun cuando se encontraba solo. No palideció, pero sus venas se hincharon de cólera al pensar que hasta en su gabinete penetraban las ofensas de lesa majestad. Llamó é hizo venir á su ayuda de cámara, un hombre de confianza.

—Recoge eso—dijo en voz baja.—¿De dónde viene eso?

El ayuda de cámara palideció. Había leído las frases amenazadoras, escritas con grandes caracteres; se inclinó temblando y recogió el cartón.

—¿De dónde viene eso? — repitió el Emperador, pegando con el pie en el suelo.

El servidor le juró que no sabía nada; por la mañana no entraba nadie más que él en el gabinete; media hora antes había entrado á abrir las ventanas y no había visto nada.

—Señor, preciso es que alguno haya entrado en el parque; esto debe haber sido arrojado por la ventana.

Era la única explicación posible; pero era una explicación que irritaba en alto grado al Emperador. Ya en otras ocasiones se había repetido el hecho, seguido de prisiones de criados y soldados de las diferentes guardias, pero las detencio-

nes no dieron ningún resultado; por esto producía una penosa impresión el misterioso hecho. Los guardias del palacio, los guardas de doradas placas del parque que daba acceso á los parques de Isabel, los de los jardines públicos, habían sido reforzados; la policía secreta, la ronda particular del Emperador, ejercían una escrupulosa vigilancia sobre los mismos centinelas.

El Emperador miró fijamente á su ayuda de cámara; por un momento se le ocurrió la idea de someterle á un interrogatorio, pero al punto comprendió la ninguna consistencia de la sospecha: aquel criado hacía mucho tiempo que estaba á su servicio, le era absolutamente adicto, y sus ojos sostuvieron respetuosa y tranquilamente la prolongada mirada interrogadora de Oscar, expresando la imposibilidad de descifrar aquel extraño enigma.

—Quémalo—ordenó el Emperador,—y no hables de ello.

Después Oscar tuvo una detenida conferencia con el jefe de su policía secreta, del cual, en aquellos últimos tiempos, no tenía más que motivos de alabanza; habían sido descubiertas imprentas clandestinas que esparcían opúsculos anarquistas; fue descubierto un complot para volar al tren imperial en su recorrido á la residencia de verano del Castillo Xaveria, entre Xara y Lipara; recayeron sospechas de inteligencia con los comités anarquistas en un empleado del ministerio y hasta en un joven oficial, y se reconoció que las sospechas eran fundadas. Poco tiempo antes se había descubierto un local en donde se enseñaba á fabricar bombas de dinamita y máquinas infernales. Pero no habían podido ser descubiertos los audaces revolucionarios que conseguían lanzar hasta en el gabinete del Emperador sus escritos amenazadores. Durante una semana fueron vigiladas desde el parque las ventanas del gabinete y no se vió nada; la guardia estuvo escondida dos días, y el jefe de la policía secreta creía estar seguro de que los culpables moraban en el mismo palacio, estando al corriente de las costumbres íntimas del Emperador. En silencio se hicieron



averiguaciones cerca de aquellos servidores del palacio de los que no se tenía absoluta seguridad, y un palafrenero al que se le encontró en posesión de un folleto anarquista que contenía palabras injuriosas para el Emperador, fué enviado á una de las secciones penitenciarias en las minas de mercurio del Estado. Este destierro fue seguido de otros varios: la medida se repetía frecuentemente contra algunos soldados, marineros y empleados inferiores de los ministerios; la prensa no podía hacerse eco de estas medidas. La censura era severísima; muchos periódicos fueron suspendidos, y sus redactores condenados á multas ó á la cárcel; los diarios imperialistas, órganos del Conde de Mixila, daban casi forzosamente el tono exigido por el poder. A consecuencia de ser dispersado á sablazos por los húsares un meeting socialista, ocurrieron serios desórdenes en otras ciudades importantes: Thracyna, Xara, Altara. Una huelga de obreros del puerto tuvo varias semanas á Lipara en una gran inquietud; en pleno día se cometían frecuentes asesinatos en las calles en las personas de agentes de policía. El Duque de Mena-Doni fue entonces el brazo derecho de Oscar y sus brutales represiones infundieron tanto respeto en la capital, que no se volvió á turbar el orden, que la vida elegante siguió su curso ordinario, que todas las tardes, á las cinco, se llenaba el parque de brillantes trenes, no faltando nunca la Emperatriz Isabel y la Duquesa de Xara, que daban una vuelta. Pero, bajo aquella apariencia de tranquilidad, vigilaban en sombra millares de ojos para proteger la seguridad; las tropas estaban acuarteladas, y brillantes escoltas de húsares acompañaban á los landós imperiales.

La Emperatriz rogó á Othomar que suspendiera sus solitarios paseos matutinos y no saliese más que acompañado. El Duque y la Duquesa de Xara habitaban el palacio de la Corona, un edificio relativamente nuevo, con una corte numerosa; y también en el palacio de su hijo ordenó el Emperador que se hicieran averiguaciones, y, efectivamente, se encontraron anarquistas entre el personal del servicio.

Esas detenciones en sus mismos palacios mantenían á la Emperatriz en una continua angustia; durante todos aquellos días vivía sobresaltada en cuanto el Emperador no estaba con ella, y también temía por sus hijos cuando no los tenía á su lado, como si la catástrofe hubiese de estallar en donde ella no se encontrase.

La Emperatriz se veía de tal modo reproducida en Othomar, que en sus conversaciones íntimas de la mañana—pues el Príncipe continuaba yendo regularmente todas las mañanas á ver á su madre—le parecía extraño que no se reflejase en él la angustia de ella; antes bien, observaba en él una resignación completa que era casi un renacimiento.

Después del matrimonio, la Emperatriz encontraba á su hijo completamente cambiado; en sus conversaciones íntimas no se quejaba ya, no manifestaba dudas ni vacilaciones, sino que hablaba con calma de lo que debía hacer, visiblemente en paz consigo mismo, y esto daba una tranquila seguridad á sus palabras, á sus ademanes y hasta á sus acciones. A la seguridad se unía una modestia reservada y digna; no se tenía en más lo que era; siempre se hallaba pronto á aceptar consejos de los demás con aquella gracia que le hacía tan simpático. Realmente, era un viejo para su edad; quien no le conociera, le hubiese dado seguramente más años de los veintitrés que tenía, principalmente entonces, que se dejaba crecer la barba. Y sin embargo, en aquellos días de desórdenes le asaltaron á menudo sus antiguas angustias; le ocurría permanecer grandes ratos sentado, solo, mirando fijamente á un punto vago de su habitación, escuchando los rumores del porvenir, como lo hiciera en aquella noche del Castillo de Vaza, entre los espectros de sus antepasados, con el sentimiento de que de repente podía desaparecer su resignación. Pero había logrado llegar á dominarse de tal manera, que nadie, ni su padre, ni su madre, ni la Princesa misma, pudieron observar aquella debilidad de su alma que le abrumaba en sus breves momentos de soledad, cuando pensaba en lo dudoso de su derecho, y se

sentía lleno de una extraña y dulce piedad hacia su pueblo.

Era, en realidad, la enfermedad antigua que brotaba periódicamente como un germen infeccioso, excitando sus nervios, agotándole como si no debiese curar nunca; pero se acostumbraba, no se desesperaba, sabía que aquellos retornos de la enfermedad eran pasajeros y de nuevo experimentaba en sí mismo la paz y la resignación.

En aquellos días de emoción se habló de la boda de la Princesa Thera con el Príncipe de Nápoles. A decir verdad, nada se había decidido entre las dos familias; pero, sin embargo, el Príncipe fue invitado á Lipara para asistir á las grandes maniobras de otoño. Con este motivo se organizaron fiestas y cacerías.

Othomar se encontraba en uno de aquellos momentos de abatimiento. Se apoderó de él una sensación extraña, una misteriosa angustia, que no le abandonaba; angustia que no se atrevía á analizar por miedo de encontrar algo que le hubiera hecho perder toda la calma. Sentía que se despertaba en él el recuerdo de un incidente ocurrido poco después de su matrimonio, de un sueño casi igual á su primer sueño; la capital se llenaba siniestramente de negro crespón... Soñó esto cuando se encontraba aún con su joven esposa en el Castillo de Zanthos, pero no le dió importancia, porque lo consideró como una sombra de su primer sueño, el recuerdo de lo que había ya ocurrido, y nada más. Pero después, en las fiestas celebradas con motivo de la visita del Príncipe, con la agitación de descontento popular que palpitaba bajo la brillante superficie de los festejos imperiales, revivió el recuerdo de aquel sueño, aumentó su angustia, y un día experimentó tal debilidad nerviosa, que hizo venir de Altara al Dr. Barzia y tuvo con él una detenida conferencia, de la cual ni siquiera habló á la Duquesa de Xara.

Cuando marchó el doctor se sintió otra vez animado, fortalecido; pero se preguntó si estaba bien que un futuro Soberano se viera sujeto á la influencia de una voluntad más fuerte

que la suya, como lo era la de Barzia, y tomó la resolución, en otra crisis análoga, de no recurrir á la sugestión de Barzia, sino de curarse por sí mismo en el secreto de su alma. Este proyecto de no contar más que con sus propias fuerzas le hizo reconcentrarse en sí mismo.

Días después acompañó al Príncipe de Nápoles á diferentes lugares, muy alegremente, con mucha animación, como nadie estaba acostumbrado á ver al Duque de Xara. Sus acompañantes estaban asombrados de tal actitud, pues estaban habituados á las melancolías del Príncipe. Por la noche hubo gran comida en el palacio imperial, y después, la familia del Emperador, acompañada por un ilustre huésped, se dirigió á la Ópera, en la que se celebraba una representación de gala con el aditamento de presentarse un célebre tenor.

En este período, á cada salida de la familia imperial, bajo pretexto de darla brillo, se tomaban toda suerte de precauciones. Los carruajes que aquella noche se dirigían á la Ópera iban escoltados por un numeroso piquete de coraceros. La calle en donde se encontraba la entrada particular del Emperador estaba cerrada al público. Formaba en la escalera una guardia de honor, y la policía secreta estaba mezclada entre el público que esperaba á la alta sociedad de la capital...

El palco imperial estaba situado enfrente del escenario del inmenso teatro; había concluído el primer acto (se representaba *Aida*) cuando la orquesta entonó el himno lipariano al aparecer los egregios personajes: el Emperador, la Emperatriz, el Príncipe de Nápoles, el Duque y la Duquesa de Xara y la Princesa de Thera. Y su presencia pareció electrizar á la sala, llena de espectadores indiferentes; se hubiera dicho que al llegar los Soberanos brilló más la luz de la lucerna; que la sala se iluminó con los reflejos de las joyas, de los dorados, del relampagueo de los ojos llenos de curiosidad que se volvían hacia el palco imperial; que los trajes lucieron más; que los abanicos se abrían y se cerraban, y que pasaba una brisa impregnada de aromas...

Se alzó el telón: era el segundo acto con todo el esplendor del lujo real de Egipto, el triunfo después de la guerra y las danzas que le acompañaban, el amor del héroe por la esclava etiope, los celos de la hija de Faraón, la procesión de los dioses con las trompetas; toda aquella música, vocal é instrumental, que resonaba en medio de la teatral decoración: un cuadro lleno de movimiento y de cánticos, de la antigua majestad del Egipto representada ante Soberanos modernos, los cuales miraban con indiferencia, bastante moderna también, á la multitud que la etiqueta había congregado en aquel momento bajo los ojos del Emperador, de su familia y del egregio huésped... Las pasiones se desarrollaban en la escena en gritos cada vez más mayores; en notas cada vez más agudas, el amor y la desesperación, y el triunfo y la guerra y la pasión de los sacerdotes, todo esto en música, como si la vida fuese una música, y lo mismo el alma y la esencia del mundo... Y en medio del esplendor de aquellas notas y de aquella vida artificial, los exagerados movimientos de los actores, la vanidad del famoso tenor con su cabeza demasiado moderna, con su magnífico traje inverosímil para la guerra, aquellos saludos y aquellas sonrisas para el mundo real dirigidos al exterior del mundo de la escena, al público que aplaudía después que el Emperador inició el aplauso.

Aquel fue el momento de la ovación, del ruidoso triunfo para el tenor aplaudido por las manos regias; fue el momento en que el Emperador se volvió á su ayudante el Marqués de Xardi rogándole que hiciese venir al tenor al salón del palco imperial, en que la Emperatriz y la Duquesa de Xara, espléndidas con sus atavíos de gala y el esplendor de sus joyas, hablaban y sonreían con el joven extranjero; y Othomar, animado aún, bromeaba con la Princesa Thera y las damas de honor, mientras que toda la sala miraba á los Soberanos entre el brillo de las luces y del lujo...

En aquel momento fue cuando estalló en la última galería un repentino tumulto; soldados y agentes de policía luchaban

con un hombre. Una pelea vulgar se entablaba de repente en medio de la más mundana manifestación aristocrática.

Las miradas se dirigieron, no ya al palco imperial, sino á lo alto. Entonces el hombre, con un esfuerzo sobrehumano, escapó á las manos de los agentes, pasó entre ellos como un relámpago; con rostro contraído, sombrío, unos ojos llenos de odio, fanáticos, un brazo extendido hacia la grandeza imperial, hacia abajo como hacia un blanco seguro é infalible. Toda la sala, emocionada, gritó, se desesperó; hubo ademanes vagos de brazos impotentes, todo con gran rapidez: apenas un segundo y se oyó un disparo seguido de otro...

El Emperador Oscar fue herido en el pecho; cayó contra la Emperatriz, cuyo pecho lleno de joyas, se cubrió en un momento con la sangre que brotaba del dorado uniforme. No era sangre dorada, era una sangre rica, roja...

La Emperatriz alzó los brazos desesperada, y un grito de dolor repercutió en la sala. Cayó hacia atrás en brazos de la Duquesa de Xara. El Emperador se desplomó en brazos de Xardi y de Othomar; lanzó una interjección entre sus dientes apretados, mientras se abría el uniforme ensangrentado, con tanta violencia, que los botones saltaron.

## XX

Fuera, la plaza de la Ópera, brillantemente iluminada por enormes candelabros de muchos brazos, se llenó de gente en un momento. Toda la ciudad se precipitó á las calles; el espanto se comunicaba á todos como una corriente eléctrica. Destacamentos de húsares salieron á recorrer la ciudad para contener la emoción popular. El Duque de Mena-Doni se multiplicaba en todas partes reprimiendo militarmente la revolución allí donde parecía querer levantar la cabeza. El cielo estaba sombrío y amenazador. Comenzaba á llover.

Corría el rumor de que el Emperador había muerto. La noticia no era cierta. El soberano, respirando apenas, estaba echado en un diván entre sus deudos consternados, sus acompañantes y los médicos asustados. Decían los médicos que no se le podía transportar, pero él lo quería. No quería morir allí. Quería regresar al palacio. Y recogiendo toda su energía, ordenó, se levantó, con la sangre que le corría por el pecho. Othomar y sus Ayudantes de Campo le sostenían.

Fuera, en la plaza, la muchedumbre engrosaba; aumentaba el espanto, y la rebelión se mostraba en medio de aquella masa humana. A cada momento estallaban altercados entre los obreros en huelga y la guardia, colocada ante el edificio, y los agentes de policía. Los carruajes de palacio regresaban vacíos con su escolta. Coches de plaza se esforzaban en abrirse paso; los coraceros les rodeaban y les protegían con el sable desenvainado. Oíanse los insultos dirigidos contra los coches que conducían á los invitados. Las señoras pasaban sin mirar, atemorizadas, inmóviles.

En los pasillos y en la escalera monumental de la Ópera se agolpaba la multitud, luchando para pasar adelante. De pronto los guardias se dirigieron todos hacia un mismo lado; el Emperador pasaba desangrado, respirando apenas, en medio de los suyos... La consternación suspendió por un momento el tumulto, que resonó en seguida. Las señoras corrían hasta al escenario, confundiendo su aristocracia con la bohemia, de los actores, de las actrices, mezclándose á las bailarinas asustadas, á las sacerdotisas de Isis. Ofrecían dinero y suplicaban coches, coches de alquiler.

La Duquesa de Iemena estaba allí con sus hijastras. Miraba si llegaba el carruaje, al que había enviado ya doce recados. Un empleado del teatro se encogía de hombros; harto sabía que el orden era imposible.

—No espero más—dijo la Duquesa impaciente. Las muchachas la seguían llorando nerviosamente.

Compró á una actriz una bolsita de cuero; se apresuró á

despojarse de sus joyas, dijo á las muchachas que hiciesen lo mismo y guardó las alhajas en la bolsita. Mediante una moneda de oro, una camarera recogió las colas con alfileres muy en alto y procuró á las damas zapatos negros. Otras señoras, que seguían esperando medio muertas de miedo, las miraban, encontrando muy práctico el procedimiento. Aleja adquirió por medio de una corista tres sombreros y tres mantos negros, y se arregló y arregló á las muchachas.

—No me atrevo, mamá—dijo Leonor llorando.

La Duquesa estaba decidida.

—¡Vamos, venid!—exclamó,—y empujó á las muchachas delante de ella.

Las otras señoras las vieron, no sin temor, salir por una puerta falsa que daba á la parte posterior del teatro.

La Duquesa llevaba bien sujeta la bolsita llena de joyas.

—No lloréis, por Dios, estad tranquilas—dijo á las jóvenes.—Andad con calma, sin apresuramientos. Y cubríos bien con los mantos.

Y avanzaba entre las dos Marquesitas, que temblaban con sus trajes de coristas. Seguía lloviendo. La multitud las rodeaba; por un momento se perdió Elena.

—Espera un poco—dijo la Duquesa á Leonor.

La muchedumbre cantaba coplas socialistas.

Volvió con Elena, y dijo:

—Cogeros de mis brazos.

Lo hicieron así, y con aparente calma y como si pertenecieran al número de los curiosos que deseaban ver, llegaron á la plaza de la Ópera, donde la multitud se revolvía contra los centinelas. Los carruajes avanzaban lentamente escoltados; un vetusto carruaje de alquiler con un escuálido rocínante, rozó á la Duquesa con su fangosa rueda; un coracero de la escolta amenazó á Elena con el sable levantado.

—¡Dios mío!—dijo entre sí estrechando á las dos niñas. Había reconocido en el cochero miserablemente vestido, á un palafranco de palacio. Y dirigiendo una rápida mirada al co-



che, vió en él á la luz de uno de los grandes candelabros de la plaza, al Emperador, apoyado en Othomar y en el Marqués de Xardi, el hijastro de la Duquesa. Pero el Marqués no la reconoció, porque asustado de tanta luz, volvió rápidamente la cabeza y se inclinó para ocultar con su cuerpo al Emperador y al Príncipe heredero. Las Marquesitas no vieron nada, y la Duquesa nada dijo por miedo de venderse. Sentía que la abandonaban su calma y su valor. Temblaba desde la cabeza hasta los pies; no podía contener las lágrimas ante aquel pobre Emperador que, moribundo, regresaba á su palacio en tal vehículo. La oprimía una angustia terrible; la lluvia corría por su pecho.

—Sujetad bien los mantos—recomendaba á las muchachas. Y avanzaba con sus hijastras, temblorosas las tres.

Pero la furia trastornaba á la multitud apiñada en la plaza de la Ópera. Estaba á punto de entablarse un combate; la muchedumbre rodeaba á un pelotón de agentes de policía y de soldados, en medio de los cuales iba un loco que hacía muchos ademanes; resonó un grito violento; en las ventanas abiertas é iluminadas de la Ópera, asomábanse los actores con sus trajes de escena.

—Mamá, no podremos pasar—decía sollozando Elena.

La Duquesa pensaba desesperada en la gran avenida de los Emperadores, donde estaba situado su palacio. ¡Era tan lejos!... ¿Cómo llegarían?

—¡Matadle! ¡Matadle! ¡Hay que matar á ese!—gritaba el pueblo en torno del regicida. Entonces la Duquesa comprendió: vió con sus hijastras á aquel pueblo furioso—todos vengadores ahora, y antes descontentos, anárquicos tal vez; así eran los liparianos,—á todo aquel pueblo que se arrojaba sobre los soldados y los agentes, en medio de los cuales el asesino del Emperador continuaba haciendo gestos de loco. Y los vengadores rompieron el círculo que custodiaba al prisionero, y se apoderaron del hombre... ante los ojos de la Duquesa y de sus hijastras.

Hombres y mujeres gritaban rabiosamente, y le desgarraban el traje, le golpeaban, y él gritaba.

Le arrojaron por tierra á bastonazos, y le patearon en el suelo; la sangre del loco corría, los sesos brotaban de su cráneo.

Y entonces, como una manada de bestias, satisfechas al ver sangre, la muchedumbre aquella lanzaba gritos de alegría.

Eleonor cayó desvanecida contra la Duquesa, pero Aleja la sostuvo por un brazo.

—¡Derecha! ¡Mantente en pie, por Dios!—exclamó.—No puedo hacer nada por ti si te desmayas.

## XXI

El Emperador, que no quería morir, vivió dos días aún á fuerza de energía, con los pulmones perforados, respirando apenas.

Y así eran los liparianos: el hombre, el asesino, cogido ante la Ópera, fue, á pesar de la policía y los soldados, reducido á una masa informe por los mismos descontentos.

Así es la vida. El Emperador de un gran reino había sido muerto en medio de los suyos por un fanático, y la vida no por eso se interrumpía. El Imperio continuaba siendo tan grande como antes; un gran Imperio con un hermoso clima de Mediodía, sus altas montañas nevadas al Norte, sus ciudades medioevales y modernas en las diversas provincias, y la capital blanca dorada por el sol de otoño, bajo el cielo azul, junto al azulado mar, y sus amplias calles tiradas á cordel.

Así es la vida de los Soberanos: el Emperador había sido asesinado, había muerto, y el gran maestro de ceremonias estaba muy ocupado; los individuos del protocolo no estaban de

acuerdo. La solemnidad de los funerales se preparaba con todos sus detalles; al través de Europa entera corría un estremecimiento de espanto; los periódicos estaban llenos de telegramas y noticias.

Y todo por obra de un fanático, de un mártir del derecho popular.

La Emperatriz Isabel miraba la catástrofe con ojos fijos, espantados. Jamás hubiera creído que ocurriese de aquella manera, de un modo tan brutal, en medio de aquella fiesta, junto á un egregio huésped. La catástrofe había pasado á su lado, hiriendo solamente á su marido, pero sin sepultar á todos de una vez, á toda su soberanía. Temía más que nunca por su hijo. Le parecía que jamás había experimentado tal temor.

Era la víspera de los funerales del Emperador Oscar; la Duquesa de Xara, ya Emperatriz, se encontraba indispuesta, y los médicos declararon que estaba en cinta...

El cuerpo del Emperador había sido ya trasladado á Altara con gran pompa. En San Ladislao, los altarenses acudieron á verle, colocado en su catafalco entre millares de cirios encendidos, con las insignias de la más alta soberanía á sus pies; después debía ser depositado en la tumba imperial de la Catedral.

En aquel día repercutieron sobre Lipara, cuya blancura estaba oscurecida por colgaduras de luto y banderas negras, los cañonazos del fuerte Wenceslao, que atronaban el espacio con bombardeo fúnebre y monótono: solitario, dominando la ciudad que se estremecía con los disparos, alzándose vacío el Palacio Imperial con sus cariátides de miradas fijas y sombrías.

El joven Emperador Othomar III presidía el duelo en Altara. La Emperatriz madre se había quedado en Lipara, en el palacio de la Corona, al lado de la Emperatriz joven Valeria.

Las Emperatrices estaban juntas. Valeria tenía dulcemente abrazada á Isabel; á intervalos regulares los cañonazos del fuerte repercutían en el palacio.

Isabel se apartó dolorosamente de los brazos de su nuera, y dijo:

—Si es un hijo... será Duque de Xara... ¡Deseaba tanto él un Conde de Lycilia!

Los cañonazos continuaban; las dos Emperatrices lloraban, sollozaban... Y después de muchas horas, por segunda vez— como á la muerte de Berengario—Isabel sintió todo su vacío, su tristeza, su miseria, su desesperación, y sintió que aquel Emperador con el que se casó veinticuatro años antes, sumamente joven, sin amor, se le había hecho querido en aquel cuarto de siglo de vida común en su elevado puesto de Soberanos.

Por la noche regresó Othomar, y á solas con su mujer y con su madre sollozó el joven Emperador, á quien nadie vió llorar en Altara, en la Catedral. Porque la Emperatriz Isabel repitió:

—¡Si es un hijo será un Duque de Xara!

Y entonces el Emperador de Liparia no pudo contenerse. Como á la luz de un relámpago siniestro revivió su vida de Príncipe heredero, y pensó en su hijo. ¿Cómo sería aquel niño? ¡Una reproducción de sí mismo, de sus vacilaciones, de su tristeza, de su desesperación! Y lloró sin poderse contener, angustiado ante el amenazador futuro; ¡lloró de dolor por su padre muerto y por su hijo que iba á nacer! Lloró con el rostro oculto en el regazo de su joven Emperatriz. Y ésta, comprendiendo por instinto que debía consolarle, se tranquilizó y le miró con calma, recibiendo su vida de Soberanos sobre los hombros como si fuera sencillamente un pesado manto de púrpura y de armiño, y nada más; y ella la recibiría con valor, porque en las venas de ambos circulaba la sangre sagrada que únicamente pertenecía á sus iguales y que debía constituir su fuerza en la tierra, como era su derecho ante Dios. . . . .

. . . . .

## XXII

Altara, San Ladislao, Mayo 18...

*A Su Alteza Imperial y Real Eudisia, Archiduquesa de Austria en Sigismundingen.*

«Mi querida madre:

»No puedo expresarte el dolor que me ha causado tu carta; no te excites así, por Dios, y no digas cosas tan horribles. Muy desagradable ha sido que no hayas podido asistir á nuestra coronación y que te hayas visto obligada á quedarte en Sigismundingen á causa de tus fiebres reumáticas; pero ¿por qué has de considerar tu dolencia, querida madre, como un castigo de Dios, y por qué consideras también como castigo de Dios el que no hayas podido ver realizado tu sueño favorito, que no hayas podido estar presente en nuestra antigua catedral cuando Othomar, coronado por el Primado, me coronó á su vez él mismo como Emperatriz de Liparia? Tú no lo has visto, pero todo se ha verificado: tu sueño se ha realizado ya. Y te lo digo sin el menor asomo de amargura, créemelo; sin la más mínima amargura. ¡Que sufres un castigo por haberme forzado en contra de mi voluntad!... Preciso es que estés enferma, enferma de cuerpo y espíritu, pobre mamá, para escribir tales cosas; no puedo menos de sonreirme, no te reconozco ya. Y mi sonrisa dice que no soy desgraciada, ¡oh! estoy bastante lejos de serlo. Nuestra felicidad no está casi nunca en lo que imaginamos ni en aquello que deseamos.

»Si pudieses verme ahora, verías que no soy desgraciada. Estamos en Mayo; brilla el sol, las ventanas están abiertas y veo el Zanthos, que, como larga y brillante cinta de plata, serpentea á lo lejos. A mi lado está la hermosa cuna de plata,

y al través de las cortinas de seda veo á mi Duquesito de Xara, que duerme.

»No sé cómo expresarte lo que siento; no encuentro palabras para describirlo; pero lo que experimento ante este magnífico paisaje bañado por el río y con mi querido pequeñuelo al lado, no tiene nada de triste, querida mamá.

»Es un sentimiento en el que ciertamente hay mucha melancolía, pero en el que no se encierra nada sombrío. ¿Y por qué no ha de ser la felicidad, á pesar de la melancolía? ¡Soy joven, soy Emperatriz, tengo una vida ante mí! En mi alrededor veo á mi país, á mi pueblo. Quiero que llegue á ser el pueblo de mi corazón, por completo el pueblo de mi alma. Todavía no sé cómo he de hacer; pero quiero vivir para este pueblo, vivir con Othomar. Te confieso que no sé cómo he de hacer; pero el medio lo encontraré con él. Y como tengo un marido, un hijo y un pueblo, un Emperador, un Príncipe heredero y un Imperio, tengo un fin en mi vida; y si tengo un fin que cumplir—tal vez inmenso,—¿no poseo también la felicidad? ¿Por ventura, es otra cosa la felicidad que el encontrar un móvil noble y elevado?

»Me alegraría mucho que te convencieras de esto. Si me vieses en nuestro tranquilo San Ladislao, pasadas ya todas las fiestas de la coronación, me creerías. Othomar gusta de San Ladislao y se propone pasar aquí un mes de primavera al año. El que mi pequeño haya nacido aquí es un buen signo, porque ya sabes que la superstición lipariana exige que el Príncipe heredero nazca en San Ladislao, bajo la inmediata protección del Santo Patrono.

»Othomar no se encuentra aquí en estos momentos; está en Lipara por algunos días; ya lo sabes por los periódicos; me escribe dos veces al día. Se lo he pedido así para estar al corriente del estado de su alma; los dos días que siguieron al asesinato del Emperador Oscar, hicieron una impresión terrible en Othomar. No puedo describirla.

»¿Cómo puedo vivir con esperanza después de todo lo que

he sufrido en mi corta vida y tras los horrores que he visto en mi alrededor? Y sin embargo, así es, porque la juventud es fuerte, y yo soy fuerte, necesito serlo...

»Admiré á mi joven Emperador en aquellos terribles días por su tranquilidad aparente, al través de la cual no se mostró jamás delante de la gente todo el raudal de sus emociones. De vuelta de los funerales, firmó las cinco actas sagradas; en seguida el movimiento, la actividad de los asuntos públicos... Un mes después, las nuevas elecciones, la mayoría constitucional en la Cámara de los Estados, la dimisión del Ministerio... Ya habrás leído todo esto en los periódicos. Luego el nacimiento de nuestro hijo, la coronación en momentos en que Liparia parecía sacudida hasta en sus cimientos. Y ahora Othomar está en Lipara para la formación del nuevo Ministerio constitucional... El Conde de Myxila, que no comparte las ideas modernas de Othomar, que ha llegado hasta recriminarle con bastante viveza por abandonar las ideas de su padre tan á raíz de la muerte violenta de éste, de la que Myxila fue testigo, ha presentado también su dimisión.

»Othomar intentará mantenerle en su puesto, pero él mismo comprende que es imposible.

»Y hay en perspectiva la revisión constitucional con cambios tan radicales, que probablemente se llegará á la institución de una Cámara alta que funcione al lado de la Cámara baja, relegando la Cámara de la nobleza á la condición de un cuerpo honorífico consultivo. Como ves, se trata de concesiones, pero Othomar tiene ideas distintas de las de su padre; y si hace concesiones, las hace al pasado y no al porvenir, no á sí mismo.

»La vida es cruel, cruel en sus transformaciones y renovaciones, y tal vez es aún más cruel para nosotros los Príncipes; pero el mundo pertenece al porvenir.

»La Emperatriz Isabel vive aquí todavía; ha envejecido tanto de repente, se encuentra tan abatida, tan triste, tan acabada, que no sabe lo que hacer: si habitar en el Palacio Impe-

rial con la corte, quedarse en San Ladislao ó retirarse al Castillo Xaveria. Todos los palacios y todos los castillos giran en su pobre cerebro; no sabe á dónde dirigirse. Nosotros, como es natural, insistimos para que no abandone el Palacio Imperial. El Palacio es bastante grande para contener, además de la nuestra, su casa civil y militar.

»Querida mamá, te volveré á escribir pronto, ahora se me turban las ideas; he hablado de demasiadas cosas; mi cerebro de mujer no puede exponer todo esto como se debe, lógicamente... Y soy Emperatriz desde hace poco tiempo y no tengo más que veintidós años, aun cuando no me sienta tan joven... Esta carta es una respuesta escrita de prisa á tu triste carta en que te censuras por tantas cosas; y te suplico, en nombre de Dios, que apartes lejos de ti tales remordimientos. Mientras te escribo, acude á mi mente el día de la toma de dichos. Othomar y yo éramos unos novios bien raros. Le pregunté—sonríete, pero no llores leyendo esto, mamá,—si él amaba á alguien. Me respondió que no. Me dijo que amaba á su pueblo, y abría los brazos como si quisiera abrazarle: ¡su pueblo! La aurora de una idea, antigua seguramente para muchos otros, y antigua con muchos siglos de existencia, pero para mí nueva, como un nuevo día, apareció ante mí, iluminó mi tristeza con un rayo de luz, y me abrió una gloriosa senda.

»Esa senda, mamá, la veo cada vez más luminosa, más radiante, y quiero seguirla con mi marido y con mi hijo, con mi Emperador y con mi Príncipe heredero... Mi Príncipe heredero que se despierta y me busca.

»¡Que Dios me de fuerzas, mamá!—VALERIA.»

LUIS COUPERUS.

FIN



# POETAS AMERICANOS

---

## MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA

---

Compañeras, la cera está ardiendo;  
Compañeras, ¡la pieza está sola!  
Si por mi alma os habéis enlutado,  
Venid pronto, venid, mariposas.

*M. Gutiérrez N.*

*¡La pieza está sola!... ¡Los cirios se apagan!...*  
Cubiertas de sombras parece que vagan  
Las Musas en torno del negro ataúd...  
Se aspira en la estancia perfume de rosas,  
Y sólo se miran cruzar mariposas  
Buscando los besos de trémula luz.

¡Ha muerto el poeta! La estancia mortuoria  
Se encuentra inundada de rayos de gloria,  
Se encuentra cubierta de negro crespón.  
Fue un alma gigante que dió su partida  
En pos de otro mundo, en pos de otra vida,  
Do hallar otras almas, do hallar otro amor.

¡Ya el ave no canta! Con rápido vuelo  
Se alzó á las regiones azules del cielo,  
En busca del iris de amor y de paz;  
Desnudo está el árbol, desierto está el nido,  
Y sólo se escucha el dulce rüido  
Que deja en la noche la brisa invernal.

E. M.—*Enero 1902.*

*¡La pieza está sola!...* La antorcha que brilla  
 Arroja en la estancia su luz amarilla,  
 Su luz de tristeza, su pálida luz...  
 Afuera, la noche muy triste y muy bella:  
 Arriba, temblando la fúlgida estrella  
 Que esparce sos rayos del éter azul...

¿Sus versos?... Sus versos los sueñan las aves;  
 Los cantan las brisas de Mayo suäves;  
 Los buscan las almas heridas de amor;  
 En ellos palpitan inmensas ternuras,  
 Los tristes recuerdos de mil desventuras,  
 La dulce esperanza, la eterna ilusión.

Ofelia demente, cubierta de flores;  
 Julieta llorando sus castos amores;  
 Leonor suspirando, muriendo Beatriz;  
 Francesca, Eloísa, ¡emblemas de gloria!  
 ¡En ellas se encierra la espléndida historia  
 del bardo que há poco dejó de existir!

Allí está el poeta, tendido en el lecho...  
 Las manos cruzadas están sobre el pecho  
 Y cubre su rostro mortal palidez;  
 Su triste semblante no hirió la agonía,  
 Y aún en su frente volcánica y fría  
 Los rayos de gloria radiantes se ven.

*¡La pieza está sola! ¡Los cirios se apagan!...*  
 Cubiertas de sombras parece que vagan  
 Las Musas en torno del negro ataúd;  
 Se aspira en la estancia perfume de rosas,  
 Y sólo se miran cruzar mariposas  
 buscanpo los besos de trémula luz.

EMILIO GALLEGOS DEL CAMPO.

(Ecuatoriano.)

## A UNA DESPOSADA

---

Señora: dulce y casta ya cruzas los umbrales  
Del bello paraíso con que soñaste un día;  
Tu alma saborea los místicos panales,  
Y brotan de tus ojos serenos, á raudales,  
Las vivas emociones de incógnita alegría.

---

Es realidad el sueño que fulguró en tu mente;  
Llamaste, y ya tu amado responde á tu ternura;  
Quisiste ser corona de un bardo, y ya, esplendente,  
Sobre su estro pasas, como una llama ardiente  
Que arrolla é ilumina, que abrasa y que depura.

---

El bardo era un bohemio. Entre las sombras iba,  
Ansiando en sus delirios la luz de alguna estrella:  
La dicha por la tierra mostrábasele esquiva,  
Y el bardo alzó los ojos, y, al ver la luz arriba,  
Clamó con arrebató: mi amor! mi vida! ella!

---

Ella eres tú, señora: la buena, la apacible;  
La que con dichas unge aun á las mismas penas;  
La realidad de un sueño flotando en lo imposible;  
El ángel de la guarda, por el amor tangible,  
Que ató al feliz amado con mágicas cadenas.

---

Ella eres tú, señora: la aspiración sublime;  
Del ambicioso vate, poder, ventura, gloria:  
Consuelo, si su pecho entre pesares gime;  
Virtud inquebrantable, si el torvo mal le oprime;  
La página más limpia, más bella de su historia.

---

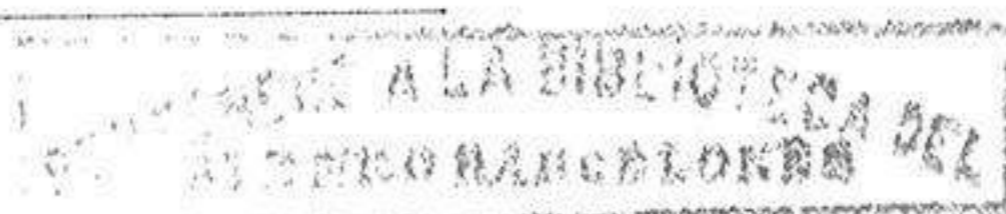
Eres la vida nueva; la misteriosa vida,  
Fecunda en emociones de goces ignorados.  
Sé siempre, como ahora, la casta bienvenida;  
Sé siempre para el vate la tierra prometida,  
Y le verás exento de efímeros cuidados.

—  
Sé siempre lo que eres: el cielo sonriente,  
Donde el esposo mire de Dios la faz radiosa:  
Así, siempre en lo alto: magnífica, fulgente;  
Sin que jamás se nuble tu candorosa mente;  
Sin que jamás vacile tu pedestal de diosa.

ENRIQUE PÉREZ VALENCIA.

1901.

# LA LITERATURA MODERNA EN FRANCIA



FIN DEL ROMANTICISMO.—EL PERÍODO DE TRANSICIÓN.

LA NOVELA.—PRÓSPERO MÉRIMÉE

Algo impropiamente clasificado como *discípulo* de Beyle, Mérimée tiene de común con el autor de *Rojo y negro* la sustitución realista del color local, idealizado por el romanticismo, y el estudio sincero de los *medios* como factores psicológicos. Aparte de este terreno común, se diferencian con diferencia fundamental: Mérimée es sobre todo artista.

Próspero Mérimée nació en París, cuando el siglo XIX contaba tres años de fecha. Su padre y su madre eran pintores; además, en la línea materna se encuentran antecedentes literarios. El agua del bautismo no humedeció la frente de Mérimée, y uno de sus biógrafos observa con razón que cuando el autor de *Colomba* decía «nosotros los paganos», la expresión nada tenía de metafórica.

Quizás el no haberse cristianado sea lo más singular de la vida de Mérimée, pues con él empieza la generación de escritores sin biografía *novelesca*. También la poesía biográfica del romanticismo debía desaparecer al iniciarse el período de transición; como que esa poesía fue resultado de la exaltación individualista. Desde que Gautier proclamó el dogma de la

impasibilidad, anatematizando el lirismo, los autores dejaron de confesarse con el público. Impúsose, al contrario, el aislamiento: se huyó del vulgo y se le ocultaron los sagrados misterios de la creación artística; se desdeñó su amor y su piedad; acaso se prefirió su indiferencia á su turbulento aplauso.

Aunque sin lances románticos, no por eso deja la vida de Mérimée de ser una de las más llenas que puede soñar el hombre para el desarrollo de facultades superiores. La resumiré de un modo breve, antes de tratar de la obra literaria.

Mérimée fue un niño mimado en su casa y un mediano alumno mientras estuvo en el colegio de Enrique IV; en cambio, cuando se matriculó en la Facultad de Derecho, se dió al estudio con ardor, aprendiendo idiomas, impregnándose de lo que antaño se llamaban *humanidades*, y familiarizándose con la lengua y literatura española. Al mismo tiempo principió á frecuentar los salones del gran mundo y de las eminencias de las letras y las artes, muy brillantes bajo la Restauración, adquirió esa erudición enciclopédica, esa tintura de todos los conocimientos que Balzac considera indispensable al novelista, y trabó amistades ilustres, con celebridades consagradas ó naciescentes—Chateaubriand, la Recamier, Delfina Gay, Thiers, Sainte-Beuve, Cousin, Remusat, Viollet le Duc, Courier, Stendhal. — En 1825 publica su primera obra, el *Teatro de Clara Gazul*; dos años después, *La Guzla*. Después un drama y una novela histórica, *La Jaquería* y la *Crónica del tiempo de Carlos IX*.

En 1829 ven la luz sus primeros cuentos, y entre ellos *Tamango* y *Mateo Falcone*. El público no le regateó su aprobación, la sociedad le acogió con los brazos abiertos. No era un literato de oficio, cual otros corifeos del romanticismo con quienes se reunía, sino un elegante aficionado, que aparentaba tomar las letras por distracción y solaz, formulando esa protesta irónica contra la pedantería profesional que entre nosotros ha solido formular D. Juan Valera, personalidad que tiene con la de Mérimée ciertos puntos de contacto. Sus viajes

á Inglaterra y sus tradiciones familiares alistaron á Mérimée entre los anglómanos; pero España, bajo el romanticismo, atraía tanto ó más que la Gran Bretaña, y Mérimée nos visitó por primera vez en 1830, conociendo en Madrid á la familia de Montijo, con la cual le unió relación de amistad inalterable, sin que por entonces cupiese ni sospechar que las damas españolas, con el tiempo, darían á Francia emperatrices.

De regreso á la patria, Mérimée desempeñó un lucido puesto administrativo y continuó su vida mundana, disipada y aun calaveresca. Las cenas alegres y las fáciles aventuras le robaban el tiempo que había de dedicar al arte. Una solución de continuidad se abre entre la primer etapa literaria de Mérimée y la época en que vuelve á coger la pluma. Fue para él saludable en este sentido el cambio de empleo, que arrancándole á la holganza oficinesca y á la frivolidad cortesana, le obligó á recorrer, á título de inspector de los monumentos históricos, la tierra francesa de punta á cabo. El culto y el amor á las piedras viejas constituyeron, no lo olvidemos, una de las fuentes más puras del romanticismo. Un viaje á Córcega, hacia 1840, inspiró á Mérimée la primorosa y célebre novela *Colomba*. Poco después publicó *Carmen* y *Arsenia Guillot*, á tiempo que acababa de abrirle sus puertas la Academia. *Carmen* inicia otro interregno en la vida del escritor, que por veinte años abandonó el cuento y la novela; lo que le ha valido la admiración de la posteridad.

De 1835 á 1850, Mérimée corrió mucho mundo, no sólo por inspeccionar, salvar y restaurar monumentos, sino porque, como Stendhal, y como todos los que poseen delicado sentido observador y paladean los sabores finos y raros de la vida, era aficionadísimo á viajar; y aunque prendado de las comodidades de su casa, de su sillón y sus gatos, no quería irse del mundo sin curiosearlo un poco. Paseó despacio por España, Inglaterra, Italia, Alemania, el Asia Menor, Grecia. Por comparación acrecentó el tesoro de sus conocimientos arqueológicos, y apreció mejor los monumentos franceses: con razón

pudo decirse que, á no ser por *Nuestra Señora de París* de Hugo y los viajes de Mérimée, los gloriosos testimonios del pasado desaparecerían y el suelo se cubriría de edificios análogos al templo de la Magdalena.

Pero estas correrías orientan involuntariamente hacia el pasado, despiertan la afición á la historia, y los trabajos de Mérimée, en aquella época, cuando no artículos de arqueología, ensayos históricos fueron. En vez de novelas escribió la *Conjuración de Catilina*, preparó materiales para una *Vida de César*, asunto que era su obsesión, y adelantó la de *Don Pedro el Cruel*, basada en la crónica de Ayala. Aspiraba á producir un libro definitivo, lo cual prueba que no creía haberlo escrito, á pesar de *Colomba*.

Apareció la *Vida de Don Pedro el Cruel*, tan premeditada, y para la cual Mérimée había revuelto los archivos españoles en 1848, en plena revolución, entre las jornadas de Febrero y las de Junio, momento en que los libros tenían sin cuidado á la gente. La revolución que derribó á la monarquía del justo medio fue antipática á Mérimée: caía un régimen bajo el cual había sido siempre halagado, un soberano que le distinguía. Consideración, es esta que aun involuntariamente, pesa no poco en los juicios de un escritor acerca de historia contemporánea. Aunque indiferente á la política, Mérimée—dice su mejor biógrafo—creyó asistir á la descomposición de una sociedad y al acabamiento de una reacción. Por segunda vez, al término de su vida, había de experimentar, con mayor motivo, esta tétrica impresión.

En 1850 se representó una piececilla suya, que no agradó ni duró en el cartel.—¿Me silban?—exclamó al entrar en el teatro.—Voy á ayudarles.—Por aquel entonces acometió una empresa semejante á otras de Balzac, Zola y Dumas padre, rehabilitar á un acusado, volver por la honra de un hombre á quien creía inocente. El protegido de Mérimée era Libri, adicto al pasado Gobierno, y acusado de sustraer libros preciosos en las colecciones del Estado. De estos bibliórrapos hay cose-



cha en todas partes. De alguno sabemos en España, que si lo nombrásemos se haría cruces la gente. Mérimée abogó por Libri con empeño digno de mejor causa; pero no sólo no consiguió excusarle, sino que se vió condenado á mil francos de multa y quince días de cárcel. Llovieron sobre él tribulaciones. Perdió á su madre; una mujer muy amada, con quien llevaba quince años de consorcio de espíritu á espíritu, se desvió de él, y en el nuevo poder cesarista, fruto de la revolución, no encontró al pronto simpatías. De súbito, teatralmente, su suerte cambió: el capricho de amor propio y sensualidad de Napoleón III se convertía en pasión: la joven y brillante amiguita de Mérimée, su alumna, su corresponsal, Eugenia de Montijo, Condesa de Teba, iba á sentarse en el solio.

Sin que abusase Mérimée de la excepcional situación que esta boda le creaba, sus últimos años gracias á ella corrieron, entre satisfacciones y honores. No solamente la senaduría vitalicia le puso al abrigo de la necesidad, sino que la imperial pareja le trató como al más íntimo amigo y le asoció á su vida de fausto y goces, contando siempre con él para las fiestas y distracciones incesantes de París, Compiègne, Fontaineblau y Saint Cloud, como para la *villeggiatura* de Biarritz. La Condesa de Montijo, su valedora apasionada y constante, quería más: empeñábase en buscarle esposa. No le era fácil á la anciana señora descubrir para Mérimée proporción tan ventajosa como la que había encontrado para su propia hija; y á pesar de discretas tentativas en los salones, solterón empedernido continuó el autor de *La Guzla*.

La impopularidad de Napoleón III refluyó en Mérimée. Los enemigos del régimen satirizaron al cortesano, y, hasta hubo quien dijo al bufón palaciego, sátira injusta, pues Mérimée, hombre desinteresado, no fue un sabueso más de aquella *cureé* del segundo Imperio que sucumbió tan trágicamente en el abismo de Sedán. Mientras en Compiègne se representaban charadas y remedaban galantemente las *Cortes de amor* de la

Edad Media, Bismarck, en Berlín, consultaba con detenimiento el mapa de las fronteras para rectificarlo. Napoleón III, borrada ya la aureola de Crimea, abrumado por los errores de Méjico y las anexiones imprudentes de Saboya y Niza; Napoleón III, á quien Mérimée, no muy prevenido en su favor, había acabado por comparar á aquel Julio César cuya historia en colaboración escribían, se hundía cargado de responsabilidades, desmembrando la patria. La dinastía, alzada por la victoria, caía por la derrota; y si bien se considera, justicia fue muy ejemplar.

Luchaba entonces Mérimée, ya viejo, con la terca y cruel enfermedad que le llevó al sepulcro, tan ajeno á lo que se preparaba, que hablaba de la próxima guerra con dejos de buen humor. «No la habrá—decía—si á Bismarck no se le antoja.» Las primeras derrotas le precipitaron de lo alto de sus ilusiones; y á pesar de su padecimiento, corrió á París á ponerse á las órdenes de la Emperatriz regente, á la cual se presentó despojado de su envoltura de cortesano, de ingenio de cámara, y tan abatido, tan pronto á llorar como un niño, que Eugenia de Montijo vió en aquel amigo semblante el desastre irremisible. Tal vez sobre Mérimée joven, no hubiesen producido esta impresión los sucesos; los años y los sufrimientos de su cuerpo desgastado por los goces, por las múltiples emociones de una existencia colmada y sabrosa, pero no tranquila, le habrían preparado á él, escéptico é impasible por escuela, á esta explosión final de sensibilidad, como la que pudiese tener un hujier de las Tullerías. Por eso leemos en carta á una de sus *desconocidas* (las hubo hasta el último instante en la vida de Mérimée) fechada el 18 de Julio de 1870: «Es preciso encontrarse admirablemente de salud, tener nervios de un vigor especial, para que estos sucesos resbalen sin afectarnos. No necesito decirte lo que experimento.»

La Emperatriz, que en cambio estaba serena, á la altura de su cargo, aceptó tácitamente un servicio: Mérimée celebró una conferencia con Thiers para aplacarle y si era posible

atraerle. A Thiers se le llamaba en las agonías dinásticas. Esta vez fue en vano: Thiers no había de sostener al Imperio, cuando justamente el propio Mérimée escribía á la *desconocida* esta frase: «Toda la sangre que corre y correrá, es en beneficio de la República.» Al implorar á Thiers, Mérimée hallábase punto menos que espirante. Era un moribundo que rogaba por un muerto.

Después de que la Emperatriz, no pudiendo hacer frente á la efervescencia popular, huyó de la capital francesa, Mérimée se dejó llevar á Cannes, adonde llegó semivivo, y donde exhaló el último aliento el 23 de Septiembre del apocalíptico año de 1870, días después de la capitulación de Sedán.

Si reseñada ésta vida, que bien podemos llamar, hasta donde cabe, dichosa; que es la de un refinado epicúreo intelectual á quien las circunstancias permitieron completa expansión de la personalidad, salvando sólo las restricciones sociales,— estudiamos las obras de Mérimée, veremos cuán estrechamente relacionada estuvo en él la índole de la producción literaria con el dato biográfico. Una opinión de tanto peso como la de Brunetière hace evolucionar á Mérimée desde el romanticismo al naturalismo. Inclinandome ante el gran crítico, diré que el naturalismo de Mérimée si existió, fue antítesis del de Zola; que en el camino de la transición, Mérimée conservó siempre su peculiar manera de ser; varió sin cambiar; y que su paganismo, su escepticismo, su sentido aristocrático, le acompañaron en cada etapa fielmente.

Habiendo comenzado á escribir cuando estaba en su plenitud fanfarrón y comunicativo el romanticismo, Mérimée, en medio del vértigo, jamás perdió su sangre fría, su facultad analítica, pero nunca supo desechar la especie de timidez invencible, que es el verdadero fondo de su carácter. Es esta timidez orgullosa la que le induce al misterio y á la reserva; á envolverse en la capa glacial, que sino garantiza el sosiego interior, oculta á los profanos lo que debajo late. Individualista, ególatra, retraído, Mérimée teme al público sin estimarlo.

Lo que distinguió á los románticos fue que, semejantes á las efigies del Sagrado Corazón, no sólo descubrieron el suyo ensangrentado y abrasado, sino que obstinadamente, con ambas manos, señalaron hacia él. A Mérimée le repugnaba entregarse al amor formidable y á la fiscalización ininteligente de la muchedumbre. Cuando se mezcló con la hueste romántica y bohemia, fue como una dama de alto coturno á un baile público: con antifaz.

En efecto, de sus primeras obras, una aparece bajo el velo del pseudónimo; otra es verdadero *pasticcio*, del género de los poemas de Osian y nuestro canto guerrero de Altobiskar. El *Teatro de Clara Gazul* finge imitar el antiguo teatro español: era el hispanismo uno de los temas predilectos de la inspiración romántica; Víctor Hugo, el «grande de España» literario, no había acotado el terreno; se lo disputaban Musset, Gautier, otros hispanizantes, el mismo Stendhal, que soñaba con España y no logró residir en ella, como deseaba, largo tiempo. ¿Acertó siquiera Mérimée á hispanizar bien en los dramas de la supuesta comedianta española? Dígalo un juicio de Sainte-Beuve: «Cuando Mérimée publicó su *Teatro de Clara Gazul* no había estado aún en España, y parece que después declaró que si la hubiese visto no lo publica. Sería lástima: perderíamos todos. Hay primeras inspiraciones que la observación no sustituye.» No cabe insinuar con mayor finura que el *Teatro de Clara Gazul* será lo que se quiera, excepto español. Amigos entusiastas, y entre ellos Ampère, adjudicaron, con motivo de la superchería de *Clara Gazul*, el aplastante nombre de *nuevo Shakespeare* á Mérimée.

Más diestro en el arte singular de apropiarse al alma de un pueblo fue Mérimée en *La Guzla*. A pretexto de recoger las canciones populares de Iliria, y sin otra preparación que una lectura casi paradójal por lo insuficiente, escribió la serie de baladas que tituló *La Guzla*, y que engañó en el extranjero nada menos que á Goëthe y á Pouchkine. ¿Cómo va á parecernos singular el caso—aunque lo sea—á nosotros, que á la super-

chería de un estudiante debemos ese peregrino *Canto de Altbiskar*, por muchos eruditos modernos admirado y elevado á la altura de rapsodia homérica que encarna el genio de la raza vasca?

De estas obras juveniles de Mérimée, dice con razón Brunetière que, románticas por el colorido, pertenecen, antes que á la escuela de Chateaubriand, á la de Stendhal y Fauriel. La observación y la curiosidad *folklórica*, en ellas, lleva de la mano á la fantasía. Gradualmente, en Mérimée veremos á la erudición sobreponerse y triunfar, auxiliada por la natural inclinación al clasicismo. Pero estamos aún en los años de inspiración, de vigor: Mérimée va á producir lo que ha de salvarle del olvido.

No es todavía *La Jacquerie*, ni la inevitable novela walterescotiana titulada *Crónica del tiempo de Carlos IX*. Interesante, concisa, bien escrita, con un sentido de la historia que nadie puede negar, no figura, sin embargo, esta novela en la misma línea que *Cinq Mars*, de Vigny, y, naturalmente, se derrumba ante *Nuestra Señora de París*, de Víctor Hugo. La novela histórica, ó solamente retrospectiva, ha de fundarse, quién lo niega, en el conocimiento más científico posible de las edades pasadas, pero ha de recibir vida de la fantasía poética y adivinadora. Esta ley no se desmiente ni en *Quintín Durward*, ni en *Salambó*, ni en *La novela de la momia*, ni en *Quo vadis*, y es bueno recordarla ahora que el fénix de la novela histórica y arqueológica parece renacer de sus cenizas.

La genialidad de Mérimée, su veta de oro, escasa y fina, se reveló en sus cuentos. Los escritores palabreros no saben tornejar el cuento; no aciertan á concentrar en cuatro ó seis páginas la emoción suprema, la esencia dulce, amarga, embriagadora ó quemante que la realidad destila. En el cuento es donde la clásica sencillez, la aguda observación y la estricta perfección de Mérimée se manifiestan como labor en hueco sobre lisa, dura ágata; y ni Maupassant, ni Daudet, ni Ivan Turguenef, con su sensibilidad más amplia, rica y voladora

que la de Mérimée, pueden presentar nada que artísticamente considerado supere á *Tamango*, á *Mateo Falcone*, á *La Toma del reducto*, en su género soberanas obras maestras.

Una diferencia existe entre estos cuentos y los de Turgue-  
nef, Maupassant y Daudet, y es que mientras los citados admirables cuentistas se empaparon de lo que les rodeaba, bañándose en su ambiente propio, Mérimée salió por lejanas tierras buscando el exótico, el más ajeno á su condición y estado de *gentleman* parisiense en el primer tercio del siglo XIX. «Agradábanle—nos dice de él Agustín Filon—los tipos excepcionales y las aventuras extraordinarias, los bandidos, los piratas, cuantos viven luchando con la sociedad, y la gente de sentimientos primitivos.» Por esta afición, hasta el cuello dentro del romanticismo está Mérimée; pero mientras los románticos fantaseaban á *Bug Jargal* y á *Hernani*, Mérimée cavaba hondo en la verdad y aplicaba anticipadamente las nociones del sistema á que Taine dió cuerpo. Discípulo, en esto sí, de Stendhal, ascendiente de Taine en lo científico, lo es también, en el procedimiento artístico, de Loti, de Fromentin, de Bourget, y la sólida adquisición de la psicología según las razas y los países, es sin duda, en el orden mental, su mayor conquista.

Seis ú ocho cuentos de Mérimée puede afirmarse que no envejecerán nunca. Son la cima del arte, y es de justicia proclamar la superioridad de Mérimée en tal respecto sobre Enrique Beyle. Cuando á lo intenso y encendido de la idea creadora se une la absoluta impecabilidad de la forma y la exquisita sobriedad en el material empleado; cuando el modo de narrar es tan feliz como interesante lo que se narra, á bajar la cabeza y descubrirse. No creo que ni los adoradores de Beyle, cuyo papel está hoy más en alza que el de Mérimée (aunque empieza á descender, por causas que aquí no aquilato) nieguen estas máximas. Sin duda era doblemente genial Beyle, y era, sobre todo, sugestivo, excitador; tenía hallazgos, corrientes y orientaciones que á Mérimée le faltan; pero ¡cuán

inferior como artista puro! Ni entre sus novelas veo una *Colomba*, ni entre sus rebañaduras de archivos italianos un *Mateo Falcone*. Dígase siempre la verdad, y no olvidemos que el arte no se reduce á pensar y sentir, sino que lleva en sí la imposición dogmática de la forma, veste divina del pensamiento. Si, en efecto, *La toma del reducto* fue escrita después de una conversación con Stendhal, confesemos que Stendhal, saturado y embriagado de la epopeya napoleónica, no hubiese acertado á expresar toda su épica poesía en breve copa griega.

Entrad en un Museo de escultura y contemplad las estatuas. Algunas, semicolosales, no causan más impresión que la física, debida á su magnitud: un dedo pulgar asusta y al mismo tiempo hace sonreír: algo tiene de caricaturesco. Llegaos después á la vitrina donde se encierran las medallas y las estatuillas. Considerad, por ejemplo, en el Louvre, un juguete helénico, un negro de bronce de una cuarta de altura. Ese negro, cuanto más le mirais, más crece; llega á parecer de tamaño natural. Sin ser grande es grandioso; no lo medís ya por sus dimensiones efectivas.—Pues bien; suponed que ese negro, prodigio de verdad, es *Tamango*, el héroe del cuento de Mérimée.

El estudio de la psicología de razas y tierras no tiene, que yo sepa, documento de más valor que la novela *Colomba*, obra maestra de Mérimée, infinitamente superior á *Carmen*, á pesar de que Mérimée se hallaba empapado de españolismo, y en cambio corto tiempo había permanecido en Córcega. No solamente el personaje de la heroína es de una originalidad y un romanticismo realista incomparables, sino que el de su hermano lo completa y realza. La ficción es dramática; la narración, animadísima; el colorido, intenso y justo. El pintor hace vivir en el lienzo dos tipos de raza que están hablando; pero ambos retratos van más allá del parecido pintoresco: expresan todo el pasado, prestan carne á la tradición. De *Colomba* á las *Veledas*, *Atalas* y *Graziellas*, á las figuras de pura

filiación romántica, ¡qué distancia tan incalculable! Colomba es una mujer *natural*, no solamente por ciertos detalles familiares de su existencia—que también Lamartine atribuirá, más adelante, á la ideal pescadorcita del golfo partenopeo—sino porque en ninguno de sus actos, aun los de más trágicas consecuencias, hay rasgo que desdiga de su condición, de su estado de cultura, de la verdadera naturaleza de una *Colomba* que respirase. La voceratriz corsa, la Euménide, es una mujer. Tampoco Orso se convierte en héroe novelesco á expensas de la realidad: como que es sujeto de no muy complicada psicología, normal en su sentir, á pesar de lo cual alcanza proporciones de dramática belleza sincera y humana, siendo superior á los *Manfredos* y los *Hernanis*.

Lejos de Córcega; roto el círculo de hechicería del ambiente, Orso es un militar honrado y pundonoroso, y, en tiempo de paz, hasta un ciudadano pacífico. Si no ha olvidado su agravio, si le duele aún el asesinato de su padre, al menos no quiere ser también asesino para cobrar la deuda. Pero la primer bocanada de aire de su isla ya hace tambalearse sus convicciones, abofeteándole con la burla de los isleños, con la mofadora canción de *rimbecco*, espuela del que descuida la venganza. Lentamente, cuanto le rodea le va transformando, convirtiéndole de civilizado en primitivo, despertando á la fiera que en nosotros duerme. Orso percibe la transformación; se da cuenta clara de que le precipitan al estado salvaje, á él, que ha entrevisto otros ideales, que aún conserva el reflejo de la gloria imperial; conoce que está influído por gente inferior; ve que su hermana es un sér impulsivo, una salvaje incapaz de reprimir sus instintos, una criminal generosa, pero criminal en suma... y sin embargo, va dejándose arrastrar á la hora sangrienta, y da muerte á los dos hijos del abogado Barricini, porque su raza se ha levantado en él, porque también es corso y la opinión de la aldea de Pietranera es la condensación de ese ambiente natal que condiciona para siempre nuestro espíritu.



En *Colomba*, y más marcadamente aún en *Carmen*, descubrimos, al lado del estudio local (en *Carmen* no inexacto, pero limitado á un aspecto parcial de la raza) algo que procede de Stendhal, el *energismo*. Los cuentos de Mérimée son en su mayor parte estrofas de un himno á la energía, excepto el irónico *Abate Aubain*, y el redentorista *Arsenia Guillot*; y aun en éstos la tenacidad del disimulo y la intensidad psíquica de la pasión corresponden á la concepción *activa* de la vida. En *Colomba* la belleza derivase también de la fuerza de voluntad y deseo, de la energía intacta.

Mirada desde otro punto de vista, *Colomba* induce á reflexiones que modificarían opiniones admitidas sobre la novela local ó regional. Cuando *Colomba* vió la luz, no se hablaba de novela regional ni por sueños. Lógicamente derivada de la evolución literaria se presentó esta forma, y no lleva trazas de desaparecer: es hoy fenómeno general. En cada país, á veces en cada ciudad, van asomando pintores y narradores impregnados del sentimiento y de la apariencia exterior de aquel pedazo del planeta, y erigiéndose en axioma indiscutido que para interpretar una región es preciso haber nacido en ella, amarla filialmente, hallarse embebido en sus costumbres, llevar en las suelas motas de su terruño. Si nos fijamos en *Colomba*, veremos que el procedimiento es absolutamente contrario. Mérimée llega á Córcega, la cruza, no la ama poco ni mucho; le parece un original país, que produce extraña impresión, y sobre esta base levanta la novela más *regional*, en el sentido alto y profundo de la palabra, de cuantas conozco. ¿Quién comparará el cuadro definitivo trazado por Mérimée con uno de esos perpetuos balbuceos laudatorios de un país y de una gente, el de Trueba, verbigracia, mera repetición de un tema amplificado y, por consiguiente, debilitado, representación en que salen, á manera de comparsas, los mismo tipos, iguales costumbres, idénticos efectos de cielos, montañas y praderías? Acaso la imaginación poética se excita con la sorpresa y con el hábito se embota; acaso el interés de una re-

gión lo percibe mejor de una vez, eléctricamente, un artista como Mérimée.

Después de *Colomba* y *Carmen*, Mérimée se despide, podemos decir, de la ficción; capta su pluma la historia, donde no tendrá tan felices aciertos. «Merimée acabó bastante oscuramente por la historia», sentencia Brunetière. «Hay hombres», escribe á este propósito Filon, «á quienes casi humilla la popularidad del novelista, si no la realzan con alguna obra *estimable* del género *serio*. Se les ha elogiado tanto por lo que recrean, que ya esta alabanza se les figura irónica: les entra ambición de aburrir, ambición que pronto se satisface.» Sin que precisamente sean prototipo de literatura aburrida las obras históricas de Mérimée, les faltan, no sólo el color y el lirismo de Michelet, sino el arte de brujería de Thierry para resucitar edades pasadas. Chateaubriand y Walter Scott, los dos inspiradores de la historia moderna, los que demostraron en qué grado debe asociarse á ella la poesía y los elementos espirituales, deducidos de la realidad, no influyeron en Mérimée. El clasicismo, fuerte molde de su cultura, se sobrepuso á las revelaciones é inspiraciones románticas.

No sé si dije que la timidez era rasgo característico de Mérimée: conviene explicar en qué sentido empleo la palabra: Mérimée es tímido en letras; refrena con dura mano la fantasía; oculta como un delito la emoción; detesta las generalizaciones brillantes, no da puntada sin doble nudo. Su prudencia raya en miedo. Con tal sistema no se puede ser Thierry, porque bajo la exactitud documental de Thierry hay un desbordamiento imaginativo que á veces se transforma en lucidez visionaria. No otra cosa significan las palabras con que Sainte Beuvé juzgó á Mérimée historiador. Según el sagaz crítico, Mérimée se encontraba en el punto y sazón que el historiador requiere: versado en los idiomas, la etnografía, los monumentos, el espíritu de las razas, la sociedad y el hombre; pero faltábale un progreso, un paso decisivo: desconfiar menos, abandonarse al estro, osar todo lo que siente. Para apoyar dictamen

tan justo, Sainte Beuve cita una frase de Luciano de Samosata sobre la historia: «Es preciso que un vientecillo poético hinche las velas del navío.» El buen consejo de Luciano no había de seguirlo Mérimée jamás. Era tarde: Sainte Beuve hizo estas observaciones á propósito de la última obra de Mérimée, *Los falsos Demetrios*.

El vientecillo poético de seguro había dictado á Mérimée la elección de sus temas históricos. Lo mismo nuestro *Justiciero*, con su indomable y desbordada voluntad, con su vida terminada en la página shakespeariana de Montiel, que el genial impostor ó mártir que imperó en Rusia titulándose hijo de *Ivan el terrible*, son personajes en quienes la historia se convierte en novela y drama; las épocas perturbadas en que reinaron, nuestro siglo XIV, el XVII de Rusia, no podían ser más sugestivas. Mérimée comprendía cuantos recursos ofrecían á su pluma; el misterio, la anécdota histórica, le atraían; pero resistió á su atractivo. El propósito de reprimir la imaginación influyó hasta sobre su estilo, que en la historia es frío, metódico, voluntariamente abstracto.

Hay dos aspectos de la labor literaria de Mérimée que no son muy conocidos, en España por lo menos. Apenas se recuerda que Mérimée fue el primero en revelar á Francia, y por consiguiente, al mundo, la hoy triunfante literatura rusa. Sus estudios sobre este asunto los inició Mérimée aprendiéndose el idioma, esa maravilla de la filología, la más armoniosa, fértil y descriptiva, en su oriental esplendor, de las lenguas vivas, superior al griego, en opinión de Mérimée, que añadía transportado: «Es un habla joven, y los pedantes aún no han tenido tiempo de estropearla.» Dueño del tesoro, ocurriósele traducir, con una perfección ideal, no sé si diga mejorándolas, algunas novelitas de Puchkine, y consagrar un artículo crítico al gran poeta ruso. Siguiéron á estas traducciones otras de Gogol; más tarde, el descubrimiento de Turguenef, protegido, *lanzado* por Mérimée en París, donde el novelista eslavo llegó á gozar de la misma popularidad que si fuese francés. A Méri-

mée debemos, pues, llamar padrino de esta literatura aclimatada ya en los países latinos, aunque no viese en ella tantas cosas como vió el Vizconde de Voguié y ven muchos que aceptan su crítica. La religión del sufrimiento humano, la humildad, la exaltación, el misticismo, riñen con todo lo que representa Mérimée, y ante esos méritos, el autor de *Colomba* se encogería de hombros y volvería el rostro hacia otro lado. El tolstoísmo se da de cachetes con Mérimée. Como que el tolstoísmo es, si lo miramos despacio, otra transcripción romántica y antipagana de la queja universal, otro modo de enseñar llagas y plañir dolores, lo más repulsivo para quien profesaba la inmoralidad primitiva, la impasibilidad, la indiferencia aristocrática y el altivo aislamiento.

Un temperamento de escritor, un alma humana, pueden revelarse enteros lo mismo en un acto que en una preferencia estética. Ante la novela rusa desciframos mejor la correcta y reprimida personalidad de Mérimée. Rusia fue para él lo mismo que España y Córcega: un país con mucha fisonomía, con bonita pátina, bárbaro, y por tanto, enérgico, sugestivo y hermoso. ¡Civilizar esos países! ¡Qué sacrilegio y qué vandalismo! Tanto valdría revestir de cemento una crestería gótica. Naturalezas como la de Tolstoy, que sienten hondamente la injusticia social, son sin remedio revolucionarias; naturalezas como la de Mérimée (anárquicas en el fondo), para quienes el hombre no es un hermano, ni un prójimo, cuya sensibilidad cuaja en forma estética, son por necesidad en política conservadoras. Mérimée lo era sin notarlo, creyéndose neutral; nuestra Revolución de 1868 le pareció que era nuestro *Inri*; en Francia calificó la República de *desorden organizado*. ¡Qué diría si llega á presenciar las convulsiones de la *Commune*! ¡Qué si viese arder París, y en París su casa, y en su casa su preciosa biblioteca y sus manuscritos, entre los cuales supone Teófilo Gautier que podría existir alguna hermana de *Colomba*!

No me aparto del asunto al definir el género de sensibili-

dad de Mérimée. Vengo á parar á su *Correspondencia*, publicación póstuma, que le ha valido un reflorecimiento de fama y simpatía póstumas también. La *Correspondencia* de Mérimée, aparte de que revela á un maestro del género epistolar, descubre el funcionamiento de su sensibilidad *privada*, imposible de determinar por sus demás escritos, ni aun por la especie de confesión—autobiográfica de la novelita *El vaso etrusco*; y el público, que á veces se prenda de los autores, como aquella estática monja se prendaba de Dios; por su humanidad,—agradeció á Mérimée que se mostrase en sus cartas ya triste, ya afectuoso, ya abatido por la enfermedad, ya puerilmente encariñado con un gato ó un libro, en postura negligente, en actitud sencilla. Bajo el sabio, el artista y el *dandy*, la *Correspondencia* descubrió al hombre.

¿Cómo era físicamente Mérimée? Taine lo retrata en el prefacio de las *Cartas á una desconocida*: alto, derecho, pálido, y á no ser por la luz de la sonrisa, de británico aspecto; con ese aire frío, reservado, *distante*, que aleja la familiaridad. Su estado constante era la calma, natural ó adquirida; su costumbre, dominarse y reconcentrarse, y esta manera de ser la arraigó el trato con gentes de alta posición, en esferas donde la exuberancia y la vehemencia son de mal gusto. Hasta cuando en confianza refería Mérimée algún chascarrillo, su voz era monótona y tranquila. Blaze de Bury, al describir la exterioridad de Mérimée, nos dice que en nada se parecía á un héroe de novela. Su cabeza de modelado vulgar, su expresión maliciosa y astuta, le asemejaban á un labriego, y en efecto, así le muestra la litografía de Deveria; pero poseía la distinción adquirida, duro barniz brillante, que equivale á una coraza. Según Taine, la reserva á la defensiva de Mérimée se debió á una impresión de la niñez, á un chasco, que le hizo tomar por divisa: *¡Acuérdate de desconfiar!* «Su sensibilidad—añade—estaba domada, pero existía, como caballo de pura sangre, fogoso y maestro, que obedece á la rienda...» Debió de contribuir la inclinación natural á que Mérimée se conformase á su divisa, to-

mada, como consta, de un texto griego, y que formaba el *ex libris* de su biblioteca.

Cuando la sensibilidad se replega sin amortiguarse, es infalible que en una naturaleza estética, recatadamente romántica, ávida de sensaciones, curiosa del sentimiento, su válvula de desahogo sea el amor. El amor, para caracteres como el de Stendhal, no sólo encierra el atractivo que en él nota Bourget de suprimir leyes y conveniencias sociales y retrotraer el alma al anhelo primitivo, indómito, estado el más favorable á la manifestación de la energía, sino que reúne el encanto de la vida secreta; es el vacío ignorado donde un hombre de la inteligencia y del refinamiento de Mérimée puede, sin exponerse á profanos roces, desceñirse un momento el duro arnés de la desconfianza eterna, cuyo peso, á la larga, abruma aun á los nacidos para llevarlo.

Pasada la primera juventud—y á decir verdad, hasta el último límite de la existencia,—Mérimée sostuvo dulces intrigas, ató lazos de seda y flores. Sus cartas de amor parecen (¿estarán expurgadas?) tan discretas y tan delicadamente galantes, como eran crudas y pecaminosas las que dirigía á Sainte Beuve y á otros correspondientes varones.

Componen el epistolario amoroso de Mérimée tres tomos de cartas, á *Una desconocida* y *A otra desconocida*. A veces, si no supiésemos que se trata de una correspondencia de amor, difícilmente creeríamos que las cartas á las incógnitas (á quienes escribió Mérimée simultáneamente durante cinco años, los postreros) van más allá de la amistosa comunicación. Sobre todo en las de la segunda desconocida, abunda el galanteo trío y la chismografía política y social. Con esta desconocida, que según parece es conocidísima, como su predecesora (no rasguemos el velo) y de cuya hermana, según refiere el propio Mérimée, se enamoró en Pamplona el Tato, trabó relaciones Mérimée en una de aquellas *cortes de amor*, presididas por nuestra compatriota la Emperatriz. Mérimée fue el Secretario, su desconocida la Presidenta, y con estos títulos correspondie-

ron siempre; delicado discreto, cortesano *marivandage*, en nada parecido á lo que por amor suele entenderse. Acaso, aun la misma intimidad sentimental, la más entera que cabe en lo humano, procediese Mérimée como Stendhal, que decía en su libro *El amor*: «Hago lo posible por ser seco. Impongo silencio á mi corazón, que cree tener mucho que decir. Siempre temo que cuando pienso notar una verdad, me he limitado á consignar un suspiro.»

Y sin embargo, para Stendhal como para Mérimée, fueron la sal de la existencia estas *liaisons*, que nos importan porque al uno le inspiraron un libro de Psicología y al otro tres tomos, por lo menos, de epistolario. No los disfrutaríamos si Mérimée no hubiese conservado tal vitalidad de ilusión, á pesar de los sesenta y pico de años y el *Acuérdate de desconfiar*; si no hubiese amado como un cadete, con impresionabilidad juvenil, á varias y á veces simultáneamente, con esa complejidad del sentimiento cuya relación con las civilizaciones avanzadas ha definido sagazmente Bourget. Para conocer á Mérimée y saber, según la frase de Filon, en cuántas cosas cree... un hombre que no cree en nada, es preciso leer la Correspondencia.

Es Mérimée, en resumen, la figura característica del período de transición; más que Stendhal, porque éste se adelantó á su tiempo y saltó por cima de él. En Mérimée vemos al romántico involuntario, al clásico por temperamento y escuela, al realista sin doctrina y como por ley fatal de las cosas: todo sumado en eminente personalidad literaria, y demostrado en unas cuantas obras que nadie sobrepujará como arte de composición y factura. Para que la nueva era produzca algo equivalente, tendrán que aparecer Flaubert y Maupassant.

«Mérimée» reproduzco un párrafo de Sainte Beuve «me dijo un día una cosa muy exacta: En lo poco que hago, me sonrojaria no dirigirme á los que valen más que yo, y no tratar de darles gusto. He aquí el sello de este artista sincero y noble. Todos podemos errar, pero hay que aspirar á satisfacer á sus iguales ó superiores, y no escribir para los inferiores en in-

teligencia: en una palabra, hay que apuntar alto y no bajo. Hoy nuestros escritores se dedican á lo último. No me lea usted—dice Lamartine á quien le habla de *Los Girondinos*. —No escribo para usted, sino para los talleres, para el pueblo...»

En estas líneas se encierra una clasificación, y Mérimée queda en su lugar, en las cerradas filas del alta aristocracia.

EMILIA PARDO BAZÁN.



## EL CONVENTO DE LA CONCEPCIÓN, EN TOLEDO



Bajo todos aspectos es grande la importancia de esta casa de religión, establecida en el declive oriental de la rocosa altura, que tiene por corona y remate el antiguo *Soc-ad-Duéb*, y que parece suspendida sobre aquellos ya informes restos de las vetustas fortificaciones, una y otra vez, afanosamente, reconstruídas por musulmanes y cristianos. Entre el *Convento de Santa Fe* y el *Hospital* del Cardenal Mendoza, ocupa extensa área de terreno, correspondiente á los alcázares reales, que suponen gratuitamente de Galiana; y su aspecto, desde el mercado de caballerías trasladado de *Zocodover* á aquella que llaman *Plaza de las monjas de la Concepción*, así como desde la bajada á las descuidadas *Escalerillas del Puente de Alcántara*, claro indicio es de la heterogeneidad de edificios, incorporados los unos á los otros, que constituyen el *Convento*, y de entre los cuales surge, con no grande elevación, pero armoniosa y bella, la torre mudejar de la iglesia, hermana de las de *San Miguel*, *San Román*, *Santo Tomé* y *Santa Leocadia* la nueva, cuadrada, y como ellas de fábrica de ladrillo, con elegante friso de entrelazada arquería lobulada y dos rasgados huecos de lanceolada contextura y pronunciados hombros, en cada una de las caras.

Otros restos quedan del mismo estilo, ya deformados, al exterior, por la indicada *Plaza*, en cuyo ángulo izquierdo, y apoyado en la quebrantada fábrica del *Hospital de Santa Cruz*, se abre muy modesto portón, dando paso á cierta manera de patio, que ha resultado así después de obras de distintos tiempos, en la edad moderna. Dícese que esta parte extrema de las que fueron casas reales, fue cedida, durante la minoridad de Fernando IV, por la egregia doña María de Molina á los frailes Observantes de San Francisco, establecidos, desde el año 1230, extramuros de la ciudad, y sitio después denominado *La Bastida* (1), permaneciendo aquéllos en su nueva morada hasta 1477, en que definitivamente se trasladaron al *Convento de San Juan de los Reyes* (2), cesión que arguye haber perseverado en poder de la corona aquel ala oriental de los alcázares, sin que haya noticia de que en ella hubieran sido hechas obras que la transformasen; y se cuenta que, solicitada y obtenida de la Reina Católica autorización para fundar un *Convento*, dedicado á la Concepción de Nuestra Señora, por la ilustre dama portuguesa doña Beatriz de

(1) Así lo expresa Parro (*Toledo en la Mano*, t. II, pág. 148), y así lo reproduce el Vizconde de Palazuelos (pág. 1.100); pero la falta de documentos que lo comprueben es tan notoria, como para que el primero de los escritores citados, al hacer tal afirmación, olvidase que en la pág. 20 del mismo tomo había asegurado que los franciscanos estuvieron en el sitio de *La Bastida* «bastantes años, hasta que la ciudad los trasladó dentro de la población al Convento que se edificó de limosnas, donde ahora están las monjas de la Concepción francisca», refiriendo por medio de llamada, y en apoyo de lo así manifestado, cierta inverosímil tradición que toma de «un escritor de nota».

(2) El doctor Salazar y Mendoza, que en la pág. 390 de la *Crónica del Gran Cardenal* dice que los franciscanos de las casas reales se mudaron directamente «á San Ioan de los Reyes», hablando de los conventos existentes en Toledo, había escrito, sin embargo: «Los de San Francisco se passaron á vn pedaço de casas Reales, donde está oy el monasterio de la Santíssima Concepción.» «Desde aquí—añade—se passaron á otras, á la Parroquia de Santo Tomé, tan principales, que se dieron por ellas cien mil maravedís de juro» (pág. 232).

Silva, que estaba al servicio de doña Isabel, y cuya hermosura, origen en la corte de reiterados galanteos, lo fue también de tradicional leyenda, hubo con tal propósito de hacer á dicha dama, en 1484, donación de otra parte de estos edificios reales, «hacia el sitio en que estuvo la *Casa de Moneda*» (1), es decir, entre el *Priorato de Santa Fe*, todavía subsistente, el *Convento de San Pedro de Alficém*, ó de las *Dueñas*, y aquel que hasta 1477 había albergado á los frailes de San Francisco.

Ignórase con certidumbre por qué causas las religiosas de la nueva fundación, que eran Bernardas, se unieron en el propio edificio de *San Pedro* con las de la Regla de San Benito, allí de antiguo aposentadas, siendo lo cierto que las unas,

---

(1) Como prueba de lo vago de las noticias que se conservan respecto de los fantaseados *Palacios de Galiana*, conveniente juzgamos recordar que Parro, de quien son las palabras copiadas en el texto, refiriéndose al *Convento de Santa Fe*, decía (pág. 132): «debemos advertir, para mejor inteligencia, que no toda la parte occidental de los Palacios de Galiana estuvo ocupada por el Priorato de Santa Fe, sino que una porción de este terreno fue destinado á casa de batir moneda, que, con efecto, se acuñó allí por espacio de muchos años.» Salazar y Mendoza expresa en la página 390 de su citada *Crónica*, que: «en otro pedaço de este Alcaçar de Santa Fe, estaua la casa de la Moneda de la Ciudad»; y más adelante, pág. 391, después de manifestar que en 1502 fueron aposentadas las monjas de Santa Eufemia de Cozollos en el Monasterio de San Pedro de las Dueñas, y por cédula despachada en Alcalá de Henares á 28 de Febrero de aquel año, se les mandó «passar al Monesterio de Nuestra Señora (Santa María de Alficém), que oy es de el Carmel calçado», — agrega: «Aquí estauan las monjas de Santa Eufemia, el año de quinientos y quatro, porque este año, á treinta de Agosto, estando el Rey Católico en Medina de el Campo, mandó á Alouso Gutierrez de Madrid, Thesorero de la casa de la Moneda de Toledo, la desocupasse luego y se mudasse á la Parrochia de San Nicolás, como estaua tratado.» Resulta, pues, difícil determinar dónde estuvo seguramente, dentro de aquel conjunto de edificios, la *Casa de la Moneda*; pues según el mismo autor, por traslación al extremo oriental, donde continúan, «quedaron desembaraçados San Pedro de las Dueñas y Santa Fe, quedándose allí la Casa de la Moneda» (pág. 390 citada).

«dexando el hábito y la Regla de el Cister, y las de San Pedro la de San Benito, se vistieron de blanco y açul y votaron la Regla de San Francisco», con lo que se bajaron el año de 1501 al Convento que había sido de los Observantes, y que permanecía desocupado (1), constituyendo así una sola Comunidad desde entonces. No es ciertamente cumplidero resolver hoy si en la indicada fecha, la antigua y suntuosa iglesia de los franciscanos, erigida en la centuria xiv.<sup>a</sup>, se hallaba ya desconcertada é inservible, poniendo á las Concepcionistas en el caso de habilitar local adecuado para tales y tan principales fines religiosos, ó si, como parece más probable, dada su orientación respecto del Convento, fue resolución en las monjas, para su comodidad, el abandonarla y establecerla en dirección contraria, aprovechando una de las capillas al propósito.

Tendido de Norte á Sur, constaba aquel templo, á juzgar por lo que de él subsiste, de una sola y prolongada nave, perfectamente señalada, con un cuerpo de capillas, de fundación particular, á cada lado, el cual se extendía, cual lo indica todo, más hacia el costado de Levante que al opuesto. Conérvase en la cabecera, que toca ya con la clausura, y con el nombre de *Capilla de Santa Catalina*, lo que fue *Capilla Mayor*, cuya bóveda, de resaltados nervios, cuidadosamente pintada, proclama corresponder al siglo xiv, y por la escasa altura con que en la actualidad se ofrece, acredita que el pavimento ha sido levantado, y que su nivel hubo de estar más bajo aún que el del callejón á cielo descubierto en que la nave se halla convertida. Y si interesante y bella, á pesar del abandono en que permanece, resulta la *Capilla Mayor*, de muy superior interés es todavía la primera de las capillas del lado del Evangelio, consagrada á *San Jerónimo*, la cual tiene al presente entrada por mezquina vulgar puerta que abre al patinillo de ingreso, y está legítimamente declarada Monumento Nacional por Real orden de 19 de Mayo de 1884.

---

(1) Salazar y Mendoza, Op. et loco. cits.

De planta cuadrada, presenta en el muro, por donde comunicaba con el cuerpo de la iglesia, grande arco de herradura, descubierto en 1889; y en él, como residuo de la verja que le cerraba, la cual debió ser semejante á los batientes de celosía del *Patio de los Naranjos*, en el interior del *Convento de Santa Isabel de los Reyes* mencionados, conserva la parte correspondiente al montante, de muy delicado trabajo de carpintería colorida, en que además de la celosía, formada por el cruzamiento y enlace de lindos y labrados listones, artísticamente dispuestos, y no pocos, de pequeños balaustres torneados, hay calados frisos de caireles, ofreciendo muy estrecho y singular parentesco con las celosías granadinas que figuran en el *Salón de las Dos Hermanas* de la suntuosa regia morada de los Al-Ahmares en las orillas del Darro, por lo cual se justifica una vez más la preferencia que don Pedro de Castilla dió á los maestros toledanos para la labra de las portadas del *Alcázar de Sevilla*, por aquel príncipe restaurado.

Lleva el muro de la izquierda restos de pintura al fresco, de carácter religioso, dentro de cierta especie de hornacina, de poco fondo y de arco de medio punto, que parece corresponde á los postreros días del siglo xv ó á los primeros del xvi, y donde estuvo el retablo; y por último, cautivando la atención, cubre los descarnados muros de aquel recinto, que estuvieron decorados con frescos y está ha tiempo abandonado, singular y muy notable cúpula esférica, de rosca de ladrillo, que no tiene compañera ni igual en ninguna de las construcciones toledanas, constituyendo por ello un monumento único en su especie, con justicia calificado de nacional, y colocado en consecuencia bajo la tutela y el patrocinio del Estado. Por el sencillo y usual procedimiento que de los musulmanes heredaron mudejares y cristianos, transfórmase el cuadrado de la planta en un octógono que sirve de anillo, sobre el cual asienta la hermosa cúpula, en cuya superficie, por lo que al primer tercio de la misma corresponde, ladrillos presentados diestramente de canto, como ocurre con la fachada descubier-

ta en el *Cristo de la Luz*, dibujan de relieve, bien que á la manera granadina, ancha zona de estrellas y vistosas combinaciones geométricas de tracería, repartida aquélla en fajas paralelas que van cerrando la bóveda hasta que las exigencias de la construcción lo permiten. Ya en la parte de la clave, la labor ha sido recortada ó tallada en el ladrillo, cuyas hiladas quedan manifiestas, produciendo singular efecto, el cual resulta graciosamente atenuado por las placas de esmaltados azulejos que decoran y enriquecen el conjunto.

Acomodándose por lo común á la figura de los espacios cóncavos que constituyen el fondo de la indicada labor de tracería, las referidas placas, de barro cocido, pintado y vidriado, ofrecen en sus adornos muy notable variedad y son ejemplares de gran valor cerámico, distinguiéndose en las seis fajas primeras, matizadas de azul sobre fondo blanco ó viceversa y con reflejos metálicos algunas, ora lanceoladas hojas, de tradición granadina, ya simbólicas manos abiertas y de dedos apiñados, emblema islamita alusivo á los cinco principales mandamientos de la ley musulmana, ya dos líneas consecutivas de signos arábigos, de traza nesji y de carácter puramente ornamental, pues por lo general nada dicen, bien que en algunos de ellos parece leerse la palabra *Felicidad*, ya otros dibujos que no reconocen el mismo oriental origen, y aun escudos, en los cuales, como empresa, aparece una fuente con dos contrapuestas y erguidas cabezas de fantástico animal, derramando el agua por las fauces. Llenan las concavidades de la séptima faja diez y seis azulejos recortados en forma de estrella de ocho puntas, quince de las cuales contienen, en elegantes minúsculas alemanas, azules sobre blanco, el monograma de Jesús, subordinándose desde allí las placas al movimiento de la estrella de la clave, en la que se atan las cintas de la labor en relieve, producida de la manera señalada arriba, con hasta diez y seis radios, en cuyos agudos fondos se hallan aplicados otros tantos azulejos con el mismo monograma en blanco sobre fondo azul, y alternando, aunque no con simetría

siempre, bellos dibujos de estirpe granadina, con manos abiertas y antebrazo, y á cada lado una llave, de análogo simbolismo entre los mahometanos.

Y mientras el punto central de la bóveda queda determinado por otra pequeña estrella de piezas esmaltadas,—en los diez y seis medallones del anillo, dos á dos por cada lado del polígono, figuran otras tantas losetas de azulejo, de cabos agudos, en los cuales, en minúsculas alemanas azules sobre fondo blanco, se halla el epígrafe votivo, de notorio interés, no sólo por revelar la fecha en que fue labrada esta *Capilla*, sino por declarar y dar á conocer el nombre del maestro alârife de quien es obra, diciendo de esta suerte:

esta : capilla : mando=faser : gonçao : lopez=dla : fueite mer-  
 cador (*sic*)=figo (*sic*) : de : gudiel : alfon=so traperero : para :  
 gu : (*sic*)=enteramieto : e : de ma=ria : goçaleg (*sic*) : su :  
 muger=a servicio : de dios : e : =dla : virgen : santa : mar=  
 ia : e : de : señor : sant cr=istoual : e : se : acabo=e : la :  
 fizo : alfonso : fer=andes : solado : =enl : año : del : señor :  
 de=mill : e : quatro : cientos=e veinte : e : dos annos=(1)

En 1844, y todavía en 1857, existía empotrada en el muro de la derecha una lápida sepulcral, de mármol blanco, sobre la cual dos ángeles volantes, con túnicas decoradas de ramos

(1) Nuestro buen amigo el notable y celebrado escritor militar D. Pedro Alcántara Berenguer y Ballester, Comandante de Infantería, que ha fallecido en los momentos en que estas líneas trazamos, y que tantos servicios prestó en Toledo para la conservación de sus monumentos, en el artículo que *Sobre el llamado Palacio del Rey Don Pedro y La Capilla de San Jerónimo* publicó en el núm. 3.º de la revista ilustrada *Toledo* el año de 1889, supone que este *Alfonso Ferrandes Solado* pueda acaso ser «hijo ó descendiente del maestro sevillano Diego Fernández, arquitecto del rey Enrique de Trastámara, ó del otro maestro José Fernández, que en Brasco Bas construyó, en 1373, las murallas de Lisboa.» Ambas hipótesis nos parecen igualmente improbables, pues la identidad de tal apellido entonces, dada su formación, nada significa.

de oro, ya borrosos, presentaban un escudo con tres áncoras sobre aguas ondulantes, cerrando el conjunto resaltado marco de negra pizarra con grandes florones que conservan resto del oro que los adornaba. La lápida, en seis líneas de apretadas capitales alemanas, decía:

AQUÍ : YAZE : DIEGO : G<sup>o</sup> : DE : TOLEDO || CONTADOR : DL : AL-  
MIRANTE : Q : DIOS || AYA : EL : QUAL : MADO : SACAR : LX  
CAT || IUOS : CRISTIANOS : DE : TIERRA : DE || MOROS : E : FALLE-  
CIO : LUNES : U : DIAS : D || E : OTUBRE : ANNO : DE : MIL :  
CCCC : E : XXX : VII (1)

Por no existir local adecuado en la que fue *Sacristía del Convento de San Juan de los Reyes*, donde hace años se halla provisionalmente el *Museo Provincial* establecido, y con el nobilísimo propósito de salvar de la destrucción de que era amenazado el que es conocido por el nombre de *Arco del Palacio del Rey don Pedro*,—figura, desde 1889, adosado al muro, en el cual se encontraba la lápida reproducida, aquel notable monumento, trasladado en la indicada fecha desde su emplazamiento primitivo en la *Plaza de Santa Isabel*, donde aparecía á la intemperie. Su instalación en la notabilísima *Capilla de Gonzalo López de la Fuente*, en la cual se muestra fuera de sitio, bien que no la suponemos definitiva, obligáanos á entrar en el estudio de aquella otra reliquia del estilo mudejar toledano, tan desfigurada ya que apenas conserva su originario aspecto.

Peraltado y volteado conforme á la tradición granadina, dibujaba el movimiento de la archivolta á la una y otra parte del intrádos, resaltado crestón conchiforme, cuya labor, ca-

---

(1) Adquirida por compra, figura hoy con el núm. 99 en la Sala I de la Sección II del *Museo Arqueológico Nacional*, si bien por inadvertencia sin duda, está armado el monumento de manera que el blasón aparece debajo de la lápida. En ésta se lee claramente la fecha de 5 de Octubre de 1437, y no la de 5 de Noviembre de 1537, que se le atribuye en la *Toledo Pintoresca* (pág. 182) y que copió sin ver el original Parro en la página 153 del tomo II de su *Toledo en la Mano*.



minando en dirección encontrada, venía á rematar en la clave; llenaban sus enjutas, de las cuales sólo ya la del lado izquierdo es la primitiva, sendos paños de vistosa yesería, donde la principal decoración se forma por la elegante y plana silueta de otros tantos pavones afrontados que destacan sobre el relieve de serpeantes vástagos con pequeñas hojas de hiedra, cuyo fondo se enriquece con hojas también, aunque menudamente picadas, que no sino á labor de filigrana se asemejan. Cerraban las dos alas de las enjutas dos cintas paralelas encuadrándolas, y en 1844 todavía, á juzgar por la descripción y el diseño de la *Toledo Pintoresca*, conservaba otros dos paños rectangulares de decoración, uno á cada lado, con un vástago de vid cada uno, cuyo tronco presentaba cogido, en la parte inferior, una mano cerrada, disposición usual en que aparece la decoración, así en la *Sala de las Dos Hermanas* de la granadina Alhambra, como en otros varios monumentos toledanos (1), volviendo ó corriendo dichos paños por el farjáh ó parte superior del arco á modo de *arrabaâ*, y ofreciendo casi completa identidad en el dibujo y perfecta semejanza en la disposición y los accesorios, respecto de la guarnición que encuadra uno de los destruidos bellísimos ajimeces del *Palacio de Fuensalida ó de los Ayalas* en esta ciudad, donde, en la clave, una mano también ase el tronco de que á uno y otro lado parten los vástagos de la vid que le decoran.

Mucho más pronunciado y de mayor relieve, otro vástago serpeante, característico asimismo de la manifestación mudéjar toledana, y de gran tamaño, desenvuelve las graciosas curvas del anudado sarmiento en el intrádos, con bien tallada hoja al centro de cada círculo, en la cual se hace patente la influencia ojival, no sólo por el diseño, sino por las nerviaturas, que unas veces son incisas y reelevadas otras, brotando á

---

(1) Sin duda por lo deteriorada que la mano se hallaría en la indicada fecha, dice que salían de la boca de un perro los vástagos de la vid el autor del *Toledo Pintoresca*.

cada lado ya apiñado racimo, ya una sola hoja de menores proporciones, y destacando el vástago sobre picado fondo de *at-taurique*. Dos cintas paralelas sin enlace, cierran los dos témpanos que, unidos en la clave, forman el intrados, recorridos exteriormente por una faja de resaltadas palmas, de movimiento semicircular en las zonas horizontales, y lanceolado en las verticales, advirtiéndose en una de las impostas, la de la izquierda, con lineamientos y contornos abiertos en el yeso, y pintada, aunque ya casi desvanecida, la siguiente vulgar inscripción en elegantes caracteres cúficos, la cual no es la única existente en Toledo, que se halla de igual modo y por el mismo procedimiento señalada, según veremos á su tiempo:

*La paz, la felicidad, la... (1)*

Tal era y tal es el arco peregrino llamado *del Palacio del Rey don Pedro*, al que ha dado hospedaje no muy conveniente la *Capilla de San Jerónimo*, y cuya restauración no está aún terminada (2). Labrado quizá en los comienzos de la xv.<sup>a</sup> centuria, ya que no en el último tercio de la anterior, cual supuso el autor de la *Toledo Pintoresca*, y han repetido después todos los escritores (3), ignórase por qué la tradición señala el edifi-

---

(1) Dió á conocer esta leyenda, por nosotros interpretada, el malogrado Berenguer, en el artículo citado arriba.

(2) Tiénela á su cargo nuestro amigo el Sr. D. Manuel Tovar, artista de muy superiores méritos, á quien con discreto acuerdo la ha confiado la Comisión de Monumentos; pero los apuros de la Diputación Provincial han impedido que la obra se termine.

(3) El malogrado Berenguer, Vicepresidente que fue de aquella Comisión de Monumentos, hace esta demostración comparativa en el citado artículo, reproduciendo los argumentos de la *Toledo Pintoresca* (págs. 269 y 270), aunque sin nombrarla. Nosotros, á pesar de todo, creemos aventurado decidir en orden á la fecha de esta yesería, pues si bien existen y son patentes las semejanzas que la aproximan á la del *Palacio de los Ayalas*, y aun á otras posteriores, dentro y fuera de Toledo, según ocurre con el arco del que fue *Convento de San Juan de la Penitencia*, fundado por el Cardenal Cisneros en Alcalá de Henares, y que desmontado se guarda en

cio de que procede como *Palacio* de aquel desventurado hijo de Alfonso XI, asesinado en Montiel, cuando, según Parro, fue de los señores de Jumela, y después de los Duques de Frías, por más que, seguramente, y con mayor ó menor fundamento, «la tradición debe tener algún origen», en cuya investigación nada se ha hecho.

Bien que deformados y convertidos en viviendas de los demandaderos y servidores del *Convento*, los demás cuerpos de capillas de esta ala del Evangelio en la primitiva iglesia del siglo XIV, marcan perfectamente, cual dijimos, la línea de aquel templo, como la marcan las correspondientes á la parte de la Epístola, en cuya cabecera se halla el ingreso de la actual iglesia. Emplazada á nivel mucho más inferior que el de la antigua, descuéndese desde la puerta misma, para desembocar bajo el coro alto de las monjas, levantado sobre ocho finas y altas columnas, pintadas de blanco, y casi todas ellas de dos piezas en el fuste, extendiéndose desde allí el templo, que es desahogado, con una sola nave, tendida en la dirección oriental, húmeda, obscura y triste. Consta de cinco tramos, y cubierta de bóvedas endoladas, figuran en aquellos hasta cuatro retablos del siglo XVI, dos á dos á cada lado, conteniendo diversas pinturas, muy celebradas por lo común, entre las cuales son de notar, por lo que hace al primero de la parte del Evangelio, la de la *Concepción* y la *Natividad de la Virgen*, la de *San Juan Evangelista* y *San Juan Bautista*, la de *San Pablo*, y las que representan *Pasajes de la Vida de Jesucristo*, con un bajo-relieve de *La Asunción de Nuestra Señora*.

En el retablo opuesto de la parte de la Epístola, donde se hallan interpretadas escenas diversas, alusivas á la historia de varios santos, es señalada una escultura aceptable de *San Francisco*, y en los otros dos, de los correspondientes tramos

---

el almacén de aquel municipio desde el pasado año de 1901, fue tal el prestigio de la tradición, como para que en muchos casos no sea hoy dable en absoluto trazar una línea cronológica divisoria entre las producciones mudejares del siglo XIV y las del XV.

superiores, tres bajo-relieves de *La Comunión de la Virgen*, *La Santa Cena*, y de *San Juan Evangelista*, que decoran el zócalo del Evangelio, y dos en el del lado contrario, con *La Visitación* y *La Circuncisión*, apareciendo además en aquél *el martirio del Evangelista*, de talla, cuatro pinturas de la vida del propio santo, el *Apóstol Santiago* y la *Aparición de Jesús á la Virgen*, y en éste, pasajes varios, relativos todos al *Bautista*.

Alzado el piso de la *Capilla Mayor* por medio de gradas, tiene su bóveda, que es de figura de concha, adornada con frescos; y en su retablo, corintio, son de notar preferentemente cuatro lienzos de buen efecto en los compartimientos laterales, con *San Juan*, *San Antonio* y *San Francisco*, así como el bello *Calvario*, que se muestra en el cuerpo arquitectónico con que termina. Sobre la reja del comulgatorio de las monjas, colocada en el muro del Evangelio de la *Capilla*, destaca, en hábito religioso, marmórea estatua yacente del venerable franciscano Fray Martín Ruiz, fallecido en olor de santidad á 25 de Agosto de 1364, la cual debió ser sin duda trasladada á semejante sitio después de la ruina de la antigua iglesia, y al instalarse las Concepcionistas en la que fue morada de los franciscanos (1), figurando encima seis cuadros de ningún valor pictórico, pero que representan hechos memorables de este religioso; y más arriba, un gran lienzo, con el retrato de la ilustre dama fundadora, doña Beatriz de Silva, á quien se aparece la Virgen, y en cuyo marco lleva una larga inscripción declaratoria.

Gran número de lápidas sepulcrales, casi todas labradas en pizarra, y ya tan desgastadas por la humedad y el uso que los epígrafes están por extremo borrosos ó completamente destruídos, llenan el pavimento de la iglesia, leyéndose en una,

---

(1) Supuesta la veneración inspirada por las virtudes de Fray Martín Ruiz, es de extrañar que al pasar al Convento de *San Juan de los Reyes* aquellos religiosos, no llevasen consigo los restos y el simulacro, aquí piadosamente conservados.

que lleva al centro varios escudos indescifrables y alrededor el cordón de San Francisco, las siguientes palabras, en que está la fecha, escritas en signos alemanes de relieve:

AQUÍ YASE IHOAN... AROYO QUE DIOS : AYA E ALUAR... ET LOPEZ DEL  
AROYO : FINO : AÑO : DE MDIII AÑOS.

Otra hay junto al altar de San Juan, que dice al medio, en cuatro líneas de capitales latinas:

ESTA SEPULTURA || ES DE MIGVEL ROD(*ri*) || GEZ LIBRERO E DE || SVS  
EREDEROS,

no faltando las que, debiendo ser enterramientos de caridad, tienen, con un número, escrita esta palabra solamente.

Humilde y desvencijada, abre en el tramo inferior del muro de la Epístola en la iglesia, vulgar puerta adintelada, que da hoy paso á hermosa y monumental *Capilla*, de grandes dimensiones y de planta cuadrada, la cual adosa al muro izquierdo del templo primitivo, y recibe indistintamente nombre de *Capilla de Santa Quiteria y de los Francos*. Ni más desconsolador, ni más triste, puede ser el espectáculo que ofrece ha muy largos años, sin que nadie se haya nunca preocupado para nada de aquel que fue en realidad monumento suntuoso y bello, erigido como *Capilla* sepulcral, y que todavía conserva restos de su pasada grandeza. Arrancado el pavimento; manchados los muros como de pústulas vergonzosas por toda clase de suciedades; llenas de polvo las pronunciadas ojivales nerviaturas de su elegante bóveda, en las arandelas de las cuales han colgado sus nidos las viajeras golondrinas; rotos y apor-tillados los muros, dejando al descubierto, ora la regocijada luz del sol, que allí nunca penetra por ninguna otra parte, y con ella las verdegueantes ramas de los árboles ó de las plantas crecidas en el corral inmediato por Oriente, que fue también no menos suntuosa *Capilla* (1), ora la sombría obscuri-

(1) Arruinada por completo, conserva en los arranques de la bóveda

dad de una construcción, cuyo paso obstruyen al Mediodía hacinados montones de tierra y de cascote, y ora la fábrica de ladrillo, á Ocaso, del muro de la iglesia primitiva; removidos los enterramientos, y presentando entre el ripio los huesos de aquellos que allí buscaron paz y eterno reposo, las estatuas yacentes mutiladas, las urnas abiertas, los epígrafes arrancados, todo enmohecido, todo pregonando cuánta y qué grande es la vanidad humana, y qué miserables y perecederas son, sin embargo, su condición y su naturaleza.

Ya al ser escrita la *Toledo Pintoresca* en 1844, estaba «medio arruinada»; en 1848 se hallaba «en el estado más deplorable», según la expresión de un escritor á quien adelante mencionaremos; en 1851 declaraba Assas en su *Indicador toledano* que se encontraba «en estado ruinoso»; en 1857 continuaba de igual manera, y en 1890 la calificaba de «triste y abandonada ruina» el Vizconde de Palazuelos, al hacer mención de ella. Y sin embargo, á lo que parece, no es lícito echar sobre el ya pasado siglo XIX la fea mancha de haber provocado, aunque sí favorecido indiferente, la destrucción de aquel sepulcral recinto, mucho más importante en el concepto arquitectónico que la pobre iglesia del *Convento*. Fueril tradición piadosa dan los escritores como causa de la fundación, que el P. Quintana Dueñas atribuye en 1393 á cierto vecino de Toledo llamado Pedro Fernández, refiriendo en 1416 su reedificación total al Notario apostólico Diego García de Amusco, que es aquel á quien la tradición alude (1), y asegurándose que «consta» fue

---

heráldicos blazones de los *Palomeque*, y entre otros restos, un muy gracioso ventanal tapiado, de estilo mudejar, interiormente lobulado; llámanla *Capilla de los Palomeque*.

(1) Cuéntase que «por los años de 1454» vivía en Toledo el dicho García Amusco, «el cual, por no jurar á Dios nuestro Señor ó á sus santos, tenía costumbre de hacerlo diciendo á menudo *por vida de Santa Quiteria*, creyendo de buena fe ser aquel nombre fantástico, y que tal santa no existía». Aconteció, no obstante, «que, estando una noche solo y recogido en su lecho, se le apareció la santa Quiteria con gran resplandor y claridad; reprendióle ásperamente su atrevimiento y osadía, y pregun-

otra vez reedificada «y dió nuevo sér á esta *Capilla* en 1527» el maestro en Teología Enrique Alvarez, «y que poco después recayó su patronato en la noble y antigua familia de los Francos, muy conocida en Toledo por aquellos tiempos, y de la cual ni aun queda vestigio en éstos» (1).

No se han menester grandes esfuerzos para comprender que, con efecto, el edificio actual es obra del siglo xv, como lo atestigua su bóveda, de ocho cascos, con faldón y nervios, apoyada en finas columnillas de jaspe y en salientes repisas con ángeles, tenantes de escudos, en los cuales, así como en el de la arandela de la clave, destaca una cruz flordelisada, emblema de los Francos, y que la reedificación de 1527, hecha por Enrique Alvarez, ni fue tal reedificación, ni ha de llevarse á tal fecha, cuando hay enterramientos anteriores de la familia mencionada, cuyas armas figuran, como queda dicho, en miembros de construcción que no han podido ser labrados después de la data consignada, indicándose que «sin saber por qué, desde mediados del siglo xvii, resfriando el culto, y cesando la frecuencia de acudir á esta *Capilla*, vino á quedar en un total desamparo y casi olvido, pues muchos que hablan de las cosas de esta ciudad no hacen de ella la más pequeña men-

---

tando él con gran temor quién era, le contestó la santa, añadiendo que si por el mundo la buscase, la hallaría...» «Quedó el buen ciudadano muy triste y desconsolado..., y muy luego determinó y puso en práctica el buscar el sitio y lugar donde se la veneraba.» Hallóla en la Gascuña francesa, y de vuelta á Toledo, mandó edificar la *Capilla* para desagraviar á la santa virgen y mártir, disponiendo que se hiciese fiesta anual el 22 de Mayo, día del martirio de la virgen, «la cual se viene practicando por muchos años á expensas de los patronos, y durante ella bendecían unos panecillos pequeños, que servían para curar el mal de la rabia, acudiendo á ese fin muchos atacados de ese mal» (D. Nicolás Magán, *La Capilla de Santa Quiteria*, artículo publicado en el *Semanario Pintoresco Español*, año de 1848, pág. 58, de quien copia Parro, t. II, págs. 151 y 152, y á quien extracta Palazuelos, pág. 1105, nota).

(1) Magán, art. cit.

ción» (1), con lo que parece acreditarse que la ruína de este monumento arranca de los días de Felipe IV.

Si bien hubo de tener natural y necesaria comunicación con la iglesia del *Convento*, la cual pudo ser, aunque en otra forma, la que en la actualidad presenta,—dada la importancia de la festividad establecida el 22 de Mayo y la concurrencia de devotos que supone, ofrécese como verosímil contase con propio é independiente ingreso desde el exterior, abierto en el costado meridional, quedando distribuído su recinto en diez arcos sepulcrales, tres en cada uno de los costados de Oriente y Ocaso, y uno á cada lado de las puertas del Norte y Mediodía, ó lo que es lo mismo, en tres huecos de asemejables dimensiones por lado. No conservan todos ellos su primitiva forma, cual acontece también con los arcos sepulcrales, cautivando desde el primer momento la atención el que de éstos se muestra en el ángulo SE., que es el primero también del costado oriental, á la derecha de la antigua entrada exterior, hoy obstruída. Distinto de cuantos por lo común aparecen en los templos, hállase labrado en negra pizarra, y adosado completamente al ángulo, afecta en su conjunto rectangular y entrelarga configuración, que le da muy singular é interesante aspecto.

Soportado por finas columnillas de pizarra que, sobre molduradas repisas de blanco mármol levantan encima de la urna, voltea el arco, que es de tan ligera curvatura, como para resultar casi adintelado, con calada guarnición colgante de seis ondas y tres lóbulos en cada una, surgiendo á los lados, en los arranques del arco referido, el escudo de los Francos con la cruz flordelisada en relieve, y una flor de lis en cada extremo. Parten de allí, naciendo de la propia archivolta, los brazos del conopio que forman al unirse un triángulo en el centro, ocupado por otro escudo mayor con el mismo emblema, el cual apoya en los brazos ó vertientes del mencionado conopio,

---

(1) Magán, loc. cit.



flanqueado por dos esbeltos pinaculillos ornados de follajes y con su correspondiente resaltado grumo, brotando de las referidas vertientes bien talladas hojas de cardo y dos leñosos vástagos que se entrecruzan con igual adorno para llenar el espacio que media entre el conopio y los pináculos, no sin que entre la decoración vuelva á aparecer de nuevo el blasón heráldico que da carácter á la *Capilla*; un lambel horizontal y pronunciado encuadrando el conjunto de este frontón, pone término finalmente al mismo, dibujándose sombrío sobre la manchada superficie del muro.

De pizarra también la urna sepulcral, ricamente entallada, presenta al centro láureo circular medallón en relieve, conteniendo el torso de una figura femenil, desnuda, suelto el cabello y las manos, ya mutiladas, unidas en actitud orante, quizás en representación de la Esperanza, acompañando á éste otros dos medallones de líneas mixtas, con el blasón heráldico, y llenando los intersticios y la orla interior de la corona central, flores y hojas en relieve, ejecutadas con esmero. Encima de la urna, constituída en lecho funerario, rígida, labrada en pizarra y con hábito religioso, reposa la yacente estatua, sin cabeza, la cual debió ser de mármol blanco, como lo eran las manos y lo son los almohadones en que la apoyaba, quedando al descubierto en el fondo y en los costados del arco la fábrica de ladrillo, y sin que por ninguna parte aparezca rastro del epitafio, que ha desaparecido.

De menor altura, de medio punto, sin indicio ya de decoración y convertido en simple hornacina, el arco inmediato en el lienzo del Mediodía, como si se hubiera cansado de guardar por más tiempo los restos que le fueron confiados, presenta el espectáculo repugnante de huesos, fragmentos de escultura, cascote y tierra confundidos y en montón, húmedos y tristes, lo cual se reproduce en el arco extremo del mismo costado; en cambio, el lienzo occidental conserva sus tres arcos sepulcrales, bien que no todos en igual estado. Labrado en piedra, ya denegrida, apuntado con brotes de cardinas, cala-

dos colgantes, dos pináculos y revuelto grumo, bajo el cual aparece el escudo de los Francos,—el monumento del ángulo SO., sin inscripción alguna y muy destruído, ofrece aún en el fondo restos de labor ojival en relieve; la estatua yacente, de pizarra y descabezada, con cabezales de mármol blanco, y el frente de la urna, semejante al de la del arco ya descrito en el muro contrapuesto, asimismo de pizarra, y ostentando de perfil en el medallón central una de las virtudes cardinales.

Más completo, de ancho voltel apuntado, que apoya en salientes repisas y se adorna interiormente, y á trechos regulares, por flores cuadrifolias; de resaltada periferia, donde surgen, cuatro rizadas hojas de cardo y graciosa palma en la clave, cuyo dibujo revela las influencias del Renacimiento, mientras calado festón de lóbulos recorre inferiormente la archivolta,—el segundo de los arcos carece también de epígrafe: muestra al descubierto, en el fondo la unión de la fábrica de la *Capilla* con la del cuerpo la Epístola de la antigua iglesia, distinguiéndose los arranques de un arco de herradura, tiene bulto yacente de pizarra, sin cabeza y sin manos, como todos, sin almohadones, en traje talar, cuyos pliegues señala el polvo desprendido en tantos años, y en el frente de la urna, de obscura pizarra y disposición idéntica á la de las demás, destaca dentro del medallón del centro la figura en relieve de la *Justicia*, entre los escudos heráldicos de la familia misma de los Francos.

Corresponde ya al estilo plateresco el tercero y último de los monumentos sepulcrales de este costado occidental, no sin que en él se transparenten reminiscencias ojivales. Forma un cuerpo arquitectónico de yesería ó estuco, flanqueado de pilastras llenas, así como sus pedestales, de bellos relieves, coronadas por capiteles corintios, que soportan el entablamento donde tres grupos, de dos geniecillos alados cada uno, desnudos y afrontados, que se resuelven en floridos vástagos, presentan en la parte central el blasón ya indicado de la familia, y á los lados otro de diversa figura, cuya empresa

ha desaparecido; sobre el saliente cornisón, labrado y moldurado, voltea el frontón, curvilíneo, con una palma igual á la que hace de grumo en el sepulcro anterior, como remate, y una estatuilla en pie, vestida y descabezada, en el extremo izquierdo, con un escudo sin empresa, resto de las dos que acompañaban el frontón referido, en cuyo tímpano destaca, en alto relieve, dentro de una corona de laurel, la Faz de Jesucristo, presentada de frente, con un ángel vestido, alado, y arrodillado á la una y otra parte de la corona, y largo cirio sujeto con ambas manos. De medio punto el arco, mientras en las enjutas lleva por todo adorno un vástago de no buen dibujo, cuelgan de él á modo de vistoso festón, cinco calados caireles compuestos de contrapostas y follajes graciosamente dispuestos, resaltando en el fondo sencilla repisa que sostuvo alguna efigie, y leyéndose, no sin dificultad, en la blanca lápida colocada en el grueso del arco, á la parte de la cabecera, en cuatro líneas de capitales latinas que estuvieron tocadas de negro, el epitafio en la siguiente forma:

AQVI ESTA SEPULTADO EL ONRADO CAVALLER<sup>o</sup>  
 TESORERO: LORENÇO SVAREZ FRANCO: CON  
 LA: SENORA: ELVIRA SVAREZ: SU MVGER  
 QVOS. AMOR CONVIXIT. ET. MORS. NON. DISIVNXIT

Sobre el lecho descansan dos estatuas yacentes de pizarra, descabezadas y sin manos, con almohadones del mismo material, en el que está de igual manera labrado el frente de la urna, con dos grandes y resaltadas coronas de laurel, que tuvieron al medio, al parecer, un escudo, y entre las cuales se declara en seis líneas de capitales incisas, que aquellos felices esposos á quienes unió el amor y no pudo separar la muerte:

FALLECIERON || NVEVE DE SE || TIENBRE AN<sup>o</sup> || DE MILL QI  
 || NIENTOS || I TRES

El arco inmediato, ya en el muro septentrional, donde se abre la actual entrada, es también de medio punto; pero ha perdido toda su decoración, conservando en recompensa, aun-

que mutilada, la estatua yacente de un caballero, cuyo nombre no es dable conocer por no existir el epitafio, y el frente de la urna, de pizarra como la estatua, bellamente labrado, con una rama de encina en relieve y dos escudos, uno de ellos, el de la izquierda, correspondiente á los Francos, y con un león asido á una rama el de la derecha. Desornado el compañero de este muro, no tiene ya sino la tapa tumbada de la urna, con grandes vástagos, y un escudo de cuatro cuarteles timbrado por un yelmo, y encima, empotrada en el fondo, la lápida rectangular, que en ocho líneas de capitales latinas negras, dice:

AQVI YAZE EL D<sup>o</sup> LVIS BELLVGA  
 DE MONCADA LETRADO JVRISTA  
 BARON INSIGNE POR CVYAS LETRAS  
 PRVDENCIA Y BONDAD FVE MVI AMADO  
 5 DE TODA ESTA REPVBLICA FALLECIO  
 A X DE MAYO DE 1584 . Y ESTA SEPULTADA  
 DOÑA GIOMAR BAZQUEZ FRANCO  
 8 SV MUGER MVRIO A 28 DE OTVBRE DE 1597

Hace juego con el del tesorero Lorenzo Suárez Franco, en al ángulo NE. y contiguo al anterior, otro arco de igual naturaleza, que es el primero del muro de Levante, plateresco, apilastrado, con una serie de cabezas en relieve en el entablamento, el escudo de los Franco al centro, una cariátida encima, y á los lados, otros grandes escudos y guirnalda de frutas; no existe al interior ni urna ni estatua yacente, y sí sólo, empotrada en el fondo, otra lápida con ocho líneas de escritura igual á la del epitafio del Doctor Luis Belluga, diciendo:

AQVI YAZE EL DOCTOR PEDRO  
 VAZQUEZ FRANCO CLERIGO  
 LETRADO JVRISTA INSIGNE  
 DEXO DOTADA EN ESTA CAPILLA  
 5 VNA CAPELLANIA CON CARGO  
 DE TRES MISAS CADA SEMANA FA  
 LLESCIO A 14 DE ABRIL DE 1569  
 8 ANOS REQUIESCAT IN PACE

Tal es lo que resta de aquella sepulcral construcción, entre cuyos escombros todavía aparece otra mutilada estatua yacente, y cuyo pavimento debió ser rebajado al nivel que hoy presenta, después y con motivo de la traslación de las Concepcionistas, pues de ello es clara señal la altura á que se muestran las urnas y los arcos. Lástima grande es en verdad que, abandonada cual se halla, desaparezca al fin agobiada por su propia pesadumbre, como ha ocurrido con la inmediata de los Palomeque, de la cual nadie habla; y ya que á la Comunidad no le es cumplidero atender á la reparación de este edificio; ya que está indefectiblemente condenado á desaparecer, meritoria empresa sería la de salvar lo que resta de aquellos enterramientos que, á pesar del estado en que se hallan, son interesantes, así en la relación arqueológica como en la artística, pues aún es tiempo, si no al *Museo Nacional*, por lo menos al trasladándoles, de la provincia, donde darán siempre testimonio de nuestra cultura, como ejemplares no desprovistos de originalidad y de importancia.

No ofrecen ninguna ciertamente, las otras dos capillas correspondientes á la iglesia, y de las cuales la del lado del Evangelio da paso al interior del *Convento*. Al trasponer sus umbrales, no es ya sólo el afán de contemplar bellezas artísticas ignoradas lo que guía al visitante á quien ha de preocupar desde luego la afirmación de que se conservan en la clausura «varios salones del antiguo alcázar de Galiana, con magníficos artesonados arabescos y otras muestras de la suntuosidad de aquel célebre edificio que en tantas fracciones se partió y por tantas vicisitudes ha pasado» (1), sino el noble y legítimo anhelo de la investigación indispensable para las

---

(1) Parro, *Op. cit.*, t. II, pág. 149.—Más desconfiado el Vizconde de Palazuelos, dice: «En el interior del convento consérvanse, á lo que parece, hermosos restos del antiguo real palacio de que este edificio formó primitivamente parte, tales como notables artesonados, preciosas puertas y fragmentos decorativos arábigos y mudejares (?): detalles todos que impide examinar la clausura en que se hallan» (*Guía práctica*, pág. 1101).

aseveraciones de la Historia; el deseo de comprobar con testimonios irrefutables cuanto la tradición asegura, ya fundada en indicios verdaderos y ciertos que el lapso del tiempo desvirtúa ó exagera y saca de quicio, ya nacida de aberraciones ó supuestos, ó de quimeras y fantasías de poetas y noveladores, de escritores crédulos y apasionados á quienes lo maravilloso fascina y deslumbra con falsos resplandores. Porque quizás allí, detrás de aquellas puertas cerradas para todo mundanal ruido; en aquella santa casa, consagrada únicamente á la vida espiritual y contemplativa, y á donde no deben haber llegado las vibraciones trastornadoras de la vida social en tantos años, quizás el investigador encuentre pruebas, por ligeras que sean, bastantes sin embargo, para persuadirse de que, con efecto, tuvo su emplazamiento en aquel sitio la sub-urbana *Basílica Pretoriense de San Pedro y San Pablo* en los días de la dominación visigoda, y lo tuvieron después los palacios de aquellos desvanecidos régulos cuya magnificencia, tan celebrada en las historias, parecía exceder la de los fastuosos Califas de Al-Andáalus.

Y así como ante lo desconocido y arcano vacila y tiembla el flaco espíritu, sentirá el ánimo vivamente conmovido, aunque alentado por la esperanza, siempre lisonjera, cuando solemnemente y silenciosamente penetre en aquel santo lugar de recogimiento, no alejado ni desvanecido por completo el temor invencible de que resulten fallidos sus anhelos. Cerrado por ambas partes, preséntase en primer término un claustro, cubierto por sencilla bóveda de ojival crucería, cuya antigüedad, si pasa del siglo XIV, no llega á más del último tercio del XIII; obras muy posteriores, de comodidad sin duda para las religiosas, han deformado ya la construcción, bien que sin borrar en absoluto los rasgos de su fisonomía, y por esto, al desembocar del pasillo de ingreso desde la iglesia, cortado aparece é invalidado hermoso arco de mudejar yesería, á cuya izquierda se abre con menor altura otro de igual progenie, que fue sepulcral tal vez desde un principio, si no tuvo otro fin en

la decoración primitiva. Llevan ambos saliente cornisón de colgantes estalactitas, que por la parte superior los cierra, y sobre él, á cada extremo, presentada de frente, con aquella ingenuidad convencional de los artífices orientales, resalta de estuco la figura de un león, semejante en un todo á otros leones que se muestran todavía en varios edificios mudejares de Toledo.

Debajo de los leones, y en caracteres nesji, á que también decimos africanos, talladas en relieve se hallan las palabras: *El señorío, el poder, la felicidad*; y al paso que en la mocheta del cornisón del arco sepulcral se reproduce y repite en igual linaje de escritura muy menuda la vulgar leyenda optativa, tantas veces ya copiada y reducida á la frase *la felicidad y la prosperidad*,—en la cual ha de sobreentenderse siempre el complemento *para mi dueño*,—parece entenderse en la mocheta del cornisón del arco inmediato y cortado, las no menos vulgares frases, *el poderío permanente, el señorío perpetuo*. Encuadran la menuda y vistosa labor de uno y otro arco, que son angrelados, las fajas del *arrabaâ* que las circunscribe, estrechas, y donde sobre el picado *at-taurique* del fondo, multitud de veces repetidas, se advierte en signos cúficos de resaltado y corriente dibujo, las palabras: *Misericordia cumplida. Salvación*.

Conserva el arco mayor la coloración verde de su única enjuta visible, lo cual no ocurre en el sepulcral contiguo, que está encalado, y tiene en el intrádos labor de tracería, con escudetes en los centros de los cuadros, bella combinación romboidal, con resaltadas *tenas* de sabor granadino decorando el fondo, y al medio, en éste, con delicada guarnición de estuco, en la cual son reparables ojivales reminiscencias, una lápida de blanco mármol, y nueve líneas de capitales alemanas en relieve, doradas, que destacan alternativamente sobre fondo azul ó blanco, y dicen, reproduciendo modelo de que hemos hallado ejemplares, así en la *Catedral* como en *San Lucas* y en otras varias partes, según recordarán sin duda los lectores:

✠ VITA : BREUIS : MISE  
 RA : MORS : EST : FESTI  
 NA : SEUERA : ECCE : DO  
 MUS : CINERIS : SI UIUIS  
 5 HOMO : MORIERIS : OB  
 IIT : LUPUS : FERNAND  
 I : MILES : ULTIMA : DIE  
 APRILIS : ERA : M : CCC  
 9 QUI QUESIMA (1).

Sobre lo que fue enterramiento, hay, á modo de estación, colocada una escultura en madera pintada, que parece corresponder á los últimos tiempos del siglo xv, representando *La aparición de Jesús á la Magdalena*, y empotradas á cierta altura en los muros de uno y otro lado del ala occidental del claustro, se muestran varias otras lápidas sepulcrales, procedentes de sepulturas del mismo claustro, interesantes, más que nada, por sus fechas, alguna de las cuales patentiza que no pudieron ser ni doña María de Molina ni su esposo don Sancho IV, quienes hicieron donación de esta parte de las Casas Reales á los Observantes de San Francisco, según afirman los escritores, sino que hubo de ser don Alfonso X *el Sabio* quien instaló aquí á los referidos religiosos. Hállase la primera, dado el orden en que aparecen, en el muro de la izquierda; tiene marco ó guarnición de yesería mudejar, y la leyenda consta de nueve líneas también de capitales alemanas en relieve, diciendo:

A Q I : Y A Z E : I O H A N : A L F O N S  
 O : F I I O D E : P E R : I U A N E S :  
 E L : A L C A L D E : C R I A D O (2) D E  
 L A R Ç O B I S P O : D O N : G O N Ç  
 5 A L O (3) : Q D I O S : P E R D O N E

(1) Era 1350. Año 1312 de la Encarnación.

(2) No juzgamos inútil advertir que la voz *criado* no era á la sazón sinónima de sirviente, sino que expresaba haber sido criado bajo la tutela ó el cuidado de otro.

(3) Don Gonzalo Díaz Palomeque (1299 á 1310).



FINO : DOMINGO : XVIII : DI  
 AS : DEL MES : DE : FEBRER  
 O : ERA : DE : MIL : E : CCC : E : O  
 9 CHENTA : E : TRES ANOS (1).

Inmediata á la anterior, y revelando que todas ellas han sido removidas de su lugar propio con ocasión de algunas de las obras en el claustro ó en la iglesia antigua ejecutadas, acaso de la derruida *Capilla de los Palomeque* muchas de ellas,—la segunda, que tiene orla pintada de oro, se halla colocada al revés; tallada en estuco, cuéntanse en ella diez líneas de capitales alemanas que componen su epígrafe, en alguna de las cuales están estropeadas las letras, blancas sobre oro, habiendo correspondido, á lo que parece, al padre del Juan Ibáñez mencionado en la lápida precedente, y reproduciendo el modelo de la primeramente copiada, dice de esta suerte:

✠ U I T A : B R E U I S : M I S E R A  
 M O R S : E S T : F E S T I N A : S E U E R A :  
 E C C E : D O M U S : C I N E R I S :  
 S I U I U I S : H O M O : M O R I E R I S :  
 5 C U M : F E X C U M : L I M U S :  
 C U M : R E S : U I L I S I M A S I M U S :  
 U N D E : S U P E R U I M U S : A D T E R R  
 A : T E R R A : R E D I M U S (*sic*) : F I N O : D O N P E R  
 I U A N E S (?) : E L A L C A L D E : X X U I I I D I A S  
 D E M A Y O : E : M : C C C : X X X U (2).

En el muro opuesto de la derecha destaca la tercera, con otras diez líneas de capitales alemanas en relieve, cerradas por una orla de círculos, y acomodándose en su redacción castellana á otro modelo usual, declara:

✠ A Q I : Y A Z E : A R Y A S : F E R A D E S  
 D E : G A L L I S I A : E S T E : C A U A L L O

(1) Año 1345 de la Encarnación.

(2) Año 1297 de la Encarnación.

FUE : MUY : BUENO : E ONRADO  
 E : DE : BUENA : UIDA : E SIERUO  
 5 DE : DIOS : FINO : EN : TOLEDO  
 MARTES : UI : DIAS : ANDADOS  
 DEL : MES : DE : OCHUBRE  
 ERA : DE : MIL : CCC : XXXXII (1):  
 AÑOS : Q : DE DIOS : AYA : DESPDO (2)  
 10 FAZED : POR : NOS : ORACION

Otras dos lápidas más hay en el claustro, la una con guarnición de yesería, ya rota, y nueve líneas de la misma escritura, leyéndose, repartida en las siete primeras, la moral advertencia que empieza: *Vita brevis misera*, etc., y en ésta y las dos últimas:

. . . . . FINO  
 DO : I U A N : D A L C A R A Z : X X U  
 DIAS DE ENERO : ERA : M : CCCXXX (3).

Más interesante la otra lápida por su fecha, consta de ocho líneas, también de capitales alemanas, y dice:

✠ AQUI : YAZE : DON : GOÇALO : ES  
 TEUA : Q : DIOS : PDONE : ESTE  
 CAUALL<sup>o</sup> : FUE : MUY : BUENO  
 E ONRADO : E DE : BUENA  
 5 UIDA : E SIERUO : DE : DIOS  
 FINO : XX : DIAS : ANDADOS  
 DE : OCHUBRE : ERA : DE  
 8 MIL : CCC : XU III (4).

Todavía en el ala occidental hay, convertido en alhacena, otro arco de yesería mudejar, que fue compañero de los pri-

(1) Año 1304 de la Encarnación.

(2) Es la deprecación tan usual en los poemas de este tiempo, aunque mal escrita aquí: *que de Dios ayades perdón, fazed por nos oración*.

(3) Año 1302 de la Encarnación.

(4) Año 1280 de la Encarnación.

meramente citados, y resto como ellos de la antigua construcción ó reedificación, hecha probablemente en los días del hijo de San Fernando, advirtiéndose en él, en escritura cúfica, las frases ya copiadas, como en la orla del arco ó ventana tapiado, que creemos recordar en el fondo, figura la leyenda también copiada arriba.

No menos vulgares son las inscripciones del friso de colgantes de yesería que decora en el ala de ingreso, y en pos del arco sepulcral mencionado, la entrada al *Coro bajo*, departamento espacioso cuyos muros cubre con varios retablos, no escaso número de imágenes de talla y de tamaño natural, y que comunica con el presbiterio de la iglesia por medio del comulgatorio colocado bajo la sepultura del venerable Fr. Martín Ruiz, de que hablamos á su tiempo. Como en aquélla, el pavimento se halla casi formado de losas sepulcrales, entre las cuales figuran la de doña Ana de Bozmediano, mujer de Hernán Pérez de Ayala, fallecida en 1529; la de doña Ana del Águila, abadesa del que allí se intitula monasterio, muerta en 24 de Noviembre de 1582; la de otra abadesa del mismo, llamada doña Isabel de Toledo, quien vivía ya en la xvii.<sup>a</sup> centuria, y, demás de los que correspondiendo á la anterior, van adornados de muy bellos y pronunciados relieves, entre los cuales aparecen blasonados escudos, la que con orla de alemana escritura en resalto ha sido allí acomodada posteriormente, pues se halla cortada por desventura, y dice:

AQUI: IAZE DIEGO: GARCIA: Q DIOS || PDONE FIIO DE DON DIEGO GARCIA  
 SENOR DE MAQDA: REPOSTE[ro..... el qual finó en s]ERUICIO DEL REI  
 DON ENRIQ. ERA DE MIL E CCCC : UII ANOS (1)

En balde será, prescindiendo de la pequeña reja plateresca que con el escudo de los Mendoza rodea y cierra el altar prin-

(1) Año 1369 de la Encarnación. En otro pedazo de losa inmediata á ésta, y que debió pertenecer al enterramiento de un hijo del dicho Diego García, se hallan las palabras: .....*fio de don Diego Garcia Adelantado, é finó.....*

cipal del coro bajo; en balde será, repetimos, que el investigador se afane buscando reliquias de la edad visigoda y de la muslime en el *Convento*, pues no aparecen por ninguna parte, en balde que, con el propósito de inspeccionar lo que es de la fábrica posible, se apresure á bajar por no usada escalera á la capilla subterránea, colocada debajo de la *mayor* de la iglesia: no encontrará sino muros de mampuesto y de ladrillo, bóvedas de traza ojival del siglo xiv, y tendida en el removido y polvoriento suelo, una losa sepulcral de mármol, con el busto en alto relieve de un caballero, de faz larga y barbada, vestido el hábito franciscano, cordón de la Orden en torno de la orla, y en ella la siguiente inscripción en letra alemana de relieve:

AQUI YAZE DIEGO || MARTINEZ QUE DIOS PERDONE CONTADOR MAIOR  
DEL ARÇOBISPO DE T || OLEDO (1) QUE FIZO || ESTA CAPILLA Q FINO  
UIERNES SEIS DIAS DE DEZIENBRE ERA DE MIL E CCCC XIX ANOS (2)

Nada queda tampoco ya de la capilla que fundó Diego Martínez: los muros presentan al descubierto su construcción, como las bóvedas, y sólo ante la losa referida, medio desmoronada, se levanta la ancha mesa de altar, de fábrica, y en el fondo del lienzo á que adosa, por bajo de la ventana que da escasa luz al recinto, sobre el enlucido se advierten los trazos borrosos de pintura al fresco, al retablo correspondiente, como en la *capilla de San Jerónimo*.

Subiendo á los pisos superiores, en el llamado *Patio de los Algibes*, el único resto que podría servir de indicador es un trozo de capitel latino-bizantino, sobre tres trozos de fuste de mármol almendrado rojizo; y revelando la mano de los artífices del siglo xv, en el muro de la derecha, conforme se entra, bellísimo ajiméz mudejar, cuya reproducción figura en los *Museos* (3), y que en buen estado de conservación, se halla com-

(1) Don Pedro Tenorio (1376 á 1399).

(2) Año 1381 de la Encarnación.

(3) Consérvase armada la una en el *Arqueológico Nacional*, y sin armar la otra, en el *Provincial*, de Toledo.

puesto por un hueco, cuadrado casi, dentro del cual voltean entrelazados dos arquillos ojivales, apoyados en tres columnillas de fuste de pizarra con basas y capiteles blancos, ornados de rosas y coronas de laurel, archivoltas de baquetones, con calados mameles, formando aquéllas, al cruzarse, un arco rebajado de medio punto, y dos secciones contrapuestas de otro; arquitrabe de dos órdenes de circulares dobles vástagos tangentes y entre sí anudados, con picada y abierta hoja de vid al centro, y racimos colgantes, y aletas, en fin, de tracería, de sencilla aun y pobre combinación, con grandes flores tetrafoliadas y botón resaltado en los polígonos que resultan del cruzamiento regular de las líneas.

Adórnase el *claustro alto* con varias portadas guarnecidas de yesería plateresca, encalada, siendo de reparar que en la de la puerta de ingreso al *coro* se ostenta un águila en el centro; y ha poco que en la entrada al referido *claustro* ha sido descubierta una pintura al fresco, obra estimable del siglo XVI, en la que aparece representada *Nuestra Señora de las Angustias*, conservándose de la letra que figuraba en torno la exclamación latina: *O vos qui transitis per viam, attendite et videte...* Guárdase en el *coro alto*, conteniendo una reliquia de *San Jerónimo*, hermoso relicario del Renacimiento, que parece de arte italiano: tiene el pie de ébano, y en él, convenientemente repartidos, los cuatro evangelistas de plata repujada, y pequeñas cabezas de alados querubines; un *Nacimiento de Jesús*, de menuda labor, en el ruedo, y otro grupo además, con adornos de contrapostas y varias labores, todo labrado con tal minuciosidad y perfección al propio tiempo, que causa maravilla, y hacen de este relicario joya de mérito indisputable, cuya procedencia desconocen, ó no nos dijeron por lo menos, las religiosas.

En la *Sala Abacial*, situada en estos pisos superiores, y desde la cual se disfrutaban hermosas vistas sobre la Vega y el Tajo, consérvanse con todo cuidado, bajo urnas de cristal, cuatro muy estimables grupos en barro cocido y pintado que, res-

pectivamente, representan *La educación de la Virgen*, *La huida á Egipto*, *San Antonio de Padua* y *El tránsito de la Magdalena*. Son obra de la notable escultora sevillana doña Luisa Roldán y Mena, hija del escultor Pedro Roldán, nacida en 1656, y nombrada por Carlos II su escultora de Cámara, casada con don Luis de los Arcos, y fallecida en Madrid el año 1704. De ella existen diversas esculturas en su patria, en El Escorial, en Madrid, y en otras partes, citándose en este último punto la que se custodia en el guarda-joyas de Palacio, «grupo de barro que representa á Santa Ana dando lección á la Virgen niña, y ángeles que la acompañan» (1), que ha de ser semejante al grupo en primer lugar citado por nosotros en la *Sala Abacial* de este *Convento*.

De él salimos por una puerta contigua á la capilla absidal de la antigua iglesia, con el triste convencimiento de que, á no remover los cimientos de aquella casa, nada subsiste en ella de cuantas maravillas fantasearon los escritores, y el de que, labrado ó comenzado á labrar sobre los restos del palacio arábigo un edificio del siglo XIII, para habitación de los reyes, por ventura, al cual bien pudiera pertenecer los restos mudéjares del claustro bajo, cedido el edificio por Alfonso X, antes de 1280, á los franciscanos, á ellos y á sus herederas las monjas concepcionistas, es decir, á los siglos XIV, XV y XVI, haciendo caso omiso de los posteriores, son debidas las obras y reformas de cuanto existe, sin que hayamos, no obstante, encontrado ni las techumbres esplendorosas, ni los salones suntuosos que allí soñaron y dieron por ocultos en la clausura los que de las cosas de Toledo tratan (2).

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS.

(1) Cean Bermúdez, *Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las Bellas Artes en España*, tomo IV, págs. 235 á 239.

(2) Este artículo formará parte del libro *Toledo histórica, monumental y artística*, que el autor prepara para la imprenta.

# DOS FRACASOS

---

(*Recuerdos de 1865.*)

## I

### EL FRACASO DE «JUAN LORENZO»

*Don Antonio García Gutiérrez*, el autor celebrado de *El Trovador*, de *El Paje*, de *Un duelo á muerte*, había logrado uno de los éxitos más ruidosos de su gloriosa carrera de autor dramático en la hermosísima obra *Venganza Catalana*, cuyas representaciones llenaron, casi por completo, dos temporadas teatrales y proporcionaron á la empresa grandes ganancias.

No es extraño, por consiguiente, que el estreno de *Juan Lorenzo*, drama del mismo *García Gutiérrez*, presentado por su autor inmediatamente después de *Venganza Catalana*, fuese esperado con inusitada ansiedad por cuantos, en aquel entonces, dedicaban alguna atención á los asuntos teatrales, que—á decir verdad—no eran muchos.

Para que esa verdadera ansiedad existiese y se acrecentara de día en día, hubo razones muy poderosas; pero de cuyo peso y de cuya eficacia no es posible formar una idea hoy, después de transcurridos muy cerca de cuarenta años y cuando la manera de ser de nuestro público se ha transformado por completo.

Está claro que la justa fama y el envidiable renombre del

autor eran, como lo serían ahora en casos análogos, la causa principalísima de esa excitación anormal observada en los círculos literarios; pero es justo decir que, en aquella ocasión, existían, á más de esta, otras razones muy poderosas para determinar preocupación tan generalizada.

Sabiase que el censor de teatros, salvando (así lo decía en su informe) todos los respetos debidos al ilustre dramaturgo y reconociendo paladinamente el mérito indiscutible de *Juan Lorenzo*, como producción artística, se había creído en el deber de prohibir las representaciones de la obra, por considerarla peligrosa; viendo precisamente en la bondad del drama su mayor peligro en aquellos momentos. Se sabía también que García Gutiérrez, no conformándose con tal determinación de la Censura, había pedido, con arreglo á las disposiciones vigentes entonces sobre esta materia, la constitución de un Jurado que ratificase ó casase la sentencia dictada por el censor de Teatros. Era igualmente conocido el acuerdo del Jurado, que después de calificar el drama JUAN LORENZO de OBRA MAESTRA, dejaba sin efecto la prohibición impuesta por la censura; decíase, en fin—aunque esto sólo como rumor vago y con referencia ó indicaciones más ó menos oficiosas de amigos íntimos del autor—que *García Gutiérrez*, cuya modestia, tal vez excesiva, era proverbial entre los literatos, se mostraba verdaderamente prendado de su *Juan Lorenzo*; drama del cual declaraba ingenuamente que «era el menos malo de cuantos había él escrito».

Por otra parte, cuantos conocían efectivamente (ó fingían conocer por pueril jactancia) la discutida obra del autor de *Venganza Catalana*, deshacíanse en elogios del nuevo drama jurando y perjurando que era verdadera maravilla del arte, prodigio literario, milagro del ingenio, y vaticinando al autor insigne un triunfo como no se registraba otro en los fastos teatrales de España.

Así las cosas, preciso habría sido que *Juan Lorenzo* fuese trabajo excepcional, no ya humano, sino divino, para que las



esperanzas concebidas no se viesen defraudadas en la representación. Aconteció, por consiguiente, lo que no podía menos de acontecer: el público á quien, como suele decirse vulgarmente, se había ofrecido montes y morenas, se llamó á engaño y recibió fríamente, casi con hostilidad, la asendereada y llevada y traída obra que, á duras penas, se mantuvo en el cartel seis días; antes que por el voto de los espectadores, que evidentemente le fue adverso, por condescendencia y respeto muy justificados de la empresa, la cual, por muchos motivos, debía esa consideración y ese respeto al ilustre García Gutiérrez.

Malos vientos corrían en aquel memorable Diciembre de 1865 para *García Gutiérrez*: en la noche del día 18 se estrenó en el teatro Español *Juan Lorenzo*, alcanzando, cuando más, un *exequatur* de mera cortesía; dos días después se estrenaba en el Circo la zarzuela *El Capitán Negrero*, también original de García Gutiérrez, y que si bien pudo vivir algunos días más que *Juan Lorenzo*, tampoco dió á su autor una victoria indiscutible, como las envidiables y ruidosas á que él estaba acostumbrado.

## II

### EL FRACASO DE VILLAREJO DE SALVANÉS

Al fracaso del poeta D. Antonio García Gutiérrez sucedió, con muy pocos días de intervalo, el fracaso del general Don Juan Prim.

Narrados se hallan por historiadores y por cronistas los sucesos de aquellos últimos tiempos de un reinado. Ni es necesario ya referir lo que tantas y tantas veces se ha referido, ni aunque la repetición conviniese, serían estos sitio y ocasión oportunos para atender á esa conveniencia.

No es posible prescindir, sin embargo, de algunas indicaciones acerca de los hechos políticos determinantes de aquella tentativa de Prim, fracasada en Villarejo.

El partido progresista hallábase á la sazón dividido y subdividido en varias fracciones, cada una de las cuales obedecía ciegamente á su *santón* predilecto. Pero, en realidad, todas aquellas fracciones se condensaban en dos grupos de verdadera importancia: el de los amigos incondicionales y entusiastas admiradores de Espartero, y el de los partidarios de Olózaga.

Los *esparteristas* deseaban, como su jefe, obtener, por medio de la lucha legal, un cambio de política iniciado por la Corona; D. Salustiano Olózaga, antidinástico sobre todo, acaudillaba á los elementos que pretendían apelar á procedimientos revolucionarios.

Ocasiones hubo, y no pocas, en que alentados por ofrecimientos reales ó imaginarios de la Reina, se creyeron los progresistas próximos á constituir gobierno, y en tales ocasiones aumentaba considerablemente, como es fácil comprender, el número de los defensores del respeto á la legalidad; pero cuando esas esperanzas halagüeñas se desvanecían, ó bien cuando su realización se alejaba indefinidamente, la fracción capitaneada y dirigida por D. Salustiano Olózaga engrosaba de un modo considerable. Esto sucedió en 1865 en que por la conjunción simultánea de varias concausas, cuyo examen sería impertinente aquí, el partido progresista se creyó sistemática y definitivamente excluído del turno pacífico para el disfrute del Poder, por los que algún orador hubo de llamar *obstáculos tradicionales* (locución que hizo fortuna entre los revolucionarios), y aprovechándose Olózaga de aquel estado de ánimo de sus amigos, pactó coalición con los demócratas; coalición que fue sellada por sendos brindis pronunciados á los postres de un banquete por el mismo Olózaga, en nombre de los progresistas, y por Emilio Castelar en representación de la democracia.

Aquel banquete fue sin duda el embrión del movimiento revolucionario que, después de varias intentonas fracasadas, acabó por prevalecer en Septiembre de 1869, cuando á los progresistas y á los demócratas coligados se unieron los hombres de la *unión liberal*.

Una de las intentonas á que aludimos fue la de Prim en Villarejo de Salvanes.

El partido progresista, sugestionado y requerido por Olózaga, enemigo implacable de Isabel II, había acordado resueltamente adoptar el retraimiento. Prim era entonces, como había sido siempre, contrario á esa conducta, pero acatando la decisión de su partido, creyó que era indispensable, una vez acordado el abandono absoluto de la lucha legal, acudir sin demora al terreno de la fuerza.

Porque decía él que *los partidos políticos militantes, cuando apelan al retraimiento, han de elegir inmediatamente una de estas dos cosas: ó tomar las armas, ó sucumbir bajo la pesadumbre del ridículo.*

No era hombre el General de escoger el segundo término, y, contra su voluntad, eligió el primero. Supuso, pues, una proyectada cacería en los montes de Toledo, y en la madrugada del 2 de Enero de 1866 salió de Madrid, acompañado por su antiguo amigo el Brigadier Milans del Bosch, por el Auditor de guerra D. Francisco Monteverde, por el Coronel Pavía (que ocho años después y casi en igual día, siendo Capitán General de Madrid, había de disolver las Constituyentes republicanas), y el periodista *Carlos Rubio*, inspirado poeta, literato notable y político poco afortunado.

«Halló Prim, como dice con exactitud un cronista de aquellos sucesos, algunas fuerzas que en Villarejo se le unieron; pero como gran número de los comprometidos faltasen, ya por accidentes fortuitos, ya por ineptitud de sus directores, ya porque (según el inolvidable Orense, que tanto conspiró durante su larga vida pública, de cada cincuenta que espontáneamente ofrecen sublevarse, cuarenta y nueve y medio no se mueven), después de andar varios días burlando la persecución de las tropas del Gobierno, decidió internarse con los suyos en Portugal, á donde llegó el 20 del mes susodicho sin una sola baja ni el menor signo de indisciplina en su pequeño ejército.»

Lo que no refieren los historiadores ni es probable que se

haga constar en libro alguno, es el motivo fútil que impidió á una parte de las tropas comprometidas acudir al punto de reunión señalado, y que ocasionó tal vez el aborto de aquel movimiento.

Era muy común en aquel entonces contar, para casos parecidos, principalmente con los sargentos, que, viviendo en intimidad con el soldado, ejercían sobre él influencia más directa y más inmediata. Solía contarse también con la oficialidad, compuesta, como es lógico, de jóvenes ya imbuídos en ideas liberales y ganosos de ascensos en la carrera; nunca, ó muy pocas veces, se podía contar con los Jefes de Cuerpo que todo Gobierno previsor y cauto escoge siempre entre personas de su confianza.—Acuartelado se hallaba en Alcalá un batallón, con cuyo auxilio contaba Prim incondicionalmente. Del comandante, amigo íntimo y deudo del General O'Donnell, se había prescindido; pero estaban en el complot Jefes, Oficiales y subalternos.—Habíase convenido en que á una hora previamente determinada—poco antes de amanecer—el capitán Espinosa penetrase en la cuadra y diera orden de formar á las dos compañías, cuya actitud era resuelta y unánime á favor del alzamiento. Realizado esto, el mismo capitán Espinosa habría de hacer, desde una de las ventanas del cuartel, señales á la oficialidad, que, reunida al efecto en una casa situada enfrente, observaría, detrás de las vidrieras, la aparición de las consabidas señales, para acudir inmediatamente al cuartel y formar las compañías restantes, sacándolas ya insurreccionadas.

Circunstancias que se relacionan con aventuras un tanto novelescas del Jefe, en cuya vida privada no hay derecho á penetrar, pero que se adivinan sin gran esfuerzo de inteligencia, motivaron que justamente en aquella noche misma, y á la hora en que había de intentarse la salida de la fuerza en rebelión, hubiera de llevar el asistente del comandante á los pabellones del jefe su capote de abrigo.

Era el tal capote, dentro de las condiciones reglamenta-

rias, prenda verdaderamente notable y que la oficialidad conocía á muchos metros de distancia.

La madrugada, como de Enero, era terriblemente fría; el asistente, cuya estatura discrepaba muy poco de la de su amo, pensó—y pensó bien— que aquel hermoso capote le abrigaría más colgado de los hombros y abotonado delante del pecho, que puesto al brazo y doblado cuidadosamente. Seguro de que en aquellas horas nadie había de sorprenderlo en aquella usurpación de indumentaria, hizo el asistente lo que había pensado, y bien resguardado del frío, levantado el cuello del capote y experimentando la *interior satisfacción* de que hablan las ordenanzas, dirigióse al cuartel, á donde llegó precisamente en el momento mismo en que la oficialidad del batallón avizoraba desde el balcón indicado las convenidas señales. A la incierta luz del crepúsculo matutino vislumbraron los Oficiales un capote que les era bien conocido; vieron llegar, cuando menos podían esperarlo, al Jefe de las fuerzas, y se juzgaron vendidos. El golpe fracasó, pensaron, y desistieron de sus propósitos. Consideraron, no obstante, que era felonía desamparar por completo á Espinosa sin darle aviso de lo que ocurría, y el más osado de los allí reunidos se deslizó, procurando no ser visto, y casi pegado á las tapias del cuartel, hasta la ventana en que la señal había aparecido; una vez allí, dió la voz de alarma para que el capitán Espinosa supiera lo ocurrido, y desapareció rápidamente en las sombras de una callejuela inmediata.

Las dos compañías formadas por disposición y mandato del capitán Espinosa esperaban con impaciencia las órdenes de éste, órdenes que se hacían esperar demasiado y que, por último, contra lo que todos presumían, se redujeron á decirles que volvieran á sus cuadras.

El servidor causa inconsciente de aquel fracaso vió, al penetrar en el cuartel, cómo los soldados, en traje de marcha y pertrechados de armas y municiones, se dirigían, algo alborotados, á sus camastros respectivos; dió conocimiento al Co-

mandante de aquel suceso extraño y que no acertaba á explicarse, y el aviso del asistente decidió de la suerte de Espinosa, que muy pocos días después era pasado por las armas.

### III

#### RELACIÓN ÍNTIMA ENTRE AMBOS FRACASOS

Aunque, á primera vista, parece que ninguna relación pudo haber entre el fracaso teatral del poeta García Gutiérrez y el fracaso político del general Prim, existió entre el uno y el otro conexión muy íntima.

Algo, mucho de política, tuvo la derrota literaria del autor de *Juan Lorenzo*; algo, mucho de novelesco, tuvo la desdichada solución de la intentona política de Villarejo.

A la primera representación del drama de García Gutiérrez, drama que tan extraordinario interés había despertado en el público, asistió el malogrado capitán Espinosa, á quien muchos de sus amigos oyeron expresarse, una vez terminada la representación, en términos bastante duros para el poeta.

«Esto no se puede tolerar—gritaba con vehemencia y sin cuidarse de lo que pudieran pensar los que le oyeran;—que un literato liberal, que un poeta progresista presente en la escena aquel heroico sacudimiento de las Germanias de Valencia, para endilgarnos un sermón, es decir, muchos sermones contra los alzamientos populares, es casi una traición. No era esto ciertamente lo que esperábamos todos de nuestro correligionario. Y ¡en qué momento se le ocurre á este buen señor hablar de los excesos y de las demasías del populacho! No parece sino que se haya propuesto disparar duchas de agua fría sobre los que pensamos que muy pronto...»

Un violentísimo tirón que en los faldones del gabán sintió entonces el improvisado crítico le obligó á interrumpir su discurso (que había comenzado á reunir público, entre curioso y

asombrado) y á buscar al autor de aquel inopinado apercibimiento. Habíalo sido un compañero de Espinosa, más precavido ó menos entusiasta, el cual, procurando echar á barato lo expuesto por su amigo, lo invitó á tomar chocolate ó á cenar algo más sólido en la famosa cocinilla del Casino, establecida á la sazón en la llamada entonces calle de Gitanos (hoy Arlabán). «Con eso—le dijo—se te pasará el mal humor y dejarás en paz á ese pobre poeta, cuyos sermones ni á ti ni á mí nos importan.»

Salieron juntos efectivamente del teatro del Príncipe el capitán Espinosa y su amigo íntimo y compañero de armas L. S. (1).

Este supo entonces, según pública voz y fama, que Espinosa estaba comprometido en un alzamiento próximo, y después de bien enterado de todo se prestó á colaborar activamente en la rebelión preparada. Concurrieron, previa presentación y garantía del capitán Espinosa, á varias reuniones secretas, que se celebraron en una casa muy antigua de la calle de las Beatas.

Prescindiendo por ahora de ese acontecimiento, es bien decir que las palabras espontáneas, sinceras, del capitán Espinosa, traducían fielmente la impresión que *Juan Lorenzo* había producido en el público; en el público que, ha de hablarse con franqueza, había ido al teatro á ver otra cosa. Muy excitados se hallaban por aquel entonces los espíritus, y las pasiones muy exaltadas. Oíase algo parecido á esos ruidos subterráneos precursores de los terremotos.

García Gutiérrez era considerado como progresista; progresista en aquellos momentos equivalía á revolucionario; una obra que al censor había parecido peligrosa y cuyo autor era progresista, no podía menos de ser un himno en honra de las

---

(1) Séame lícito callar el nombre de un sujeto del cual ignoro si existe aún—si bien lo considero difunto—y á quien la opinión pública tildó por entonces, no sé si con fundamento, de amigo felón y desleal.

protestas del pueblo oprimido, y allá fueron en masa los correligionarios á ver un drama, bueno, ó malo, ó mediano, eso les importaba poco, y á oír una proclama incendiaria, algo candente, algo que respondiese al estado de los ánimos, algo á lo que muchos años antes había sido *Carlos II el Hechizado*; parecido á lo que muchos años después fue *Electra*. La menor cantidad posible de literatura verdadera; la mayor cantidad imaginable de política al uso.

## IV

## OPINIÓN DE LA CRÍTICA

Aquel desencanto, aquella decepción que tan ingenuamente deploraba el capitán Espinosa, se reflejó al día siguiente en las columnas de los periódicos; todos ellos, aun los más contrarios á las ideas liberales, y que acaso por esto mismo habrían celebrado encontrar ocasión y oportunidad para combatirlas, confesaban que la concurrencia había visto defraudadas sus esperanzas.

En la *Gaceta*, periódico oficial entonces, lo mismo que ahora, y cuyos redactores eran en aquella época empleados públicos y que, por consiguiente, *hacían* (por deber del cargo) literatura ministerial, aparecía el día 19 de Diciembre la siguiente noticia:

## «BOLETÍN DE TEATROS

»A beneficio de la distinguida artista D.<sup>a</sup> Teodora Lamadrid (1) se estrenó anoche en el teatro del Príncipe el drama del Sr. García Gutiérrez titulado *Juan Lorenzo*, célebre ya antes de ser conocido del público. No es esta obra la más acabada de su ilustre autor, pero encierra notables bellezas,

(1) Adviértase, dicho sea de paso, que á *Teodora* se la nombraba entonces solamente *artista distinguida*. En esto de adjetivar á las actrices hemos progresado mucho desde entonces.



grandiosos rasgos y sobre todo magníficos trozos de elevada poesía. El argumento ofrece escasa novedad (1) y el desenlace es sobrado lento. En cambio, sus tendencias filosóficas son excelentes y dignísimas de alta loa.

Los espectadores que aplaudieron varias escenas del acto cuarto, llamaron al final al Sr. García Gutiérrez, que no se presentó por no hallarse en el teatro. Los actores salieron después á recibir el galardón debido al acierto con que interpretaron los caracteres que tenían á su cargo, distinguiéndose especialmente Teodora Lamadrid, la cual sacó partido de un papel poco brillante; Valero, que estuvo muy feliz; Pizarroso y Mariano Fernández.»

Parecidos á ese de la *Gaceta Oficial*, fueron los juicios que á la mayor parte de la prensa mereció el drama que García Gutiérrez prefería siempre á todos los suyos.

Pero los que se ensañaron contra *Juan Lorenzo*, y hasta contra su autor, fueron los diarios progresistas; los que esperaban que la obra de su ilustre correligionario fuera un memorial de agravios contra la tiranía, y una proclama incendiaria que acabase de caldear los ánimos y sirviese de acicate á los tímidos, y creyeron ver en ella la condenación de los motines, de las asonadas y de las protestas armadas de las muchedumbres.

Y no fueron las censuras amargas y los durísimos cargos hijos de la impresión del momento; seis días habían transcurrido desde el poco afortunado estreno, y había cesado de figurar en el cartel el título de la obra, cuando el 24 de Diciembre publicaba *La Iberia*, el órgano más autorizado entonces del partido progresista, un artículo de crítica muy dura y muy severa, cuyos son algunos párrafos que á continuación se reproducen:

.....  
 «El público y la crítica han salido defraudados en sus es-

(1) ¡Y tan escasa!; como que se refiere á sucesos acaecidos tres siglos y medio antes; en 27 de Septiembre de 1517.

peranzas, sin que por eso puedan desconocerse las muchas bellezas literarias que las dos obras (1) encierran. El éxito de ambas ha sido frío; pero si el autor dramático nos ha dejado mucho que desear, el poeta, en cambio, ha salido triunfante.»

«El drama *Juan Lorenzo*, que, al pasar por las torpes manos de un censor inepto, había conquistado una celebridad anticipada siendo prohibida, entre otras razones—pásmense nuestros lectores,—*porque era bueno* y que después fue calificado de *obra maestra* por un jurado, que echó por tierra el dictamen del alelado censor, ha perdido todo su prestigio al aparecer en la escena del teatro del Príncipe.

»El público, que acudió solícito y curioso á la representación, le ha encontrado débil y flojo, dando una oportuna lección de buen sentido al jurado y á la censura. El drama, en efecto, adolece de grandes faltas, que no bastan á borrar las muchas bellezas de forma que le adornan.

»La trama es sencilla y la acción se arrastra lánguida y monotonamente, sin que el espectador encuentre nunca situaciones que constituyen el verdadero encanto de las obras destinadas á conquistar merecida y duradera celebridad en la escena. El poeta aparece cohibido y dominado, á su pesar, por el asunto que ha elegido para su creación, sin atreverse á dar solución franca al problema político social que plantea. La vacilación le pierde, y con ella no ha conseguido otra cosa que discontentar á los dos elementos que hoy más que nunca pugnan, disputándose en encarnizada lucha, el triunfo de sus ideas. El drama, en otras circunstancias, hubiera parecido peligroso y atrevido; hoy, que la idea democrática ha ganado tanto terreno, aparece tímido y vacilante, cuando no reaccionario.»

---

(1) Se alude, como ya hemos dicho, á *Juan Lorenzo*, drama estrenado en el Príncipe el 18 de Diciembre, y á *El Capitán Negrero*, zarzuela que se estrenó en el Circo la noche siguiente.

«Juan Lorenzo, poniéndose á la cabeza del movimiento popular que sirvió de fundamento y base á la formación de las Germanias, y arrepintiéndose después de su obra al ver los desmanes del pueblo, es una figura pálida y empequeñecida, que más que otra cosa inspira lástima.»

Así trataron entonces al egregio autor los más benévolo y los más indulgentes de sus amigos políticos. Lo que en privado y en voz baja se dijo entonces de D. Antonio García Gutiérrez, no es para repetido. Las palabras traición, apostasía, y otras que enriquecen en casos tales el vocabulario especial de los políticos maldicientes, comenzaron á ser el ripio obligado de las murmuraciones, sin que faltasen, ¿cómo habían de faltar?, catones de guardarropía que juzgasen al poeta *vendido al oro de la reacción*; ese tan acreditado oro que es obligado tópico para los oradores de tertulias políticas.

Política, no literaria fue la campaña iniciada entonces contra el autor de *Juan Lorenzo*; campaña que el ilustre autor de *Un duelo á muerte* no consiguió explicarse nunca.

Aun después de transcurridos muchos años, confesaba á sus amigos íntimos y á sus admiradores, el ilustre García Gutiérrez, siempre leal y franco, y modesto siempre, que no comprendía lo sucedido.

«Yo, solía decir, eché de ver que mi *Juan Lorenzo*, en el cual había yo puesto mis cinco sentidos, no agradaba al público. Supuse qué se trataba de una derrota de esas á que siempre estamos expuestos los que escribimos para el teatro. Creí entonces, y sigo creyendo todavía, que mi drama es de los menos malos que he escrito, y declaro desde luego que es el que más laboriosamente he planeado. Es indudable que me equivoqué llevándolo á la escena, porque yo quería que gustase y no gustó; pero lo que no acertó á entender es la inquina, la saña con que después fuí tratado por los periódicos, y muy especialmente por mis amigos. No quise hacer, no debí hacer un drama progresista ni reaccionario, sino un drama histórico. Antes de poner la pluma sobre la primera cuartilla, estudié á

conciencia aquel período de la historia, el sacudimiento que determinó la protesta de las Germanias y llevé á mi cuadro la verdad; lo que ví en crónicas y documentos de la época; no habría sido honrado desfigurar la historia para halagar al pueblo, convirtiéndome en su adulator, yo que nunca he adulado á nadie; ni es esa, ni ha sido jamás la misión del artista. Pude errar; erré, indudablemente, en lo imaginativo, en lo de invención mía; no me equivoqué, ni mentí, en lo que me dió la historia.»

Y en esas explicaciones ingenuas del autor—que, como fácilmente se comprende, no han sido reproducidas al pie de la letra, aunque sí en lo substancial, está la aclaración de lo ocurrido entonces.

Preparábase el movimiento de Enero de 1866; habría convenido por tanto á los iniciadores del mismo, que un drama, de toques muy revolucionarios, enardeciese el espíritu de las masas; hubo de creerse que *Juan Lorenzo* iba á ser ese drama, causa determinante quizá de asonadas y de tumultos; lejos de ser así, el drama, sujetándose fielmente á los hechos históricos, ponía las cosas en su punto; *inde iræ*. La sinceridad pareció engaño, traición la verdad, y el respeto al arte, apostasía.

Pero, como acontece siempre en casos parecidos, á las apasionadas censuras del primer momento, á las diatribas enconadas de los que se juzgaban burlados, sustituyó algunos años después el juicio sereno é imparcial de los críticos, y ellos colocaron la hermosa creación de García Gutiérrez en el lugar preeminente á que tiene derecho indiscutible.

Uno de esos críticos, después de tributar elogios muy justos á la obra *Venganza Catalana*, añade:

«Como lo mejor es enemigo de lo bueno, aún parece faltar aquí algo que brilla como aureola suprema en *Juan Lorenzo*, drama que se estrenó en el siguiente año de 1865. Este algo es la intuición certera y profunda, el estudio analítico de un carácter y el más difícil de los enigmas, abismos y contrariedades pavorosas que se ocultan en el fondo del corazón humano.

Nada de desfigurarlo con la calumnia, ni con la apoteosis: la verdad es la única musa inspiradora del gran dramaturgo, que ha aprendido á desoir las voces de sirena con que la seducían sus propias inclinaciones.

»Juan Lorenzo simboliza, en medio de su individualidad enérgica, al ideólogo honrado que arroja á las calles el torbellino de la anarquía y sucumbe arrollado por él.»

. . . . .

«¿Por qué la intolerancia de los partidos ahogó el éxito de este prodigio dramático hacia el que justamente sentía García Gutiérrez como predilección instructiva?

»No era *Juan Lorenzo* un arma política ni en él estaban representados intereses ajenos al arte; pero el fanatismo de bandería se creyó herido de soslayo, influyendo por entonces en el veredicto de la crítica» (1).

El Padre Blanco García, cuyas son las palabras reproducidas, influído evidentemente por las propias inclinaciones, extrema sin duda el elogio, y aparece, como dice el vulgo, más papista que el Papa; más partidario de García Gutiérrez, que el mismo García Gutiérrez. Este profesó, es cierto, á su *Juan Lorenzo* cariño muy superior al que sentía por otros hijos de su ingenio; pero acataba el fallo del público y reconocía que en algún error del poeta había tenido fundamento y origen el fracaso de la obra. Esta, sin ser un *prodigio*, como sostiene el Padre Blanco, es digno compañero de los muchos dramas que integran la obra literaria del insigne dramaturgo.

(1) *La Literatura española en el siglo XIX*, por el Padre D. Francisco Blanco García, Agustino. Parte 1.<sup>a</sup>, páginas 233 y 234.



## V

## EL CAPITÁN ESPINOSA

Triste fue el resultado del fracaso teatral de García Gutiérrez; pero más tristes y más dolorosas fueron las consecuencias de la rebelión abortada en Villarejo.

Prim, como queda dicho, se refugió, con las fuerzas sublevadas, en Portugal; pero el capitán Espinosa y algunos sargentos del batallón de Figueras, acuartelado en Alcalá, fueron fusilados en el paseo de la Castellana en 3 de Febrero de 1866; cuarenta y siete días después de aquel en que el desdichado oficial, saliendo de haber presenciado la primera representación de *Juan Lorenzo*, cometió la imprudencia de confiarse á la lealtad de su compañero L. S.

Díjose por entonces, aunque de tal rumor no se han hecho eco los historiadores, conservándose únicamente en el recuerdo de los que más directamente intervenían en todos aquellos trabajos de conspiración; díjose entonces, repetimos, que ni los sargentos, ni el capitán Espinosa, habrían sido fusilados sin la delación del mencionado L. S., quien juzgándose en peligro como sospechoso, y á fin de alejar de sí la más leve sombra de duda, descubrió á los miembros del Consejo de Guerra cuanto Espinosa había confiado al amigo, al compañero.

La verdad del caso es que precisamente el Sr. D. L. S. actuó de Fiscal en aquella causa y que el capitán Espinosa, contra quien no hubo más indicio que el de haber formado dentro del cuartel de Alcalá dos compañías, que nada hicieron, fue condenado á muerte.

Cumplida la terrible sentencia, L. S., de quien sus compañeros huían y se apartaban, solicitó y obtuvo ser trasladado á Canarias, con un empleo de su carrera.

Refiriéndose á él, escribía en una de sus estimables obras el malogrado Villalba Herbás:

«Ese... D. L., ejercía en Santa Cruz de Tenerife (Canarias) el empleo de Sargento Mayor de la plaza, cuando el 5 de Octubre de 1868 llegó allí la noticia del triunfo de la revolución en Alcolea. Muy poco faltó para que le hiciesen pagar aquella infamia con su vida, que á duras penas pudieron salvarle dos miembros de la Junta de Gobierno, embarcándolo con su anuencia en el vapor *San Antonio*, que ardía en fiebre amarilla.»

La leyenda, que en estos casos se apresura siempre á mezclarse y confundirse con los hechos históricos, hizo también una creación poética de la infeliz viuda de Espinosa.

Uno de los cronistas de los sucesos que precedieron á la revolución de Septiembre y la prepararon, refiriéndose á la interesantísima viuda de Espinosa:

«De arrogante figura, vivió en aquel estado (1) hasta la gloriosa revolución de 1868, en que se le vió pasear por entre las barricadas á manera del genio de la venganza.»

El párrafo resulta sonoro, redondeado y... *sugestivo*, como ahora se dice... sólo que en 1868 no hubo barricadas.

En Madrid, desde las de 1854, que duraron cerca de un mes, no han vuelto á levantarse barricadas, y es seguro que nadie pensará en tomarse el trabajo de levantarlas; trabajo del todo inútil dado el alcance y la fuerza del armamento moderno.

Pero si la pobre y respetable viuda de Espinosa no pudo recorrer barricadas que no existían, el hecho cierto es que á consecuencia de la muerte de su marido perdió la razón; alguna vez, convenientemente vigilada por persona de su familia, veíasela tendido el abundante y hermoso cabello, completamente enlutada, descubierta la cabeza y alta la frente, y fijos los ojos en el cielo, pasear silenciosa por el Prado á las altas horas de la noche.

Aparición casi fantástica, producía extrañeza; conocido su nombre inspiraba compasión respetuosa.

---

(1) Alude á su locura.

Esto sucedía, no en 1868, sino en el verano del mismo año 1866 (después de la algarada del 22 de Junio). Desde entonces no se ha vuelto á tener noticias de aquella desventurada señora.

\*  
\* \*

García Gutiérrez y Prim, los fracasados en aquellos días, tuvieron sus respectivos desquites: el General, en la revolución de 1868; el poeta, en muchas y muy envidiables victorias.

Para los que perecieron en la lucha, no hubo redención. El *montón anónimo* sólo vislumbra en las lejanías de su horizonte las sombras del olvido.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.



# EL PROBLEMA RELIGIOSO EN ESPAÑA

---

## I.—CAUSAS DEL MOVIMIENTO ANTICLERICAL

Hace cerca de medio siglo que el General Prim, enemigo de la confusión de la política con el dogma, contestaba á la comisión popular que le pedía la inmediata libertad de cultos: *No discutais sobre religión, porque sólo conseguiréis que los amigos os exploten y los enemigos os persigan de muerte.* Estas sencillas palabras son la España entera: en ellas se ve latir el indiferentismo vergonzante que desde la septembrina hasta fines de siglo viene atrofiando el órgano religioso de la nación. Algo, sin embargo, han variado los tiempos. Con motivo de la agitación iniciada en otros países, la conciencia española ha parecido despertar de su prolongado sueño, y así hemos visto surgir de una escuela incipiente y mal segura el grito de guerra contra el clericalismo, que, si no para otra cosa, ha servido para comprender, ó vislumbrar, mejor dicho, el camino que debe seguir nuestro Gobierno y nuestro pueblo en la cuestión religiosa. El lector me perdonará si me extiendo demasiado en esta cuestión; quisiera llevar á su ánimo toda la evidencia posible, y en este momento estoy en pugna con una obra de carácter popular en la que ha reducido un hombre de incontestable autoridad y que goza de generales simpatías, á un corto número de problemas, tan vitales como delicados,

toda la controversia suscitada con motivo del movimiento anticlerical. Me refiero á *El Kulturkampf internacional* del Cardenal Sancha.

No me he atrevido hasta hoy á emitir mi humilde juicio sobre esa importante obra que, muy poco tiempo después de su primera publicación, se ha dispuesto á entrar en el mundo por segunda vez. El Cardenal Sancha, liberal á su modo, ha hecho lo que debía en los tiempos de Casañas que atravesamos, presentando el movimiento anticlerical como una campaña apasionada á la vez que injustificada, y el clericalismo como la única tendencia que deben seguir y apoyar los verdaderos creyentes. En verdad, yo no acuso al eminente prelado de adoptar todas las extravagancias patrocinadas por Casañas; pero no puedo menos de contar sus manifestaciones entre las más terminantes y comprensivas que cabe encontrar en una excursión por los campos de la literatura clerical. Todo está claro en ellas. No hay distinción real entre el clericalismo y el catolicismo; el catolicismo es el clericalismo como poder dogmático; el clericalismo es el catolicismo como poder social. Los asertos del Cardenal Sancha tienen mucho de alegatos *inter pocula*: no denuncian conocimiento alguno de la psicología social del pueblo á que van dirigidos: un tonillo sermonario se esparce con sequedad por todos los pasajes de su libro, respondiendo á la pobreza del pensamiento y á la limitación del ideal. En él podemos estudiar esa tendencia *sui generis* que el clericalismo latino ofrece entre el antiguo ultramontanismo y el catolicismo liberal (1).

---

(1) No debe olvidarse que en tiempos pasados se entendía por ultramontanismo (de *ultra-montes*, más allá de los montes) lo que hoy sellama más bien *hierocracia*, es decir, la política oficial de la corte romana. Entonces se conocía con el nombre de sistema ultramontano la anteposición del poder de los Papas al de los Príncipes *cismontanos* ó de los reinos de más acá de los Alpes, de las montañas que separan á Italia del resto de Europa. El ultramontanismo de algunas escuelas teológicas modernas es indudablemente el extremo opuesto al liberalismo, pero no puede por eso confundirse con el *clericalismo*, que es cosa más práctica.

Debo ahora hacer una declaración en favor del insigne purpurado que me ha dado margen á escribir estas páginas. El Cardenal Sancha es un eclesiástico modelo, un hombre virtuoso, y sobre todo un buen español. Mucho me apena combatir una obra donde se respira un patriotismo equivocada, pero ingenuo, y que desde el principio hasta el fin aparece exento de toda mala fe y de toda inquina sectaria. Y si examinando algunas de las observaciones que presenta las he juzgado defectuosas, nada más lejos de mi ánimo que zaherir, no digo la personalidad, pero ni aun la finalidad y trascendencia que pretende darles su simpático autor. De cualquier modo que sea, creo yo que nadie podrá ofenderse de discusiones graves, sinceras, benévolas y que tanto interés ofrecen en las presentes circunstancias, dado el estado de ánimo de los españoles no contagiados por la indiferencia y la apatía en política y en religión.

En cuanto á las manifestaciones concretas del espíritu anticlerical contemporáneo, son de todos conocidas y me bastará indicarlas someramente. Iniciólas Canalejas en el Congreso á últimos del año 1900 y, á creer al Cardenal Sancha, estaban ya preparadas por las maquinaciones del H.°. Gran Oriente de la Masonería Española, con Morayta por promotor; mas quien logró poner el tema á la orden del día, fue Galdós con su *Electra*. Una coincidencia fortuita, el ruidoso proceso de la señorita Ubao, en que entendía Salmerón, fue, como todos saben, la principal causa del extraordinario éxito del susodicho drama. En 21 de Abril último, ese pensamiento belicoso tuvo su más avanzada manifestación en el *meeting* celebrado en Madrid con gran concurrencia de socialistas y republicanos, y donde se llegó á la paradoja, al ateísmo y á la acracia, abogando los oradores impúberes que usaron de la palabra por la guerra mortal contra el clero, contra la religión y contra los poderes constituídos.

Estas afirmaciones y estas negaciones extremadas hicieron surgir en mi ánimo una serie de reflexiones é ideas que expu-

se lo mejor que me fue posible en mi modesto escrito recientemente publicado bajo el título de *Democracia y clericalismo (estudios de política aplicada)*. En la presente obra me propongo reproducir de una manera más concreta y bajo un nuevo plan las teorías políticas sobre el problema religioso. Al elegir por blanco de mi crítica *El Kulturkampf internacional* del Cardenal Sancha, he tenido presente, no sólo el nombre del autor, que es lo que más contribuye siempre á extraviar la opinión pública, sino el hecho de versar todo ese libro sobre una materia que agita profundamente el espíritu de dicha opinión y forma el fondo de la mayor parte de los debates cotidianos de la prensa. No aspira, pues, el que esto escribe, á ensayar torneos filosóficos en el palenque de la discusión: su intento se dirige únicamente á considerar el asunto que llaman de actualidad en sus aspectos principales, oponiendo á los sofismas del clericalismo las enseñanzas de la ciencia, de la historia y del progreso modernos.

Bien que hoy día no se escriben ya apologías extensas y filosóficas del Catolicismo, como lo hizo Balmes, se trata al menos de disculpar esa inacción con lo injustificado de la conducta de los enemigos de la Iglesia. Comienza el Cardenal Sancha aseverando que «nunca ha existido menos motivo ni pretexto, que en nuestros días, para combatir la preponderancia del clericalismo en la vida civil y política de nuestro país». Como han pasado, para no volver más, los tiempos en que prevalecía la hierocracia cruda, el ultramontanismo y la disciplina inquisitorial, y en que la jurisdicción eclesiástica se extendió como una red que todo lo cubría, parece, en efecto, que esa agitación contra el clero es extemporánea y carece de fundamento racional. Así observa el Cardenal Sancha, que «se dió el grito de guerra contra el clericalismo, precisamente cuando la clase sacerdotal venía conduciéndose con una corrección prudente, digna de todo elogio, tanto en el cumplimiento de sus deberes cívicos como en el ejercicio de su sagrado ministerio». Añade que, entre los clérigos españoles, «se ha eliminado

en absoluto todo debate de carácter político», en conformidad con lo ordenado por la Santidad de León XIII. Y si algunos creyesen que, aunque todo esto sea verdad, se provocó, no obstante, la sublevación de los anticlericales por la excesiva influencia del elemento eclesiástico en el orden social y su participación en los cargos públicos del Estado, «jamás, les responderá el Cardenal Sancha, se ha visto el clero tan postergado y alejado de puestos oficiales, así en el orden civil como en el político. Ni en las Universidades, ni en los Tribunales, ni en los Centros Administrativos, ni en el Parlamento, se ve sacerdote alguno. Los que hay en los Institutos de segunda enseñanza, sobre hallarse rebajados en dotación y atribuciones, en comparación de las que son concedidas á los demás profesores, se limitan á enseñar exclusivamente la religión, cuya explicación es propia de su sagrado ministerio. Si á los mismos y á los Prelados se les concede el poder tener asiento en el Senado, es á todos muy notorio que sólo intervienen cuando en los debates se ventila algún asunto que afecta á los intereses de la Iglesia». Y conforme á esto, el Cardenal Sancha declara: «No se comprende que ante esa laudable disposición de espíritu de parte del clero y de los católicos, se haya cometido la torpeza de levantar bandera de guerra contra el clericalismo y de reputar enemigo de la civilización al principal elemento vital que la ha formado y difundido en el mundo.» Estas insinuaciones envuelven varios problemas político-religiosos, merecedores de ser analizados con prolijidad.

En primer lugar, la afirmación de que no hay cabos que atar en materia eclesiástica, sólo porque el clero no ha manifestado corrupción moral ni tendencias usurpadoras en asuntos sociales, es tan necia como infundada, y dado el criterio de una persona ilustrada como el Cardenal Sancha, pudo salir solamente de quien, imbuído en la fría quietud de los principios ultramontanos, no halla otra causa á las revoluciones en general que el viejo pesimismo de los *abusos*. ¿O cree quizá el Cardenal Sancha que estamos en los tiempos de Lutero? He-

mos cesado de declamar contra los excesos de la Inquisición: aún no hemos cesado ni podido cesar, de desenmascarar esa Inquisición mansa que en todos los círculos jesuíticos y desde los distintos centros del alto clero católico lucha oculta, pero eficazmente, contra la natural secularización de los elementos nacionales.

Si no temiese violentar demasiado la cuestión, señalaría entre el comenzar del siglo xx y el movimiento anticlerical, una relación que no deja de ser precisa. El siglo xviii ha secularizado la moral; el xix ha secularizado la religión, interiorizándola en el espíritu del hombre; al xx compete, por lo tanto, hacer esta secularización más viva, más determinada y más concreta en lo exterior de la sociedad. En la cuestión social pura, el siglo xviii se preguntó como Pilatos: ¿Qué es la verdad, qué es la justicia? Pero en vez de lavarse las manos, llenólas de sangre. Atemorizado el siglo xix por estas consecuencias de una libertad exaltada, de un fanatismo libertador opuesto á un fanatismo opresor, colocó su esperanza de emancipación y de progreso en la tolerancia universal y pidió la independencia para todo y para todos, á fin de que las conciencias se pusiesen espontáneamente en equilibrio, como el agua recobra por sí misma su nivel. El siglo xx no ha tardado en comprender que si, por una parte, se debe procurar que goce de libertad el pensamiento conservador y el dogmatismo religioso, por otra conviene que esa tolerancia no deje subsistir ideas y prácticas ridículas ante la civilización, pues el progreso verdaderamente libertario no es sólo una neutralidad pasiva que deja obrar indiferentemente: es también un apasionamiento activo que quiere llegar á la paz de la verdad por el combate con los errores.

La Edad Media fue ante todo creyente. Al venir el Renacimiento las cosas cambiaron mucho de aspecto, porque el hombre ya era otro. Engolfado en el estudio de los antiguos dió valor relativo á todas las opiniones, autoridad limitada á todos los sabios, verdad parcial á todos los libros. ¡Escepti-

cismo provechoso que, pasando de la teoría á la práctica, se resolvió en una vasta conjuración de revoluciones, caos fecundo en riquezas sociales de donde había de brotar el mundo moderno! Por eso el Renacimiento tiene siempre simpatías para todos los entusiastas del progreso, bellos recuerdos para todos los amantes de la libertad, y estos recuerdos y esas simpatías se concentran también, aun tratándose de espíritus liberales muy religiosos, en aquella corriente formada por dos naturalezas que parecían opuestas, por dos nombres que parecían contrarios, por un literato filósofo y una asociación científica: *Voltaire* y *la Enciclopedia*.

El volterianismo y el enciclopedismo no se circunscribieron á Francia: extendieron su dominio por toda Europa, y llegaron hasta nuestra cristianísima España. Aquellos libros de filosofía popular, de teología polémica y de historia crítica en que la Divinidad, la Religión y la Iglesia eran objeto de la befa científica, excitaron los ánimos, conmovieron las opiniones, hicieron abrir los ojos á los mismos ignorantes. Un principio de duda se manifestó en el alma de aquella sociedad, que se apresuró á sofocarle, porque para ella creer era una necesidad.

¿Produjo, con todo, esta reacción una vuelta al vómito antiguo? ¡Ah! la virginidad de la fe no se recupera jamás. Yo he recordado esta lección, porque me ha admirado mucho la seguridad con que el Cardenal Sancha dice que «en España el movimiento antirreligioso y el grito anticlerical no son fenómenos nacionales, sino abiertamente contrarios á la opinión pública y sentimientos del país». Apenas me fié de mis ojos, cuando leí semejante aserto en *El Kulturkampf internacional*, cuyo autor es el Cardenal Sancha. De diez y ocho millones de españoles dudo que haya ocho que se digan católicos, y de estos ocho, faltaría saber los que lo son íntegra y sinceramente. Las Islas Canarias deben, sin duda, considerarse como la provincia española en que se conservan en toda su pureza las costumbres patriarcales, y sin embargo, entraís en un templo de

aldea y no encontrais más que mujeres: durante mi residencia allí, pude comprobarlo de una manera evidente. Asturias, otra de las provincias en que más pura persiste la fe de nuestros antepasados, ha perdido en el sexo masculino toda su religiosidad, desde que el industrialismo ha echado raíces en ella. Yo soy natural de un pueblo insignificante de esa provincia, y sólo desde la época de mi niñez hasta la fecha puedo textificar una disminución paulatina del sentimiento religioso en los hombres. Apartado como está de la vida nacional y aun de la vida provincial, no constituyendo tránsito de ningún otro pueblo, enclavado sobre el Cantábrico en las proximidades del cabo de Peñas, y sin otra perspectiva inmediata que el doble infinito de la mar y del cielo, ha sentido sin embargo, la trepidación del inmenso terremoto secularizador que conmueve al mundo. Y si á estos lugares escondidos ha llegado el terremoto, ¿qué decir de esos populosos centros, como Madrid, Sevilla, Valencia, Barcelona, donde el aire social está infestado de ateísmo, donde es atea la literatura, y atea la ciencia, y atea la vida? Bien quisiera yo que esto no fuese así, que todos los españoles conviniéramos en admitir y adorar al Dios del Cristianismo; pero puesto que desgraciadamente no lo es, hace muy mal el Cardenal Sancha en predicar de España lo que en España no existe, y fundar sobre base tan deleznable su opinión, referente á la inoportunidad de la agitación anticlerical.

Creeré al Cardenal Sancha, sin discutirlo, cuando afirma que el clero español de estos últimos tiempos está dando vivo ejemplo de corrección pública y privada y de moralidad intachable, tanto en lo particular como en lo social. Esto, empero, no le impide hallarse desorientado frente al estruendoso *Kulturkampf* que arrastra y envuelve al mundo moderno, pues esa corriente es, ante todo, una evolución intelectual, ó como ha declarado Haeckel, uno de sus secuaces más famosos y apasionados, es (1) «un progreso de verdades científicas que

(1) *Anthropogénie.*



marca el comienzo de una nueva época en la historia contra la existencia ulterior de las instituciones más inmorales y perniciosas de la Iglesia, que se arroga el derecho de facilitar ella sola la salvación á las almas». Lo que Fouillée dice de los eclesiásticos franceses (1), puede aplicarse en un todo á nuestra patria: «El clero católico en este país tiene altas virtudes morales, pero no tiene, y esto se explica perfectamente, un gran valor intelectual. Es el resultado de una selección, no de inteligencias, sino de buenas voluntades y de corazones sencillos. Se recluta entre los espíritus más extraños al movimiento general de la sociedad moderna, de la ciencia y de la filosofía: es, en gran parte, rústico, en todo el sentido de la palabra. ¿Cómo va así á tener prestigio? Además, en nuestro país, á pesar de ciertas evoluciones condenadas por Roma misma, el altar y el trono son, para casi todos los párrocos y los fieles, cosas unidas. La política ha venido de este modo á añadirse, como causa de división, á las discusiones científicas y filosóficas» (2).

Como la iniciación del movimiento anticlerical en España ha coincidido con la dictadura ejercida en Francia por Wal-

(1) *La France au point de vue morale.*

(2) Lo mismo, aunque en otros términos, viene á decir el elegante prosista Macías Picavea, en su notable libro sobre *El problema nacional*: «¡Qué abismo entre las magnas Universidades católicas del extranjero, donde se estudian y profesan con los últimos recursos pedagógicos cuantas ciencias modernas y problemas científicos hoy palpitan, y nuestros menguados Seminarios donde todavía rigen el P. Perrone la física aprendida de memoria, y los silogismos *en bárbara*. ¿Cómo extrañarse de que el clero, en tales pechos en gran parte criado, sea el clero del odio negro á la cultura, el clero inocente del gran movimiento regenerador religioso que por el mundo civilizado como aura nueva circula, el clero que va á Roma en peregrinaciones que asustan al Pontífice y hacen sonreír lastimosamente á los intelectualísimos de su corte? Que en Roma mismo, y por quien más puede hacerlo, se han formulado juicios nada lisonjeros (y el que esto escribe los conoce auténticos) sobre estas tristes cosas de la España decadente.»

deck-Rousseau sobre las asociaciones religiosas, los esfuerzos de los clericales de nuestra patria debían tender á acusar de *imitación* esa provocación á la lucha de clases que venimos notando y sintiendo desde principios del año anterior. Yo creo que es doloroso y da verdadera idea de nuestra ineptitud, el hecho de que tengamos que reducirnos á *imitar* á las naciones europeas en toda iniciativa de reforma social; pero ¿será por eso menos laudable en sí mismo el ideal que se persigue? Los *afrancesados* españoles de principios del siglo anterior, ¿no eran acaso la masa sana de la nación que había bebido su ilustración en las fuentes de la cultura extranjera? Véase, pues, un caso práctico y un ejemplo flagrante de la influencia de las ideas de una época en los hechos históricos de la misma. Un afrancesado, sin haber perdido precisamente el hermoso sentimiento de la patria, se hallaba inclinado á dejar las riendas del Gobierno á representantes de un país en que imperaba, en medio de horrores revolucionarios, la razón, y no la ignorancia supersticiosa de la Península ibérica de aquellos desgraciados tiempos. Verdad es que aquí se daba la mala aplicación de un buen principio; pero ¿no vale más plagiar con intención regeneradora que permanecer en la inacción absoluta? Si el Cardenal Sancha ve una reproducción servil de Francia en el anticlericalismo español, sea enhorabuena: nosotros, entretanto, tomaremos el partido de importar lo europeo, sin dejar de aprovechar para su adaptación á nuestra raza las fuerzas vivas del país.

Con esto queda preparado el terreno para que señalemos al movimiento anticlerical otras razones más íntimas, más filosóficas, más profundas. ¿Qué haría el clero de las innumerables generaciones confiadas á su cuidado, si no se pusiesen límites y cortapisas á su poder? Lo primero que ocurre recordar es la enseñanza de la experiencia histórica: ¿no ha demostrado bastante su ambición cuando era dueño de la opinión pública? Y no creais que esto sólo ha sucedido en la Iglesia romana y en nuestro católico país: aun en las iglesias acéfalas

y en los países cismáticos se puede notar esa tendencia. Siglos antes de Pedro el Grande, el patriarca de la comunión de Rusia, era como la segunda persona de la trinidad imperial y se sometían á su aquiescencia todas las resoluciones de la nación; pero como al cabo del tiempo la ambición clerical, pasando por encima de todas las reservas y olvidando todo comediamento, intentase sobreponerse á la autoridad nacional, Pedro el Grande determinó, con muy buen acuerdo, suprimir el patriarcado.

Este último ejemplo nos recuerda que, al predominar en un país el elemento clerical, predomina *à fortiori* la absorción eclesiástica y la hierocracia. La Iglesia de la Edad Media tenía á la monarquía universal: la Iglesia de Roma hoy en día no ha renunciado á nada, no se ha retractado de nada. La Iglesia quiere poner su mano en la ley civil, á fin de ejercer á su antojo el poder temporal. Esa supuesta «libertad de la Iglesia» de que tanto se habla, no es otra cosa que la negación absoluta de la libertad de todo lo que no es la Iglesia (1), la negación de los inmortales principios que nos ha legado la Revolución Francesa, la negación de todas las libertades, la libertad de conciencia, la libertad de reunión, la libertad de asociación y la libertad de la prensa. Tyndall compara con razón la «firmeza de bronce» de la política romana á la verdadera y natural fortaleza de ese metal. Nada más resistente que él; pero, no obstante, á una caja de bronce puede hacerla saltar el agua si llega á cristalizar, y en general, cuanto es el metal menos flexible, tanto mayor es el peligro que corre su permanencia. Este hecho es incontestable, y queda probado con sólo echar una mirada á Roma Católica, que persevera en la fe de bronce de las antiguas creencias, mientras que los jefes del protestantismo liberal en Europa son lo bastante precavidos y prudentes para ablandar el metal del Cristianismo á fin de acomodarlo á los futuros progresos de la conciencia humana.

---

(1) Gladstone: *Rome and the Pope*.—Bert: *Le clericalisme*.

Otra de las causas por las que el pueblo no tiene confianza en el clero y en los eclesiásticos, es la indiferencia con que éstos miran lo concerniente á la moral social y el espíritu tolerante con que juzgan los pecados más graves, así privados como públicos, con tal que en lo alto de los Estados tremole enhiesta y victoriosa la bandera de su poder. La historia confirma de una manera clarísima esta aserción. «La animosidad más fuerte de las iglesias del Estado, dice Spencer, se manifestó siempre contra los disidentes que reclamaban y querían practicar con mayor perfección los preceptos del Cristianismo. Los waldenses tomaban como modelo de su disciplina moral el Sermón de Jesús en la Montaña, pero al propio tiempo se revelaban contra el gobierno de la Iglesia: así sufrieron durante tres siglos sangrientas persecuciones. Los cuákeros, entre los protestantes, querían obedecer á los mandamientos de la fe cristiana, no á algunos, sino á todos, y se les persiguió con tal rigor, que antes del advenimiento de Jacobo II, á pesar de su pequeño número, 1.500 de ellos fueron reducidos á prisión. No hay duda alguna: la moral distintiva de una religión no contiene en nada á sus administradores cuando ven su autoridad puesta en tela de juicio.»

Y no es esto todo. El clero, no sólo ha tenido en poco las leyes morales de la existencia, sino que tampoco se ha preocupado nada por contribuir á la expansión de esa existencia en aquellas cosas que no se oponen, en realidad, á su predominio social. Salvo excepciones individuales, nunca se ha visto al clero en masa oponerse al espíritu guerrero de una época, á la abolición efectiva de la esclavitud, á la disminución de los impuestos, etc. Todas estas conquistas han sido realizaciones de ideales, no eclesiásticos, sino políticos ó filosóficos.

La simpatía que todos los buenos españoles tenemos al clero actual nos hace creer que es un elemento afín á nuestras convicciones y que va con nosotros hacia la conquista de la libertad en la lucha por la civilización; pero un juicio sereno, tranquilo y desapasionado del alcance y verdadera significa-

ción de sus doctrinas sociales, basta para hacernos comprender la profundidad de nuestro error. Como Fouillée (1) nota con verdad, la intransigencia de cultos es la «pura doctrina de los teólogos», y si no es aplicada por la Iglesia con todo rigor, Brun, catedrático de la Facultad Católica de Lyon, en su *Introduction á l'étude du droit*, y Perin, Profesor de la Universidad de Lovaina, en sus *Lois de la société chretienne*, nos advierten que es simplemente porque la Iglesia no tiene el poder en la mano. Los libros de los citados Brun y Perin son curiosos como muestra de cómo las Universidades católicas entienden la igualdad. «Nos vemos reducidos, dice Perin con pena, *por temor á un mal mayor, á transigir* con los cultos que no representan más que la verdad aminorada, como las confesiones protestantes, ó que provienen del error obstinado, como el culto judaico.» «No podemos, exclama con análoga pena Brun, ser en la práctica más exigentes que la Iglesia, y debemos ser de nuestro tiempo, *que no hemos elegido*. Pero es necesario mantener altamente los principios en su lugar» (2).

(1) *La science sociale contemporaine*.

(2) En estos tiempos de obstinación clerical y de hipocresía en que el verdadero programa del ultramontanismo se oculta todo lo posible para seducir á los liberales incautos, no será inútil recordar lo que pensaba y sentía la ortodoxia de nuestra patria en una época en que no se había iniciado en Europa el *kulturkampf*. Una *Refutación de varios errores reproducidos con ocasión de la revolución francesa y española*, publicada por J. G. Villar, deán de la catedral de León, en la fecha remota de 1817, contiene pormenores curiosos acerca de la polémica entre los que pedían la abolición y los que pedían el restablecimiento de la Inquisición. Si refrescamos la memoria al leer sus consideraciones, encontraremos que había en ellas lógica y valentía dentro del criterio ultramontano. Argüían los liberales que aquel Tribunal era peligroso é injusto, á la vez que contrario al derecho natural, por exigir la delación de marido á mujer y de padre á hijo. Villar les opone los ejemplos de Lucio Bruto, de Casio, de Manlio Torcuato, de Marco Scauro y de Guzmán el Bueno, el texto del Exodo *mate cada cual á su hermano y á su amigo*, y este pasaje de San Jerónimo: «Si oyera blasfemar contra Cristo á mi padre, á mi madre ó hermano, mi mano se descargaría la primera sobre ellos, y les despedazaría como á perros rabio-

Escribía Posada, en 1894, con el mismo motivo: «Es, sin duda, muy curioso lo que Fouillée anota; pero no lo es menos conocer cómo entienden esa misma libertad en España los políticos militantes. No hace mucho se escandalizaba (!) un diputado en pleno Parlamento ante la idea de que en Madrid se consagrara ¡un Obispo protestante!, y pedía por ello cuenta al Gobierno. Antes se había armado una revolución por la apertura de un templo evangélico. Aún está cuando esto se dicta, pendiente de decisión cierto expediente formado por iniciativa de un Obispo á un Profesor que vertió en un libro doctrinas al parecer heréticas... Y ¿á qué insistir? ¡La Constitución sólo permite la *tolerancia* de los cultos no católicos!»

No es necesario ser muy ilustrado para reconocer con cuánto motivo se lamenta mi sabio paisano de la timidez de nues-

---

sos, pues el que ama á la familia más que á Cristo no es digno de él.» «Los antagonistas del Santo Oficio—añadía Villar—dicen que bastan los Obispos para exterminar las herejías ó estorbar sus progresos, como bastaban en los siglos anteriores á su institución; mas un efugio semejante se desvanece, lo primero, considerando que las ocupaciones de los pastores de la Iglesia y las de sus Tribunales impiden forzosamente atender á tantas y tan individuales disquisiciones como son necesarias... Lo segundo, si se reflexiona bien, que los Obispos no tienen otras armas de qué valerse más que de la excomunión, y ésta, recayendo en sujetos inficionados de libertinaje ó retocados del espíritu de incredulidad, lejos de extinguir el daño, se convierte infaustamente por su malicia en materia de ludibrio y escarnio. Si antiguamente los prelados lograban extirpar los errores que cundían en el territorio de su diócesis, esto se debía atribuir á la vigorosa cooperación y protección de la espada de los Príncipes. Dígalo el gran Teodosio, cuyo celo y eficacia consiguió detener los rápidos progresos del arrianismo. Díganlo los sucesores gloriosos que lo imitaron, por cuya actividad se acabó de disipar esta secta. Díganlo nuestros Reyes godos después de la conversión de Recaredo, que felizmente concluyeron la misma empresa dentro de España. No queremos con más ejemplos, que V. M. no ignora, distraer la justa atención á tantos negocios importantes como le ocupan. Pero no podemos omitir el de los Priscilianistas alegado en su favor por nuestros adversarios, que pretenden fueron aniquilados solamente por los esfuerzos de los Obispos. ¡Error intolerable

tro Gobierno en punto á religión. En España no podemos quejarnos, como en Francia se quejan los filósofos sobrios y moderados, de que la sociedad se vea amenazada por la abundancia de «salvadores», á semejanza de aquel emperador romano, que decía: «Muerdo por la abundancia de médicos». ¿Cómo extrañar, pues, que el clero se haya aprovechado de esta apatía nacional para proteger el desarrollo pletórico de las Congregaciones y esa aristocracia teocrática, que es la que realmente gobierna el país en la cuestión religiosa? Porque, no ya el catolicismo, sino toda religión que se funde en sus mismas bases para la organización de la jerarquía sacerdotal, conducirá á los mismos resultados nacionales. Los habitantes del Thibet, dice Reclus, que es uno de los pueblos mejor dotados de la tierra, son fuertes, valerosos, alegres, aficionados á la

---

en la historia! La verdad pura, señor, de este suceso es que los Obispos españoles congregados en el Concilio de Zaragoza condenaron á estos herejes, y ellos, menospreciando su excomunión, se hicieron más insolentes y eligieron á Prisciliano lego por el Obispo de Ávila. Entonces los prelados católicos acudieron á la protección del Emperador Graciano, por cuyo decreto fueron en seguida desterrados de España estos malvados, los cuales, implorando vanamente el auxilio del Papa y de San Ambrosio, fueron desechados y desatendidos.» Relata después las peripecias de su vuelta, por la protección de Macedonio, y su nueva condenación por el Concilio de Burdeos, y termina así su juicio: «Nada de esto hubiera bastado si Prisciliano no hubiera sido preso y decapitado por mandato de Máximo, que aunque injustamente (perseguido y muerto Graciano) había tomado las riendas de todo el Imperio en Occidente. Este fue el último fatal golpe de exterminio para aquella herejía.» Recomendando estos argumentos á la consideración de los neocatólicos que traten de justificar el pasado de la Iglesia y defender la Inquisición como un Tribunal independiente de la legislatura é irresponsable de sus abusos. Hoy no nos apasionamos ni nos entusiasmos con semejante cuestión: ya se ha reconocido que se puede amar el derramamiento de sangre abandonando esta operación á los lacayos, y que ninguno afirmará en serio no haber matado porque se haya servido de un puñal. Para mí tiene sólo importancia el motivo que ha dado origen á tales horrores, y que vuelvo á recomendar á la discreción de las almas piadosas.

música y al canto, llenos de dulzura, de humanidad y de franqueza, pero carecen por completo de iniciativa. Sometidos ciegamente al dominio de sus sacerdotes, se dejan llevar como un rebaño. Lo que mandan y enseñan los Lamas es para ellos ley (1). Temen á todo cambio, á todo progreso, recelando siempre que tenga por objeto destruir su religión. Es aquella la organización de una colmena. El quietismo fatal se ha convertido para ellos en un ideal de ventura.

Algo muy semejante se advierte en nuestra desgraciada patria, resto atávico de tantas generaciones fanáticas, de tantos siglos de superstición. El atavismo es tal, que nos cubre de vergüenza y pasma á los extranjeros instruídos que residen entre nosotros. Así se explican los juicios, exagerados sin duda, pero verdaderos en el fondo, que de la razón de nuestra actual decadencia forman los sabios de otros países. Sirva de ejemplo Lombroso, cuando dice: «España, que por la mezcla de las razas y por las influencias del clima, debía ser un país evolutivo y revolucionario, por lo menos tanto como Italia y Francia, perdió todo su empuje desde que la Inquisición destruyó las mejores inteligencias y sólo dejó con vida á los pobres de espíritu.»

(1) Volney (*La loi naturelle*) recuerda, á propósito del espíritu general de los sacerdotes hacia los demás hombres, que, según Sanchoniaton, deseaban «excitar la admiración por lo maravilloso». En una carta de San Gregorio Nacianceno á Jerónimo, le dice: «No es menester más que un poco de charlatanismo para engañar al pueblo. Cuanto menos comprende, más se admira. Nuestros padres y doctores han manifestado muchas veces, no lo que pensaban, sino lo que les forzaban á fingir las circunstancias ó la necesidad.» Por último, el Obispo Sinnesio se expresaba acerca del particular como sigue: «El pueblo quiere absolutamente que le engañen, y no puede procederse de otro modo con él... Los antiguos sacerdotes de Egipto practicaron siempre esto mismo; y he aquí por qué se encerraban en sus templos y componían los misterios sin conocimiento del pueblo: bien que si hubiese conocido que se le engañaba se hubiera enfadado... Pero ¿cómo es posible obrar de otro modo con el pueblo, puesto que es pueblo? En cuanto á mí, seré siempre filósofo conmigo mismo, y sacerdote con el pueblo.»



Después de tan abrumadoras consideraciones, ¿quién intentará sostener, con el Cardenal Sancha y todos los defensores del sistema ultramontano, que no hay motivo para suscitar y emprender una campaña verdad contra el clericalismo? Sin duda que los excesos de las turbas son explosiones derivadas del movimiento anticlerical teórico; pero seguramente que no es reconocida su legitimidad por los iniciadores de este movimiento. Por la misma razón no debe confundirse la cuestión social con la cuestión dogmática, ya que, en rigor, el catolicismo está excluido de la guerra á los clericales. Para probar lo contrario pone el Cardenal Sancha el ejemplo de uno que hiciera alardes de amar y defender á los Generales y Jefes del Ejército, y sin embargo saliera por las calles tirando tiros y pedradas y pidiendo á gritos la muerte y exterminio del militarismo. Y envolviendo en tan pobre sofisma la píldora, todavía se atreve á declarar el Cardenal Sancha que es incompatible ser buen católico y fervoroso creyente con ser anticlerical. Nosotros tenemos un modo de ver opuesto, y profesamos la opinión de que así como se puede ser buen patriota y entusiasta por el ejército, sin dejar de combatir el militarismo, que es su abuso y su generalización social y nacional, cabe también tener excelentes sentimientos religiosos y declarar guerra sin tregua ni cuartel al clericalismo y á los clericales. Porque al coartar el poder del clero, no se le quita su derecho: lo que se hace es negarle como casta, como excepción, como privilegio, para devolverle á la humanidad é integrarle en ella.

## II.—LAS LIBERTADES INTANGIBLES

Con este nombre designa el excelente y fervoroso católico francés Ferón-Vrau á la libertad de conciencia, á la libertad de cultos, á la libertad de enseñanza, á la libertad de pensamiento, á la libertad de imprenta; en una palabra, á todos los derechos llamados ilegislables; y el eco de esa voz del catoli-

cismo extranjero, repercutiendo en el tímpano de los clericales españoles, les ha hecho vacilar y excusarse, hablar de circunstancias y de acomodamientos, como si España fuese una nación de ortodoxos y de santos. El autor de *El Kulturkampf internacional*, que no parece tener muy en cuenta los principios de la teoría, mal había de hacer caso de las enseñanzas de la práctica. Por eso escribe también: «Antes de formar juicio desfavorable (*de esos católicos extranjeros*), conviene hacerse cargo del estado y legislación de la vecina República. Hay allí mezcla de religiones, protección oficial á la enseñanza laica, centros docentes con profesores ateos sostenidos por el Estado... matrimonio civil obligatorio antes del canónico, hornos crematorios, etc., etc.» Más adelante dice: «Conocen (*los referidos creyentes*) que en las actuales condiciones les es imposible, humanamente hablando y obrando, llevar á la práctica la tesis católica.» Y concluye: «He aquí por qué nuestros hermanos de Francia, con la mira y laudable intención de servir á nuestra Madre la Iglesia y de defender sus derechos é interés en el orden social y político en que son combatidos, se han colocado en la teoría teológica de la hipótesis (*¿qué entenderá el Cardenal Sancha por teoría teológica de la hipótesis?*) para tolerar desde ella libertades y postulados que de suyo y como tesis son insostenibles y están condenados por la Iglesia.»

Con estas consideraciones doctrinarias sobre la prudente conducta y las disposiciones tomadas por el catolicismo francés, se cree desvirtuar la eficacia de toda tentativa de propaganda anticlerical en este país donde el Corazón de Jesús reinará con más predilección que en otras partes. Pero la cuestión es saber si este método y los procedimientos concretos en que se traduce están conformes con los principios de la Filosofía y con los intereses de la civilización. ¿Pueden seguir negándose ó limitándose civilmente las libertades intangibles sin renegar de nuestra naturaleza social, de las leyes de nuestro espíritu y de los derechos individuales? El Cardenal

Sancha resuelve de plano que sí, mientras que yo voy á demostrarle que no.

Por de contado, la libertad de cultos es una de aquellas cosas que hace algunos años se podía discutir todavía, pero sobre la que hoy es forzoso concluir. En otra parte (1) he dedicado á este problema reflexiones detalladas que no voy á reproducir ahora. «El Estado, tomando las palabras de Tiberghien, es incompetente en materia religiosa y carece de religión. Que deje á los cultos gobernarse por sí, administrar sus asuntos como lo juzguen conveniente, nombrar sus funcionarios y formar libremente sus dogmas, su disciplina y sus ceremonias, puesto que no atacan al orden público. Se ha dicho que el Estado debe ser *ateo*. La expresión es fuerte, pero justa, si se entiende por esto condenar las *religiones oficiales* y colocar la autoridad nacional fuera y sobre las sectas religiosas... El Estado es *neutral*, es imparcial, enfrente de todas las divisiones humanas, porque es tan incapaz de distinguir lo verdadero de lo falso en la naturaleza y en los procedimientos, como de decretar la mejor manera de adorar á Dios.» Se invoca el llamado derecho á la verdad y al bien, olvidando que el bien y la verdad son cosas impersonales que se personifican en los espíritus de los hombres hasta lo infinito. Es cierto que todos los grandes teólogos católicos, sin excluir á San Agustín y á Santo Tomás, han sostenido lo contrario, y en ello se fundan todavía los ortodoxos timoratos como el Cardenal Sancha para resistirse á proclamar la libertad de cultos en su más amplia acción; pero ¡qué absurdo aceptar todas las opiniones de los Padres de la Iglesia, sin saber distinguir lo que en ellas influyó el espíritu del tiempo! No importa que al pensar así pensasen contra su propia conciencia y olvidasen la entonces todavía reciente historia de las persecuciones del cristianismo. Platón, que había presenciado la muerte de Sócrates y reconocido su causa en la intolerancia religiosa de los

---

(1) *Democracia y clericalismo (estudios de política aplicada)*.

atenienses, defendió también la penalidad directa de la impiedad, y llegó á pedir que la negación de Dios fuese castigada por la ley civil con la muerte. No cabe duda de que estas eran inconsecuencias requeridas por sus ideales unitarios en política y legislación. También por un ideal más ó menos unitario, cual requería la organización y la disciplina católica de la Edad Media, defendieron San Agustín y Santo Tomás la intransigencia de cultos, sin que por eso debamos seguirles en este punto los cristianos de estos tiempos. Y me atrevo á avanzar más; porque siendo la misma inenarrancia *ex cathedra*, estado humano de verdad absoluta, cosa tan indeterminable como el estado humano de error absoluto, no ya las opiniones de los Padres, sino algunas de los mismos Pontífices, pueden y deben rehusarse, sin que esto arguya falta de consideración al Vicario de Cristo, que sólo en materia de fe y costumbres, pero nunca en materia de Derecho, posee el don de la infalibilidad. En esto debemos imitar á los racionalistas, que tienen la imparcialidad de desdeñar toda opinión de los predecesores suyos que no convenga con las recientes necesidades de la sociedad. ¿Gregorio XVI ha dicho que la libertad de conciencia es un delirio, *deliramentum*? Pues el católico actual debe hacer de esta aserción el mismo caso que el racionalista contemporáneo hace de aquella otra de Voltaire, que no quería para el pueblo más que el aguijón, el yugo y el desdén.

La libertad de conciencia, ó como otros la llaman, de pensamiento, está fundada, y los mismos ultramontanos no lo niegan, en la idea metafísica de *individualidad*. «La persona, como agente jurídico, dice Posada (1), tiene en sí misma su propia esfera de derecho, la cual resulta de su finalidad racional y de la actividad libre que pueda desplegar para cumplirla, y en esa esfera de derecho, sólo ella, esto es, sólo la persona está: a) en situación de apreciar la condicionalidad libre necesaria; b) en situación de definirla; c) en situación de efec-

---

(1) *Tratado de derecho político.*

tuarla adecuadamente. El común sentir, con cierto instinto, verdadero á veces, señala esto, que no suele verse claro en política, cuando afirma que *sabe más el loco en su casa que el cuerdo en la ajena*, y la Iglesia, sin perjuicio de obrar como sus representantes quieran, consagra nuestra idea al reconocer la imposibilidad de vigilar materialmente la conciencia de cada cual y contentarse con las apreciaciones exteriores y con las declaraciones manifiestas.» Los teólogos, en efecto, repiten con Bonald (1) que «reclamar para el espíritu la libertad de pensar es tan absurdo como reclamar para la sangre la libertad de circular en las venas». Se les ha contestado que también se puede impedir á la sangre circular en las venas quitando al individuo el alimento (2). Este alimento, este «pan del espíritu,» ¿podrá ser otra cosa que la libertad, principio de toda caridad, de todo deber y de todo derecho? ¿Y no es por la libertad misma por donde á la verdad se llega? (3). *Veritas liberavit vos*, decía con razón Jesucristo; pero si la verdad nos hace libres, sólo la libertad nos hace veraces, y viviéndola y realizándola es como se evita la inmoralidad del error y se consolida la responsabilidad de la ciencia. «Jamás, decía el gran Obispo Sidonio en sus *Epístolas*, sufriré la servidumbre

(1) *Reflexions philosophiques sur la tolerance des opinions.*

(2) Fouillée: *L'idée moderne du droit en Allemagne, en France et en Angleterre.*

(3) Prisco (*Filosofia del diritto fondata nella etica*) cree haber descubierto una razón contra la libertad del pensamiento, en que «la libertad, antes de pertenecer al pensamiento, es función de la voluntad». ¡Graciosa ocurrencia! Esta es una de las salidas de que tantos ejemplos nos ha dado santo Tomás, y por donde suelen escaparse los hombres de más talento cuando quieren á todo trance justificar un principio erróneo. Y si no, arguyamos de la misma manera. La libertad no es facultad del pensamiento; y como sin pensamiento no hay ciencia, la ciencia no es obra nuestra ni nos pertenece la actividad libre que en ella desplegamos. El pensamiento no tiene libertad; y como sin libertad no hay veracidad ni voluntad de lo verdadero, la verdad no es propia de seres libres, y la moralidad científica no depende de la libertad científica. Es difícil defender una doctrina más absurda.

del espíritu: me parece que se rebaja demasiado el que está obligado á ocultar su pensamiento» (1). Bástale al creyente sincero detestar en su interior lo que piense como falso: con esto se librará de la peligrosa tentación de confundir lo pensado con lo verdadero. Por el contrario, cuando la extensión subjetiva del pensamiento está reconocida como verdad posible, es cuando se cumple aquello de que el sujeto pensante no debe percibir lo que redundaría en perjuicio de su perfección y de su dignidad. *Hay cosas que vale más no ver que verlas*, decía Aristóteles refiriéndose á la inteligencia divina, á lo que él llamaba el «pensamiento del pensamiento»; pero la inteligencia humana no es pensamiento puro, y necesita, para llegar á la verdad, trabajar sobre todos los objetos cognoscibles, sean inofensivos, sean peligrosos. Más diré: jamás hubiera existido sin aquellos objetos. La verdad supone la duda, ó mejor todavía, la negación de su posibilidad antes del trabajo del espíritu que la busca. Por eso las grandes inteligencias dogmáticas han sido generalmente pensadores apasionados é infecundos, al paso que la ciencia ha encontrado representantes de primera talla en hombres mediocres en lo que cabe, pero dotados de un criterio libre, despreocupado y personal. La verdad estricta está rigurosamente conforme con la veracidad del sabio; los errores mismos llevan en la significación de sus consecuencias el gérmen de nuevas verdades; y el pensamiento humano en las inagotables riquezas de su libertad parece uno de esos enormes y singulares árboles del Trópico, cuyas ramas dan nacimiento á una flor cada vez que cae su fruto (2).

(1) Véase á Villelga: *La libertad de pensamiento dentro del dogma*.

(2) D'Annunzio cree encontrar en la persona del fundador del Cristianismo la primera tendencia contra la amplitud del pensamiento. «No temía Jesucristo, dice, á los chacales famélicos, pero temía á los pensamientos. Su mano descarnada sabía amansar á las bestias salvajes; pero cualquier pensamiento ardiente y dominador como los que van errantes por el desierto letal, lo habría devorado. Cuando el ángel malo lo condujo á la cúspide de la montaña, y con el dedo le señaló las comarcas fértiles escalonadas, y le indicó la dirección de los varios reinos del mundo, y las

Pues si la libertad de pensamiento es innegable, ¿qué diremos de la libertad de palabra? Los ultramontanos, como hemos visto, no niegan la primera como hecho, pero ven en la segunda un peligro para el derecho que los creyentes tienen á la verdad y al bien. ¡Rara consecuencia! Se nos concede el pensamiento y se nos priva de exponerlo en la palabra. Mas ¿qué es la palabra? El pensamiento convertido en sonido. ¿Y qué es el pensamiento? La palabra espiritual é interior. Luego la libertad de pensamiento, expresado por la palabra hablada ó escrita, no debe depender del capricho de la Iglesia ni de la voluntad del Estado, que ha tomado á aquélla sus absurdos procedimientos de la «censura previa» y de la «previa autorización», ó los más recientes de las «advertencias» y de la «supresión», olvidando que el correctivo de la opinión pública es la ley más eficaz que contiene y reprime los errores que se cometen por medio de la prensa (1). No es, pues, censurable la diversidad de criterio de los periódicos, ni existen delitos de imprenta, siendo bárbaro é injusto señalar para la corrección de sus faltas penalidad diferente de la común, puesto que el derecho de publicar el pensamiento supone la responsabilidad personal. En los abusos que se han cometido conviene no olvidar sistemáticamente las anomalías de la condición humana. Al lado de estas anomalías funestas en resultados abundan las ventajas que de la libertad de la prensa se obtienen, nacidas sólo de su influencia en todas las clases sociales y aun en los mismos hombres de gobierno. Los clericales no se cansan

---

corrientes profundas y vertiginosas del deseo humano, Él entornó los párpados: no quiso ver, no quiso saber.» El lector habrá comprendido el secreto de la contradicción que hay entre la realidad y las afirmaciones de D'Annunzio. Este secreto es: que el sofista italiano, aunque habla en todo el pasaje de los *pensamientos*, los confunde lastimosamente con las *pasiones*. Lo que Jesucristo repudió siempre fueron las dominaciones terrenas: á lo que cerró sus ojos fue á la ambición del poder, no á la ambición de la verdad. Recuerde si no D'Annunzio su diálogo con Pilatos en el pretorio.

(1) Véase á Fuensanta del Valle: *Historia del periódico político*.

de declamar contra semejante influencia, porque ha venido á mermar la suya, y todos los días y á todas horas nos están mostrando cómo cunde con las publicaciones libres la semilla de la inmoralidad. ¡En cambio, no recuerdan que en el siglo xvi, cuando la permisión de obras y periódicos era cargo de la Inquisición, los mismos que con tanta dureza condenaron los tratados del Brocense y quisieron castigar á Fray Luis de León por su traducción en verso del *Cantar de los Cantares*, dejaban que circularan y se hicieran numerosas ediciones de la *Celestina*, *Thebaida* y *Lozana Andaluza*!

Bien diferente es la cuestión que concierne á la *libertad de obrar*. Aquí se presentan con una fuerza irresistible todas las consecuencias deducidas de la *moral independiente*, que no es *atea*, como vulgarmente se dice, pero sí *ateológica*, en el sentido de excluir el criterio de una determinada religión ó de una determinada secta para fundarse en las leyes morales de la naturaleza humana (1). ¿Ni cómo podía ser de otro modo? Sin la percepción directa de la moralidad y del bien, sin un principio de conducta apoyado en las luces naturales de la conciencia humana que sirva de criterio primordial á las distintas concepciones éticas de las sectas religiosas y sea anterior á ellas, sería hasta imposible determinar la superioridad de unas sobre otras; y puesto que el catolicismo es posterior á la mayor parte de las religiones del mundo, necesita fundarse precisamente en la aborrecida *moral independiente* ó natural para demostrar la excelencia de sus propias máximas y preceptos. Los apologistas católicos de todos los siglos han empleado este método contra los herejes de su tiempo; pero en los comienzos de la religión de Cristo, sobre todo, fue el único convincente y

(1) «El principio de la Ética existe *à priori*, no como conciencia formada y desenvuelta, pero sí como disposición de nuestra naturaleza original, según la cual, podemos aprender á conocer su esencia y modo de ejercitarse.» (Lange: *Geschichte des materialismus*.) «El fin moral que los pueblos se proponen cumplir queda siempre el mismo en el fondo, sólo varían los medios. (Wundt: *Vorlesungen ueber menschen und thierseele*.)



legítimo. «Consultad el pudor (decía Tertuliano, refutando el politeísmo gentílico y los sofismas de la reacción á lo tradicional), consultad la probidad, la justicia, todas las virtudes, en una palabra. ¿Están con vuestros dioses ó con el nuestro? *Que la moral eterna decida.*» Así hablaba el antiguo pagano, que había llegado á ser lumbrera y ornamento de la Iglesia. El Cardenal Sancha, en principio, admite esta misma doctrina, afirmando que, «alumbradas las almas por la luz de la ley natural, no cabe duda que algunas ó muchas de ellas, rectamente pensando y honestamente obrando, se resolverían á realizar los beneficios de la sociabilidad en una forma de vida, no ordinaria, sino especial, pero más idónea para practicar las virtudes que exigen mayor sacrificio personal, y para acercarse á merecer con verdad el predicado de alma naturalmente cristiana, en el sentido que lo enunciaba el gran Tertuliano». Pero cuando se le pregunta si esto conduce lógicamente á la secularización de la moral, responde del modo más explícito y terminante que no. Varias veces repite que semejante secularización no es más que un medio de aniquilar la influencia de la Iglesia. Del eminente Mazzini, bien conocido por sus reformas sociales en Italia, y que cree que «en la escuela no debe enseñarse el dogma, sino la moral civil y moderna, que está ya compendiada en los deberes del hombre», juzga el Cardenal Sancha que «en toda esa labor no se ve más que fraseología revolucionaria..., que no hay moral sin dogma, como no hay edificio sin cimientos, ni ciencia sin principios fundamentales».

De las citas aducidas podemos ya deducir el aprecio que el Cardenal Sancha hace de la libertad de enseñanza. «Esta libertad, dice, lo es para la enseñanza de todas las ideas y errores, menos para la de la verdad católica.» «La escuela neutra está ya desacreditada y desechada, y hasta los hombres de gobierno, partidarios de ideales heterodoxos, sostienen en los planes de enseñanza la *escuela confesional.*» No sé en qué se fundará el Cardenal Sancha para hacer esta afirmación; pero creo

poderle asegurar que se opone á la doctrina misma de Santo Tomás, en opinión del cual el hombre, por el solo poder de la razón, fuera de toda revelación y ante toda revelación, puede llegar al conocimiento de Dios y demostrar la espiritualidad del alma y la libertad humana, inquebrantables bases en que descansa toda enseñanza moral y religiosa (1). Y para que el Cardenal Sancha vea que de nuestra parte se halla la ortodoxia en general, le recordaré que eso es exactamente lo que en 1856 sostenía el Abate Maret, Vicario de París y Decano de la Facultad de Teología, en su obra titulada *Philosophie et religion*, y lo que en 1868 defendió Frère Orban en la Cámara de los representantes de Bélgica, contra las pretensiones de los que querían la enseñanza exclusiva y dogmática (2). Y como Dumortier protestase á nombre de la revelación, Frère Orban exclamó: «¡Tened cuidado, que caéis en la herejía!» (3) Así, el ultramontano debe llegar, estrechado por la necesidad, á donde llegó Bonald, para quien la enseñanza era fruto de perdición; y á decir con el famoso Demaistre: «La ignorancia vale más que la ciencia, porque la ciencia viene de los hombres y la ignorancia viene de Dios.» Estas palabras ponen el sello á toda la escuela. Reclús (4) cree, y no sin razón, que esta teoría es consecuente consigo misma. Porque, en efecto, el que funda la negación de la libertad de enseñanza en textos bíblicos y en consideraciones religiosas, tropezará desde sus primeros pasos en pedagogía teológica con la prohibición formulada por el mismo Dios: *No tocarás el fruto del árbol del saber.* «La

(1) De esta cuestión he de hablar más ampliamente en mi libro, próximo á publicarse, sobre *La Filosofía de Santo Tomás*.

(2) Propositiones publicadas por el Arzobispo de París, formuladas y aprobadas en el seno de la Congregación del Indice y dirigidas contra la doctrina tradicionalista de Bonald. La segunda está concebida en estos términos: *Ratiocinatio Dei existentiam, animae spiritualitatem, hominis libertatem cum certitudine probari potest.* (Tiberghien; *Theorie de la connaissance.*)

(3) Tiberghien: *Enseignement et philosophie.*

(4) *Evolution et revolution.*

prodigiosa ironía de las cosas, dice Reclús, ha hecho que actualmente los elementos religiosos sean los que distribuyen ese fruto venenoso. Es curioso verles repartir esas *manzanas* del pecado con prudencia y parsimonia, al mismo tiempo que administran el contraveneno. Para ellos hay ciencia y ciencia: la que se enseña con toda clase de precauciones y la que debe callarse cuidadosamente. Un hecho considerado como moral puede consentirse que los alumnos lo aprendan de memoria: todo lo que contribuya á despertar el espíritu de crítica es preciso ocultarlo con cautela. Comprendida de este modo, la historia no es más que un relato mentiroso; las ciencias naturales consisten en un conjunto de hechos sin cohesión, sin causa y sin fin; en cada serie de estudios las palabras ocultan las cosas; y en la enseñanza superior, donde es permitido abordar los grandes problemas, sólo se hace esto por falsos derroteros, por vías indirectas, amontonando las anécdotas, las fechas y nombres propios, las hipótesis, los argumentos rancios de los antiguos sistemas.» De cuando en cuando, sin embargo, un rayo de luz aislado surge de tanta confusión, y una lógica consecuencia aparece en la mente del niño. Estos relámpagos aislados y provocados por una alusión lejana, por un aventurado adjetivo, bastan á veces para producir el *mal* que se quería evitar y conmover el espíritu del educado que salta de repente á *terribles* conclusiones. Pero aquí del cielo de los profesores religiosos: la «caridad de severidad» sustituye entonces á la libre exposición de la ciencia, y se antepone la eterna salvación de aquella alma llena de vida propia á su expansión intelectual y á la ampliación de sus conocimientos (1).

---

(1) Esta anteposición no se limita á la libertad de enseñanza, sino que se extiende á la libertad en general, hasta el extremo de que la intolerancia práctica y la persecución á sangre y fuego ha merecido la aprobación de la Iglesia cuando ha dado por resultado la extirpación de una herejía, sin que le quedase otro remordimiento de conciencia que *la idea de la posibilidad* de una vuelta de los disidentes á su seno, es decir, de una reconciliación con Dios. Así, por ejemplo, al tener noticia de la matanza de

La tiranía, pues, subsiste, y es inevitable, porque esa supuesta conciliación de la fecundidad de la enseñanza con su sujeción á los estrechos cánones del ultramontanismo rígido está tan en desacuerdo con las lecciones de la experiencia y de la práctica, que puede decirse que de los centros de enseñanza eclesiástica ó jesuítica no salen más que dos clases de espíritus: ó ateos furibundos ó solapados hipócritas, esto es, ó el fanatismo contra Dios ó el fanatismo para Dios. Es el mismo dilema que ofrece, en general, el católico que quiera vivir en el siglo. Uno lo será leal y sinceramente, y éste admite, á despecho suyo, la libertad de conciencia: de esta clase es dable citar muchos ejemplos (1). Otro, empero, renunciará á toda amplitud de criterio, y tendrá por fuerza que limitarse á Donoso Cortés, que tuvo sobre el asunto ideas erróneas y fanáticas en su totalidad, pero consecuentes (2). Contra esta detestable dirección hay para el creyente verdadero una vía normal de sociabilidad: la tolerancia y la persuasión. Fanatismo é hipocresía son los dos extremos opuestos á la libertad, que es lo único que concilia armónicamente las tendencias altruistas y las tendencias proselitísticas en religión. Esta conciliación

---

la noche de San Bartolomé, el Papa Gregorio XIII no extrañó el hecho ni tuvo para él una palabra de censura, y si derramó lágrimas, según Brantome, fue bajo la consideración de que «tal vez entre los culpables habrían perecido algunos inocentes que, de no haber muerto, hubiesen podido recibir la gracia de la conversión». ¡Siempre la misma confusión de la caridad con el *utilitarismo* futuro y la subordinación de todos los sentimientos de fraternidad y de amor al mayor interés de la otra vida!

(1) Tomemos el primer autor que hallamos á mano. En los *Ensayos de crítica filosófica* de Menéndez Pelayo, se lee el siguiente significativo párrafo: «La virtud genial del pensamiento es tan invencible, que *aun imponiéndose un yugo y acatando una autoridad, halla siempre algún resquicio por donde reconquistar su libertad nativa.*» Admirable justificación del pensador libre en la pluma de un sabio que de nada tiene menos que de libre pensador.

(2) «Con ellas buscaba la religión en la política y la política en la religión, y en una y otra la razón de una resistencia inquebrantable contra toda idea liberal. Parecía llevar, como Diógenes, una linterna, no para

de las dos tendencias es poderosa y fecunda en resultados en toda alma humana, mientras que la manera de ser de los fanáticos ante la transigencia de sus enemigos ha puesto en boca de Locke esta valiente frase: «La libertad no debe ser dada á los que niegan todas las libertades.» Que es como decir: debemos ser tolerantes con todos, excepto con los que predicán la intolerancia. El amor, en efecto, aborrece todo lo que no es amor.

No voy á seguir más adelante en esta defensa y vindicación de las libertades intangibles. Bueno será, sin embargo, presentar en compendio las ventajas de la libertad en general, tal como las han puesto de manifiesto desde sus puntos de vista respectivos, Stuart Mill (1), el representante más ilustre del positivismo utilitario, y Julio Simón (2), el defensor más imparcial del espiritualismo independiente. La libertad, nos dicen estos dos grandes filósofos, desenvuelve las facultades del individuo, y las desenvuelve en sentidos diferentes; favorece la originalidad y con ella el progreso, suscita el genio, encuentra en sí misma su propia regla, y tiende, naturalmen-

---

buscar un hombre sin encontrarle, sino para descubrir en todas partes al Dios que había creado su imaginación, y al diablo que suponía inspirando el progreso en la humanidad. Donoso Cortés es el único sectario de su escuela que en bellísimas expresiones ha admirado y bendecido los grandes descubrimientos de la ciencia, para considerarlos como obra divina en favor de la tiranía y el absolutismo. Los ferrocarriles y los telégrafos eran para él descubrimientos providenciales, con objeto de que el Gobierno tuviese los soldados y el pensamiento en todas partes, para ahogar los gérmenes de la libertad... El bello ideal de Donoso Cortés: Felipe II con líneas férreas y líneas telegráficas, es un delirio absurdo; porque estos inventos maravillosos no son, como él creía, el *summum* de la centralización, sino todo lo contrario, extienden la luz y la vida más que la concentran: son fuerzas más centrífugas que centrípetas: son elementos populares de libertad, de fraternidad y de unión... Esa tendencia no puede ser ya ante el progreso más que un sainete semi-religioso, un hecho bufo y una caricatura.» (Picatoste: *Las frases célebres.*)

(1) *The liberty.*

(2) *La liberté.*

te, á ponerse en equilibrio con las demás libertades. Así, de la libre acción de las inteligencias, se desprende la verdad; de la libre combinación de los intereses, la utilidad común; de la libre acción de las voluntades individuales, una voluntad general que, sin ser infalible es perfectible siempre, y lleva en sí misma el medio de corregir sus propios errores. Además, la libertad aumenta los medios de cultura y de riqueza, favoreciendo los cambios y facilitando la venida de los extranjeros perseguidos. «Inglaterra, refugio de todas las víctimas de todas las causas, escribe con acierto Morote (1), debe á eso principalmente su prosperidad. Flandes y Suiza se enriquecieron dando hospitalidad á los hugonotes. La América del Norte, la poderosa República, se formó por los Puritanos. El califato de Córdoba gozó de su gran esplendor cuando era asilo para los sabios de la tierra. Aragón y Cataluña congregaban en su seno gente de todas las castas. La restauración de España, por Carlos III, promovía las ofertas de alemanes, ingleses, holandeses, para la colonización de nuestro suelo. Pestalozzi y Froebel extendían hasta aquí sus métodos de enseñanza en cuanto encontraban gobernantes ilustrados ó tolerantes. La tiranía recoge á veces los últimos frutos de la libertad, pero es para dispendiarlos. Y que no nos deslumbre el hecho de que los siglos de oro de su literatura, en Roma como en España, coincidan con el despotismo, pues los engendró la libertad mucho antes de que el poder absoluto los gozara y los pudriera. Tácito decía: *Postquam bellatum apud Actium atque omnem potenciam ad unum conferri paci interfuit magna illa ingenia cessere.*»

La libertad es lo antiguo en España: el despotismo lo moderno. Así lo afirma Mad. Stäel, y así lo confirman unánimes la tradición y la experiencia.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO.

(1) *La moral de la derrota.*

## CRÓNICA LITERARIA

---

Recepción de D. Francisco Silvela en la Academia de la Historia.—Matrimonios de España y Francia en 1615.—Las causas de la decadencia de la Monarquía española.—Recepción de D. José de Cárdenas en la Academia de Bellas Artes.—Las Bellas Artes en los presupuestos del Estado.—Pí y Margall.—Tres libros sobre Cánovas.

Entre los acontecimientos literarios del mes anterior merece mencionarse la recepción del Sr. D. Francisco Silvela en la Real Academia de la Historia. Los hombres políticos dan ahora crecido contingente á las Academias, como antes se lo daban los Grandes de las aristocracias nobiliarias, sin duda porque la posición culminante que ocupan hace más visibles sus merecimientos y permite que los descubran con facilidad los miembros de estas doctas corporaciones, percibiendo á veces méritos que los ojos, menos sagaces, de la masa general del público no acierta á distinguir.

No es este el caso del Sr. Silvela, el cual, aunque no hubiera sido político, ni Ministro, ni jefe de partidos y Gobiernos, habría hallado abiertas las puertas de la Academia de la Historia por sus talentos de historiador, no presuntos, sino demostrados en obra tan importante como la publicación de la Correspondencia entre Felipe IV y Sor María de Agreda y el *bosquejo histórico* que á las cartas precede, y que, bajo este título modesto, es una acabada pintura del estado político de España en aquel reinado, y forma una de las mejores páginas histó-

ricas que acerca de nuestro pasado se han escrito por españoles en el curso del último siglo. Ha ido, pues, el Sr. Silvela á la Academia de la Historia como se debe ir: por merecimientos contraídos en el cultivo de las ciencias históricas y públicamente demostrados en textos que andan impresos.

Obra de historiador y de literato, de subido valor también, es el discurso de recepción que leyó en la sesión celebrada por la Academia, con tal objeto, el 1.º de Diciembre último. Elijió como asunto el nuevo académico los *Matrimonios de España y Francia*—según la frase usada por Bernabé de Vivanco—que se celebraron en 1615; tema histórico interesante que el Sr. Silvela no examina sólo como uno de tantos casos ó acontecimientos particulares como ofrecen á la curiosidad del investigador las memorias de lo pasado, sino como un ejemplo de que la influencia de los matrimonios de los Príncipes en la suerte de los pueblos no ha solido ser tan grande como algunos pensaron, sino que aparece reducida á límites bien estrechos. Al par que este ejemplo de la experiencia histórica, halla el autor del discurso en los matrimonios de Príncipes de 1615 un punto de partida para disertar sobre las causas de nuestra decadencia, estudio tentador para políticos, historiadores y sociólogos, que á naturales y extranjeros ha sugerido libros ya numerosos y juicios muy diversos; y para bosquejar la hipótesis de una política nacional que hubiera podido apartarnos de la cuesta por donde declinó nuestro poderío con tanta rapidez como la que había tenido para alzarse á su zénit el sol de la preponderancia española.

Producto del estilo de la época ó de intencionada expresión, la frase de Vivanco: «Matrimonios de España y Francia» es en extremo feliz, pues expresa lo que fueron aquellos matrimonios en la mente de los que trataron de ellos como medio de poner fin á la emulación y discordia de las dos Coronas, siendo, más que enlace de Príncipes, consorcio de naciones, á la manera de los matrimonios alguna vez celebrados para poner término á los odios de familias enemistadas.



El Sr. Silvela, después de consagrar el acostumbrado recuerdo á su antecesor en el sillón académico, el ilustre arabista Gayangos, de quien dice mucho en pocas páginas, entra en materia, describiendo el estado de las cosas en España y Francia al iniciarse el pensamiento de los enlaces del que había de ser Luis XIII de Francia con la Infanta Doña Ana y de la Princesa Doña Isabel con el que luego fue Felipe IV de España. Relata las vicisitudes de las primeras negociaciones que mediaron entre Enrique IV y Felipe III, y describe luego al por menor los viajes que para las entregas de las dos Princesas hicieron, concertadas ya las bodas, las dos comitivas española y francesa, parte del discurso que forma un brillante cuadro de época, en que resucitan ante el lector las costumbres, el estado social de la España y la Francia de principios del siglo xvii, las fórmulas de la etiqueta, el lujo de las cortes, el aparato de los grandes, las divisiones de los opuestos bandos y el contraste entre la majestad semioriental en el acatamiento, de la realeza española y el estado de guerra civil latente en que se encontraba la Monarquía francesa, frescas aún las luchas de la Liga y las contiendas entre católicos y hugonotes, formando todo una página de evocación histórica, rica en colorido y de firme y bien trazado dibujo.

Muestra después el autor del discurso cómo fallaron las esperanzas políticas que habían hecho concebir aquellas bodas reales, y cómo no ejercieron influjo alguno en las relaciones mutuas de ambas naciones, juzgando que fueron un error desde el punto de vista español y de la política española seguida por los Austrias, que perdió entonces la ocasión de disputar á Francia el predominio en circunstancias propicias para nosotros que ya no habían de repetirse nunca, de donde pasa por natural transición á examinar el fracaso de la política internacional seguida por la Monarquía española desde el reinado de Carlos V, y á exponer y defender la hipótesis de haber sido la falta de buenos y capaces gobernantes causa principal de la decadencia del Imperio español, mostrando cuán otros hubie-

sen podido ser los destinos de nuestra nacionalidad y aun de la raza, si nuestra acción política en vez de orientarse en el sentido de la lucha por la preponderancia en el continente europeo, hubiese vuelto la espalda á los Pirineos, buscando en Africa y en los dominios americanos el teatro de sus empresas de expansión y de conquista.

En extensión, no excede el discurso del Sr. Silvela de los límites acostumbrados en esta clase de oraciones; pero dentro de ese reducido espacio y dentro también de la esfera propia de su particular asunto, tienen su representación en este trabajo casi todas las especies y formas principales de la historia. La historia descriptiva, *pictórica*, que se cuida ante todo de la perfección literaria, que quiere evocar los espectáculos de lo pasado pintando costumbres, ceremonias, tipos, escenas de la guerra y de la paz, solemnidades regias, fiestas y otros acontecimientos memorables, en suma, la parte intuitiva y sensible del material histórico, cuya resurrección requiere no sólo la diligente investigación del erudito, sino el gusto del literato, aquella parte en que la historia es ante todo arte, *restauración* de representaciones sensibles, semejante en algo á la restauración ó reconstrucción de los antiguos monumentos menoscabados por la acción del tiempo, ese aspecto de la historia está representado en el discurso por las magistrales descripciones de las jornadas de las Cortes de España y Francia para la entrega de la Infanta Doña Ana y la Princesa Doña Isabel. Llena de solemnidad y aparato la jornada de los españoles, regida por el Duque de Lerma, rodeada y asistida de la flor de la nobleza, recibida por los pueblos la comitiva con entusiasmo mezclado de admiración y asombro, formando, en suma, como dice el Sr. Silvela, «la más cumplida representación de una Monarquía, en que se dividieron el campo la ostensión palaciega de la etiqueta y la burocracia curialesca de Juntas y Consejos». Muy diferente en su aspecto y en sus incidentes la comitiva y la jornada francesa, protegida por tropas numerosas para resguardarla de los ataques de los hugonotes,

juzgada por una opinión dividida y en parte hostil, objeto de más libelos y diatribas que apologías, obligada á rodeos y precauciones, no exenta de peligros que hasta á última hora parecieron á algunos aconsejar el desistimiento de los matrimonios de España. Al espectador que sólo contemplase el aspecto exterior de los sucesos y la situación en que se encontraban ambas Cortes y Coronas, habrá de parecerle que todas las ventajas que da la firmeza y seguridad de los poderes, estaban de la parte de la Monarquía española. Y sin embargo, los acontecimientos entonces por venir, hoy pasados, remotos ya y sabidos, muestran que la Monarquía de los Austrias caminaba con el paso solemne de una comitiva funeraria al triste ocaso de Carlos II y á los peligros de la desmembración, mientras que la Monarquía de los Borbones de Francia marchaba, á pesar de sus divisiones y sus aún no extinguidas luchas religiosas, al predominio europeo de Luis XIV y á la imposición de su dinastía sobre el trono rival de las Españas.

Entre los retratos históricos que contiene el discurso, trazados al pasar, pero con rasgos felices que en pocas líneas hacen visible el parecido y el carácter, se destacan el del altivo y áspero Embajador español D. Pedro de Toledo, que siendo como es figura histórica, parece sacado de los romances del Duque de Rivas, ó digno de figurar en ellos al lado del *Castellano leal* y que contribuyó, acaso con su actitud, al fracaso de las primeras negociaciones de los matrimonios en la Corte del Bearnés; y el del confesor de Enrique IV, P. Cotton, tipo del jesuíta sagaz y político que sabía predicar á tiempo «doctrinas gratas para los gobernantes» como la de «ser mejor y más devoto pagar los impuestos que dar limosna, pues lo primero es precepto y lo segundo no ha pasado de consejo». Es posible que al bosquejar esta figura pensase el Sr. Silvela que no hubieran estado de más algunos predicadores de esta clase, eclesiásticos ó seculares, en los días de la propaganda de la Unión Nacional.

A las alturas de la historia pragmática y filosófica que in-

vestiga la causalidad histórica y no se contenta con conocer los hechos en lo que tuvieron de determinación concreta y singular, sino que pretende conocerlos en sus causas, se levanta el discurso cuando, partiendo de las consecuencias de los matrimonios de 1615, examina las causas de nuestra decadencia y formula la hipótesis de cuáles hubieran podido ser nuestros destinos á ser otra la orientación política de la Monarquía en los negocios exteriores durante el período de nuestra grandeza. Algo hay en esta parte del discurso que es, más que historia, interpretación filosófica de la historia.

Menciona el Sr. Silvela, de pasada, las diferentes explicaciones que se han dado del fenómeno de nuestra decadencia, primero las ya mandadas recoger, las que obedecieron, más que al atento é imparcial estudio de la historia, á pasiones políticas ó religiosas, las que hablan de la intolerancia religiosa, del absolutismo monárquico, de la Inquisición, cual si se tratara de hechos que sólo se hubiesen dado en España. Cita luego la de Cánovas del Castillo, que veía en nuestra pobreza y en la desproporción de nuestros recursos naturales con las grandes empresas acometidas por los Austrias, la causa de la caída del Imperio español, y por último expone la suya, según la cual, no á nuestra pobreza ni á defectos del pueblo español, del que hace un caluroso elogio, sino á la falta de buenos administradores y gobernantes y al error de la política internacional, se debió el ocaso de nuestra grandeza. «La verdadera culpa estuvo en el abandono de toda idea racional de Gobierno desde la muerte de la Reina Católica y del Cardenal Cisneros en adelante», dice el Sr. Silvela; «la dificultad no ha estado nunca en gobernar á los españoles; lo arriesgado y difícil por todo extremo ha sido siempre el gobernar y el administrar con españoles». En estas dos frases se resume y compendia la teoría del Sr. Silvela, que expuesta por quien ha sido y ha de volver á ser, según todas las probabilidades, un gobernante, y ha podido experimentar, por tanto, en cabeza propia cuán general y arraigada es la propensión á achacar

todos los males públicos á los que ejercen el Gobierno, presenta caracteres de abnegación y desinterés raros, aun en este linaje de juicios históricos. Pocos son, sin duda, capaces de llegar á ese objetivismo en que se coloca el Sr. Silvela, pues tan general y explicable como la inclinación del vulgo á inculpar á los que mandan de todo mal suceso, es por parte del gobernante, que tropieza á cada paso con las *impurezas de la realidad*, con las resistencias y los rozamientos con que la masa social entorpece y detiene la marcha de la máquina política, la tendencia á explicar por los defectos de la colectividad los contratiempos y los fracasos, siendo cosa común y que fácilmente se explica, que en el estudio de la historia experimente el hombre de Estado esa misma tendencia, á que le inclinan su propia experiencia, su disposición de ánimo y su punto de vista de gobernante.

Dejando esto aparte, el por qué de la historia es un enigma, y todas las explicaciones que se dan de las elevaciones y caídas de los pueblos no son, al cabo, más que hipótesis. Nadie puede medir la parte que la Providencia ó el azar han tenido en los sucesos humanos, y el examen de ellos apenas puede ofrecernos más que una representación exacta ó aproximada de lo que sucedió, no de las causas por virtud de las cuales sucedieron así las cosas. Claro es que entre aquellas hipótesis las hay más verosímiles y probables que otras; mas como en esta esfera la experimentación no es posible, no puede saberse qué consecuencias hubiesen resultado á seguir otros derroteros los pueblos y alterarse el cauce de los hechos. Los ejemplos no son concluyentes, porque el caso de cada pueblo y de cada época tiene mucho de individual; es, en cierto sentido, único.

No desmerecen por eso tales juicios históricos, ni su falibilidad é incertidumbre es defecto de que ellos solos adolezcan. Siguen la ley general de los conocimientos humanos cuando se remontan á la región de las causas. Las más elevadas especulaciones andan bordeando la región de la hipótesis ó están de lleno dentro de ella, y puede decirse que el conocimiento, en

cuanto se aparta del fenómeno concreto y singular, hacia la hipótesis camina, y tanto más se acerca á ella, cuanto más se aleja de lo puramente fenomenal y sensible. Esa misma vaguedad é inseguridad de la filosofía de la historia y aun de la misma historia filosófica, hace más atractivas las investigaciones y meditaciones acerca de estas materias, pues parece que el espíritu se complace en perseguir aquellos objetos que no se le rinden y entregan fácilmente, sino que conservan algo inasequible y no revelan la última palabra de su enigma, ni abren de par en par las puertas de su *jardín secreto*.

Mas necesariamente hay que admitir en estas materias una gran libertad de opiniones. Casi todas las interpretaciones de los fenómenos históricos encierran alguna parte de verdad, aunque sean atisbos parciales de las cosas y de sus causas; y con frecuencia pueden conciliarse unas y otras, pues siendo los hechos sociales complejos en extremo, obedecen siempre á diferentes causas, próximas y remotas, sin perjuicio de que entre ellas sobresalga alguna y tape con su principal influencia otras influencias causales más menudas y menos visibles, pero también eficaces y positivas.

En mi modesta opinión, la teoría del Sr. Cánovas, poco grata al amor propio nacional, de la desproporción entre nuestras fuerzas y las empresas que acometimos, está conforme con lo que declaran y hasta pregonan á voces los hechos. Mil particularidades, mil fenómenos de la vida privada y pública de los españoles en los siglos XVI y XVII, la literatura, las opiniones de los contemporáneos, la confirman.

Mas esto no quita el que sea ciertísimo que no tuvimos un Sully, un Richelieu ni un Colbert, como dice el Sr. Silvela, y que el mal gobierno, y sobre todo la mala administración y el error de la política internacional, fuesen también causa importante de nuestra caída y la hiciesen más rápida é inevitable.

Por último, tienen estas interpretaciones de la historia aspectos diferentes, y no sólo encierran un valor científico de

aproximaciones á la verdad, sino también un valor artístico y un valor ético. La teoría del Sr. Silvela es de las más propias para levantar el espíritu colectivo, porque á los pueblos les conviene al cabo creer, sea ó no cierto, que sus males se deben á causas accidentales y no á vicios y flaquezas inherentes á su condición. En el patriotismo entra por mucho la fe, que en todas las esferas es una fuerza...

El discurso de contestación del Sr. Asensio se limita á hacer el elogio del nuevo académico, y á señalar la importancia del tema tratado por el Sr. Silvela.

\*  
\* \*

En la Academia de Bellas Artes de San Fernando se verificó, el 24 de Noviembre último, la recepción de 'D. José de Cárdenas. Publicista muy conocido, director de periódicos y revistas, alto funcionario en importantes cargos de la administración activa y consultiva, considerado hace tiempo como *ministrable* entre sus amigos políticos, el Sr. Cárdenas entra en la Academia de Bellas Artes precedido de una reputación de cultura que justifica su elección.

Su discurso versa sobre *Las Bellas Artes en los presupuestos del Estado*. En este tema, árido al parecer, ha sabido hallar el Sr. Cárdenas materia para una disertación interesante, y un estudio muy útil que abarca desde los primeros presupuestos del sistema constitucional hasta el de 1845, en que se transforma el régimen y la manera de ser de la Hacienda. Si el Sr. Cárdenas completa su trabajo hasta los días contemporáneos, como promete en el discurso, formará una monografía notable que deberán consultar cuantos quieran orientarse en un asunto que no es baladí ni de mera curiosidad, pues representa el auxilio y consideración que han merecido las Bellas Artes al Estado, desde que existe en España el régimen representativo. En las cifras del presupuesto se refleja el concepto que tiene el Estado de la importancia de las actividades

humanas, y la dotación asignada á las funciones tutelares de aquél dice mucho, y es un dato por demás expresivo. Al cabo, aunque las Bellas Artes no sean cosa que pueda producir artificialmente el Estado con cierta dosis de protección, algo influye ésta, pues no hay actividad humana, por sublime y elevada que sea, que no se relacione con la vida económica y no necesite de ella. Si es verdad que *no sólo* de pan vive el hombre, ya implícitamente se dice que de pan vive, aunque el pan por sí solo no le baste.

El discurso del Sr. Cárdenas abunda en noticias curiosas y en juicios atinados. El elogio que hace el nuevo académico de su antecesor el Sr. Tubino es detenido é imparcial, con rasgos, en algunos pasajes, de verdadera semblanza. La contestación de D. Amós Salvador trata principalmente de la libertad y la protección en las Bellas Artes.

\*  
\* \*

Algo tardío tiene que ser el recuerdo que consagremos en esta *Crónica* á Pí y Margall, con cuya muerte desaparece uno de los mejores prosistas en lengua castellana, acaso el que mejor supo en su tiempo y entre los escritores políticos, conservar la tradición castiza sin caer en arcaísmos ni en amaneramientos. La actualidad devora tan rápidamente los sucesos, que los convierte en flores de un día; y ya la desaparición de Pí y Margall, siendo de ayer, parece cosa lejana.

El sello especial de su personalidad era la unidad del carácter. Ni en su pensamiento ni en su estilo se observan apenas variaciones. La consecuencia política que le dió esa aureola de firmeza, más preciosa que nunca en épocas de mudanzas, de vacilaciones y de incertidumbres, tiene su complemento en la consecuencia filosófica y hasta en la consecuencia literaria. Comparando sus últimos escritos con los de su juventud, no se advierten los cambios de gusto y de *manera*, frecuentes tan en los escritores que han escrito mucho.



Pí y Margall, tan avanzado en política, en religión, en filosofía, era en literatura un clásico, aunque él no profesase teóricamente el clasicismo. Escribía en un castellano limpio, sencillo, transparente, más cercano á la prosa del siglo de oro que á la prosa moderna. Propendía á las formas antiguas como el diálogo, poco usado ahora y que él empleó frecuentemente con facilidad y elegancia. Expresaba con hermosa y fría diafanidad un pensamiento regular, arquitectónico como las construcciones del arte clásico. En esto se reflejaba también la unidad de su carácter y de su personalidad espiritual. ¡El bello ejemplo de una vida armoniosa, guiada por conceptos, alejada de flaquezas y pasiones, que dió, hace de él un tipo antiguo, de ciudadano griego ó romano de los buenos tiempos, que cultiva y practica una serena filosofía cercana al estoicismo. Entre las muchas obras que escribió en su labor literaria de más de cincuenta años, los *Estudios sobre la Edad Media* (sacados de la *Historia de la Pintura*), *La reacción y la Revolución*, el estudio sobre el P. Mariana, *Las luchas de nuestros días* y *Las nacionalidades*, son acaso las que contienen sus mejores páginas literarias, aunque algunos de estos estudios, como los relativos á la Edad Media, no respondiesen ya á los adelantos de las ciencias históricas. Entre los últimos escritos que dió á la estampa, los Diálogos entre Guatimozin y Cortés y sobre las Bellas Artes, conservan también la armoniosa serenidad y sencillez del estilo que tanto avalora las producciones de Pí y Margall y tanto las distingue del hueco verbalismo que han introducido las modernas modas literarias, tan propicias á disimular la escasez de pensamiento.

El recuerdo de Pí y Margall nos lleva hacia el de otro gran escritor y otra gran figura histórica de su tiempo: Cánovas. *Los dioses se van...* Poco á poco van desapareciendo, sin dejar sucesores conocidos, las grandes figuras de aquella generación: Cánovas, Castelar, Pí y Margall, Campoamor... Acerca de Cánovas se han publicado recientemente tres libros que mencionaré antes de poner punto á esta crónica. Uno es la copiosa

compilación de lo escrito y publicado en la Prensa nacional y extranjera con motivo de su muerte, que ha formado con laboriosidad digna de elogio el hermano del autor de *El solitario y su tiempo*, D. Emilio Cánovas del Castillo, obra de 600 páginas en folio, que constituye uno de los mayores homenajes que han podido dedicarse á un hombre ilustre, y en la cual se incluyen diversos trabajos que aparecieron en LA ESPAÑA MODERNA. Los otros dos libros á que me refiero son los estudios sobre la significación de Cánovas en el Derecho y la Sociología y su influencia en la historia de la legislación española, de los Sres. Pons y Umbert y Lara y Pedrajas, premiados en el concurso de la Academia de Jurisprudencia con el premio el primero de ellos y con el *accessit* el segundo (1). Ambas obras revelan mucho estudio del asunto y detenida lectura de los libros y discursos de Cánovas, y representan dos valiosas *contribuciones* ó aportaciones de noticias y juicios para la biografía definitiva y completa de aquel gran hombre. Los defectos que podrían señalarse en estas obras, más que de los autores, dependen del sistema de concursos con temas muy precisos y determinados, concursos que son una incubación de obras artificiales, hechas sobre patrón obligatorio y con pie forzado, y coartan la espontaneidad del escritor, obligándole, con el aliciente del premio, á *improvisar* en algunos meses el estudio de una materia. Con los concursos sucede lo que con el régimen de oposiciones, usado en España como *mal menor*, pero mal al fin, y es cien veces preferible el sistema que practican las Academias francesas, de dedicar los premios de que disponen á recompensar los mejores libros publicados durante el año, ó durante el período que se fija, sin distinción de asuntos ni señalamiento de pautas.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

---

(1) *Cánovas del Castillo*, por Adolfo Pons y Umbert. — Madrid, 1901; 625 páginas en 4.º; precio, 6 pesetas.

D. *Antonio Cánovas del Castillo*. Estudio crítico por D. Antonio de Lara y Pedrajas.—Madrid, 1901; 280 páginas en 4.º; precio, 3 pesetas.

# REVISTA DE REVISTAS

---

SUMARIO.—LITERATURA: El telar dramático.—Del simbolismo al clasicismo.—CRIMINOLOGÍA: La enfermedad del crimen.—TEOSOFÍA: El poder del pensamiento.—POLÍTICA: El sufragio universal.—PSICOFÍSICA: Los tics nerviosos.—EDUCACIÓN: Las lenguas vivas y el internacionalismo.—IMPRESIONES Y NOTAS: La parodia y el arte.—Las escuelas militares.—La temperatura del sol.—La cuestión religiosa ¿existe ó no?—Las inyecciones de vaselina.—Ocultismo.

## LITERATURA

EL TELAR DRAMÁTICO (1).—Hay que entenderse ante todo—dice en la *Revue Bleue* Jorge Ancy—sobre la palabra «telar». No hace todavía mucho tiempo, en vida de Sarcey y de su código, el término había tomado una significación precisa, cabalística, de la que nada podía desviarlo, á semejanza de un dios hierático, fuera del cual no había salvación. Desgraciadamente para él era un dios falso, y no era «el telar», sino «el molde dramático», como debía habersele nombrado. Sus leyes, que se presumían divinas, eran simplemente recetas.

Hoy es evidente que aquello era un error y que no es eso «el telar»; y aun es de presumir que «el telar» apenas se define. No hay reglas para hacer una pieza. ¿Trabajaba Molière como Ibsen? En el fondo sólo hay una ley: la que consiste en preparar, sin cesar y por cualquier medio, la gradación de la

---

(1) V. LA ESPAÑA MODERNA de Noviembre anterior.

obra manteniendo el interés de la acción en el espíritu del público. Es difícil y complicado; pero el que sabe hacerlo es autor dramático, y el que no, no lo es. Aristóteles ha formulado esta ley, que, como se ve, no es de ayer, ni menos de hoy, y que se encuentra en toda manifestación vital: todo ser nace, vive y muere; toda historia tiene un principio, un medio y un fin; todo drama debe tener una exposición, una peripecia y un desenlace. A eso se limita, en suma, la dramaturgia del filósofo griego, que algunos encontrarán insuficiente, pero que encierra los puntos esenciales, siendo todos los demás meramente secundarios.

Apurado me veo—dice Jorge de Porto-Riche, tomando parte en la información abierta por la amena revista parisién—para exponer mis ideas sobre el telar dramático. Sin embargo, sí me atrevo á decirlo—añade,—nunca me he propuesto más que un objeto: tratar de crear una cosa perfecta. Y para acercarme á este objeto he escogido cuidadosamente en mi cerebro lo que me parecía encerrar de más artístico, más personal y al mismo tiempo más experimentado, pues no hay pieza buena sin maestría. En cuanto á las demás consideraciones sociales, humanitarias, patrióticas, etc., son de orden inferior cuando se trata de un trabajo que debe ser, ante todo, una obra de arte.

Con esto da por terminada la *Revue Bleue* la información abierta, haciendo después el resumen de la misma. Salvo Mauricio Donnay—dice—que, como poeta, rechaza toda traba para no obedecer más que á su fantasía, los principales autores dramáticos modernos reconocen todos la necesidad de una técnica dramática; pero mientras Emilio Fabre desprende de fórmulas muy precisas una técnica variable, Fernando Vanderm no piensa que deba ser inmutable.

Edmundo Rostand y Alfredo Capus parecen tener ideas algo subversivas: escépticos en lo que toca al arreglo y composición de una pieza, están persuadidos de que el público aplaude, sobre todo en el teatro, más bien escenas aisladas que

el conjunto de una obra; para ellos, la pieza de éxito sería aquella en que la suma de los minutos agradables fuera superior á la de los minutos aburridos. Y no son menos desconcertantes las conclusiones de Juan Julián, para quien el autor dramático debe tener una técnica muy segura y obrar como si no la tuviese.

Curel y Brioux han querido determinar las condiciones del teatro; pero mientras el primero las reduce á tres, variedad de asunto, evolución constante y dirección á las pasiones del espectador antes que á su inteligencia, el segundo ve la gran ley del teatro en la evolución de una voluntad. En cuanto á Hervieu, se ha complacido en diferenciar la fórmula moderna de las anteriores, siendo lástima que Porto-Riche no haya querido indicar lo que da á sus trabajos ese carácter particular que los hace tan originales y sabrosos. Entre tantas opiniones diversas hay, sin embargo, un pensamiento común, que puede sintetizarse en la fórmula arquitectónica de Trelat: «La teoría es impotente para crear una obra de arte, pero permite al artista equilibrar sus concepciones.»

\*  
\* \*

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEU BARCELONÉS DEL

DEL SIMBOLISMO AL CLASICISMO.—Juan Moreas es uno de los jóvenes más dignos de consideración y de estudio, sea ó no reconocido su valor, dice en *La Rassegna internazionale della Letteratura e dell Arte* Sansot Orland. En ningún poeta se reflejan mejor las fases diversas de la poesía francesa en el último cuarto de siglo.

Apareció Moreas en los comienzos de aquel período turbulento en el que parecía que iba á empeñarse por un momento la cualidad primordial del genio francés: la claridad. Entonces, con el arrogante título de *El Decadente*, vió la luz un periódico, en el que colaboraban Verlaine, Tailhade, Du Plessys, Reynaud y otros, y un hálito de locura cruzaba por aquellos cerebros, algunos de los cuales todavía sienten los efectos.

Juan Moreas fue uno de los primeros en el movimiento simbolista. De Grecia, su patria, había venido hacia poco á París. Su primer volumen, *Las Sirtes* (1884), no dejaba traslucir en nada su origen helénico; la armonía, la luz y la serenidad eran cuidadosamente abandonadas para dejar el campo á todas las extravagancias en boga. Impreso en pocos ejemplares, el éxito del libro no pasó de la orilla izquierda parisién del Sena. Algunos años después las *Cantilenas*, mejor lanzadas, le valieron el favor de la crítica; recordaban á Verlaine y á Mallarmé, pero contenían bastantes investigaciones de pensamiento y de técnica, que le daban gran valor de originalidad.

Tras esta obra, Moreas se cansó de los misterios simbólicos, y buscando una nueva fórmula, fundó la «escuela romana», basada, según Remy de Gourmont, en imitar á los griegos de la Antología á través de Ronsard, arrebatando á Ronsard el secreto de su frase laboriosa, de sus epítetos y de su ritmo enfermizo. *El Peregrino apasionado*, editado por Vanier en 1891, fue el breviario de la nueva escuela: églogas perfumadas, madrigales floridos y alegorías en honor de las «dulces damas». A pesar del valor real de Moreas y de sus discípulos, la *escuela romana* ha dado en los diez años que lleva de existencia pocas muestras de gran vitalidad.

Juan Moreas no se ha detenido aquí, y las *Estancias* demuestran que si el autor de *El Peregrino* estaba enamorado de las gracias de Ronsard, ahora se interna de llenó en las vías luminosas de la poesía clásica, sintiéndose en *Estancias* aquella serena gravedad, cercana á la tristeza, que es uno de los caracteres esenciales del tipo griego. Juan Moreas ha entrado al fin en la plena posesión de sí mismo, mostrándose tal cual es, sin trasposiciones ni artificios, griego por nacimiento y francés al mismo tiempo por adoración.

El mayor número de los trozos que componen sus *Estancias* derivan en derecho de la Antología y de los más puristas franceses, como Malherbe, Racine y Chenier, pudiéndose alabar con razón de haber logrado la renovación de la tradi-

ción clásica, que ya en 1892 se jactaba de estar preparando. ¡Cuán lejos estamos en estas *Estancias* de los antiguos preciosismos, de las evocaciones pedantes, de las disciplinas refinadas, de las alteraciones rebuscadas y de truncamiento del ritmo! Ahora son versos regulares, líneas clásicas, sencillez, concisión, claridad. Citemos como muestra:

Ne dites pas: «la vie est un joyeux festin»;  
 Ou c'est d'un esprit sot ou c'est d'une âme basse.  
 Surtout ne dites point: «elle est malheur sans fin»;  
 C'est d'un mauvais courage et qui trop tôt se lasse.  
 Riez comme au printemps s'agitent les rameaux,  
 Pleurez comme la bise ou le flot sur la grève;  
 Goûtez tous les plaisirs et souffrez tous les maux  
 Et dites: «c'est beaucoup, et c'est l'ombre d'un rêve» (1).

¡Qué noble gracia y qué límpida profundidad en estas meditaciones tan concisas y tan amplias al mismo tiempo! ¿Qué podemos deducir de las sucesivas evoluciones de Juan Moreas? Las *Sirtes*, las *Cantilenas* y *El Peregrino apasionado*, no pueden estimarse sino como excelentes ejercicios de retórica que muestran el estudio serio de nuestros antiguos clásicos; pero las *Estancias* son el maduro y jugoso fruto de una naturaleza poética, fortificada por una cultura que falta á muchos otros poetas.

## CRIMINOLOGIA

LA ENFERMEDAD DEL CRIMEN.—El crimen—dice en la *Revue Bleue* Luis Albanel—es una enfermedad social que, como el alcoholismo y la tuberculosis, espanta con razón á la opinión

---

(1) No digais: «la vida es un alegre festín»; eso es propio de un tonto ó de un alma baja. Sobre todo, no digais: «es una desgracia sin fin»; eso es de un cobarde que se cansa demasiado pronto.—Reid como en la primavera se agitan las ramas; llorad como el cierzo, ó como la ola sobre la arena; gustad todos los placeres y sufrid todos los males, y decid: «es mucho, y es la sombra de un sueño».

y provoca irresistible repulsión, sobre todo tratándose de los crímenes de *sangre*. Grandes naciones como Rusia, Italia, Bélgica, Suiza, etc., han borrado la pena de muerte de sus Códigos, sin que la estadística demuestre que la criminalidad haya por eso aumentado. Hay, pues, que preguntarse si el mal puede combatirse de otro modo, y si no debe ser objeto de una medicación preventiva, más en relación con el actual estado social y con los nuevos datos de la ciencia.

Ultimamente se reunía en Amsterdam el quinto Congreso de Antropología criminal, y se trataba de determinar en qué medida debe la sociedad pedir cuenta al criminal del acto cometido, y si los sistemas represivos aplicados hasta el día están conformes con los nuevos datos de la ciencia antropológica.

Hoy se afirma, en efecto, científicamente, que el crimen no es más que «*un fenómeno natural* más ó menos nocivo, y más ó menos patológico». Tal es la opinión del eminente Enrique Ferri; en cuanto á su maestro, Lombroso nos muestra en el *criminal nato* un sér anormal, de tal modo predispuesto al crimen, que será casi siempre imposible apartarle del mal camino. Esta teoría determinista podrá parecer excesiva; pero es una verdad, si se aplica á una categoría de individuos respecto á los cuales han establecido los antropólogos un diagnóstico cierto.

Hay seres, sin embargo, que no traen al nacer ninguno de esos estigmas fisiológicos ó psicológicos que los hacen clasificar en seguida entre los degenerados hereditarios, y que en el transcurso de su existencia, por una enfermedad, un traumatismo ó un vicio contraído, se convierten en seres anormales. Enrique Ferri hace, al efecto, una ingeniosa clasificación; llama *anormales involutivos* á «los que, con tendencias atávicas, egoístas y salvajes, cometen crímenes violentos sin ningún provecho posible»; y *anormales evolutivos*, á «los que son refractarios á la sociedad actual, pero por tendencias progresivas y altruistas, y que extraviados, pueden exteriorizar estas tendencias, útiles en el fondo, por actos nocivos, violentos ó



fraudulentos». Partiendo de esta anormalidad del criminal, Ferri predica la necesidad de utilizar sus energías, canalizándolas en formas menos perjudiciales ó más favorables á la colectividad; es el sistema de la *simbiosis del crimen*.

Dejando á un lado la idea de venganza social, ¿no debe aplicarse, en ciertos casos por lo menos, en lugar de una pena brutal, una verdadera medicación represiva, destinada á salvar los derechos de la colectividad y á preservar de una recaída al criminal? Es la teoría de la *sentencia indeterminada*, que prescribe la segregación durante tiempo no determinado de antemano, del individuo nocivo. Para los individuos que no pueden vivir en el medio social, ¿acabará con su maleficencia un encarcelamiento de duración fija?

Evidente es que hay que encontrar otro medio de coerción que la prisión celular, que adormece las energías criminales, hasta el día en que la vida libre las hace renacer. Para esto no basta cambiar la ley, siendo preciso modificar el papel del juez, y hasta su espíritu, mediante la enseñanza de la sociología y de la antropología criminal.

Otra reforma que se impone en seguida es la especialización absoluta de los magistrados; unos deberán juzgar los procesos civiles que sólo afectan á intereses privados; otros recibirán la misión de reprimir los actos criminales de todos órdenes. Y aun entre éstos, debiera establecerse una distinción: el órgano del ministerio público no debe llegar á convertirse por ascenso en juez; son funciones diversas que no deben confiarse á un mismo hombre.

El magistrado que juzga al criminal debe estar dotado de una psicología especial. En otros países se ha comprendido así, separando la justicia civil de la criminal. Para funciones especiales se requieren hombres especiales. Por otra parte, elegido un juez, se impone una selección. Es, en efecto, indiscutible que entre los individuos perseguidos como criminales existe gran número de degenerados y desequilibrados al lado de dementes propiamente dichos. Esos individuos, más ó me-

nos responsables de sus actos, entran en el dominio de la psiquiatría. Esos deben ser enviados, después de un examen por médicos preparados al efecto, á un establecimiento donde puedan transformarse intelectual y moralmente.

En cuanto á los voluntarios del crimen, esos son antisociales contra quienes la sociedad debe adoptar medidas rigurosas. Los ocasionales del crimen, que han faltado á la ley porque les ha empujado una circunstancia fortuítá, esos podrán rescatarse. Pero los profesionales, los incorregibles, deben ser tratados tanto más severamente cuanto que no tienen ninguna disculpa. El único remedio es someterlos á la ley del trabajo contra la que se han sublevado, adaptando el modo de represión al estado físico y moral del culpable. Fórmense con los grandes malhechores colonias para los trabajos públicos; pero en cuanto á los vagabundos habituales y á los delincuentes incorregibles, no se piense jamás en hacer de ellos colonos ni desmontadores, porque habría muchos desengaños. Para esos *detritus* sociales la única solución es la casa de trabajo, establecimiento intermedio entre la fábrica y la cárcel, donde se impone el trabajo á los perezosos inveterados.

Pero ¿debe tener el internado en estas casas limitada duración, fijada de antemano en una tarifa penal estrictamente reglamentada? ¿No vale más, como quiere el eminente criminalista holandés Van Hammel, la duración indeterminada, salvo el asegurarse en un momento dado de la inocuidad social del condenado? Pero en ese caso no puede dejarse al arbitrio de un simple director de cárcel el cuidado de juzgar si el individuo internado ha perdido toda su energía criminal; es indispensable organizar una intervención formal para asegurarse del estado moral del individuo, cosa ciertamente difícil, aunque no imposible.

Si la sociedad tiene el derecho de defenderse, tiene también el deber de preservarse de la invasión de la enfermedad criminal, que es un peligro constante, y es muy natural emplear ante todo los medios profilácticos, antes de usar los re-

medios terapéuticos. Para ello hay ante todo que preservar á la juventud, donde se recluta el ejército del crimen, creando una serie de medidas preventivas contra el aprendizaje del crimen: el patronato de la familia, cuando ésta es buena y sólo necesita ayuda en su misión educadora; la colocación familiar fuera, cuando los padres son malos; el internado en casas de educación especiales para los indisciplinados, con gradaciones, según el estado moral del niño y, en fin, la casa médica-pedagógica para la transformación de los anormales y los degenerados.

Para el adulto será preciso establecer casas de trabajo, combatiendo las causas sociales del crimen, mejorando la situación higiénica, moral y económica de las clases laboriosas, marchando progresiva y seguramente hacia una organización social más justa y más humanitaria. El crimen no desaparecerá bruscamente, pero disminuirá en intensidad si se recurre para combatirlo á un método racional basado en las ideas de la preservación y de la regeneración, por cuyo camino importa que entren los legisladores.

### TEOSOFIA

EL PODER DEL PENSAMIENTO.—Para fortalecer el poder del pensamiento—dice Annie Besant en *Sophia*,—no hay mejor medio que la práctica firme y persistente. El desarrollo resulta del ejercicio; un cuerpo mental constantemente ejercitado crece, sean buenos ó malos los pensamientos en que se ejercite. Las células de la materia gris del cerebro se multiplican á medida que el cerebro se ejercita pensando; análisis hechos *post mortem* han demostrado que el cerebro del pensador no sólo es más grande y más pesado que el del patán, sino que tiene mayor número de circunvoluciones, con gran aumento de la materia gris, instrumento físico inmediato del pensamiento.

Para que pueda surtir todo su efecto la práctica del pensar debe ser metódica. Debe leerse lentamente una sentencia y luego pensar con intensidad y firmeza en lo leído; es una buena regla pensar dos veces mientras se lee, pues el objeto de leer no es simplemente adquirir nuevas ideas, sino fortalecer las facultades pensantes; si es posible debe dedicarse media hora á esta práctica, aunque el estudiante puede empezar por un cuarto de hora para que no le resulte tan fatigoso el fijar la atención. El que haga esto durante unos meses adquirirá la conciencia del desarrollo de su fuerza mental. Sobre todo, el estudiante debe tener presente que la regularidad en la práctica es condición esencial para el desarrollo; cuando se omite un día de práctica, son necesarios tres ó cuatro para recuperar el perdido. Una vez adquirido el hábito, la regularidad es menos importante.

Se ha dicho, con razón, que la gente se avejenta más con la cavilación que con el trabajo; el trabajo, á menos de ser excesivo, no sólo no perjudica al aparato del pensamiento, sino que lo fortalece; pero el proceso mental conocido con el nombre de *cavilación* lo perjudica, produciendo un agotamiento nervioso y una irritabilidad que hace imposible un trabajo mental firme. La cavilación consiste en la repetición de la misma serie de pensamientos una y otra vez con pequeñas variantes, sin llegar á resultado alguno y sin siquiera pensar en obtener un resultado; es la continua reproducción de formas de pensamientos iniciados por el cuerpo mental y el cerebro, no por la conciencia, é impuesta á ésta por aquélla. El pensador se fija en un asunto penoso y trata de llegar á una conclusión directa y útil; fracasa en ello, pero deseando encontrar una solución, cavila inútilmente.

Este automatismo del cuerpo mental y del cerebro, esta tendencia á repetir vibraciones ya producidas, puede usarse para corregir la inútil repetición de pensamientos perturbadores. Cuando una corriente de pensamiento ha hecho un canal, nuevas corrientes tienden á fluir por el mismo curso, siendo

esta la línea de menor resistencia. Quizá el medio mejor para deshacerse de un «conducto de cavilaciones» sea abrir otro de carácter completamente opuesto; la persona atormentada por la cavilación debe dedicar tres ó cuatro minutos cada mañana al levantarse á un pensamiento noble y alentador; meditando así la paz le envolverá como en su atmósfera natural, y al hacer esto uno y otro día el pensamiento abrirá nuevos conductos en el cuerpo mental. Otro medio consiste en educar la mente en el descanso de la Buena Ley, estableciendo una costumbre de contento; hasta cuando se prevé un dolor ó un disgusto se hará bien en hacerle frente con tranquilidad, conformándose con él; la mayor parte del aguijónazo pierde su fuerza cuando prestamos nuestra conformidad á la ley; todo sufrimiento, sea el que quiera, obra para nuestra dicha final, y su función es sólo romper los lazos que nos mantienen atados á la girante rueda de los nacimientos y las muertes.

Tanta fuerza puede obtenerse aprendiendo á pensar como aprendiendo á dejar de pensar, á voluntad; este aprendizaje es una adquisición de mayor valor que aquélla; así como los miembros fatigados recobran energías gozando en el reposo, así también la mente cansada encuentra alivio en el reposo completo. Dejar de pensar es quizá más difícil que pensar, y debe practicarse por períodos muy breves hasta que se adquiere el hábito, porque al principio cuesta gran trabajo sostener la mente quieta.

Otro modo de dar reposo al cuerpo mental y al cerebro mucho más fácil que la cesación de pensar, consiste en cambiar de pensamiento; Gladstone debió á este procedimiento la frescura de su mente, pues aunque se dedicaba principalmente á la política, se distraía con el griego y la teología. Darwin, en cambio, se lamentaba en su vejez de haber dejado atrofiar su pensamiento por falta de uso de todas las facultades que no se referían á su trabajo especial, no teniendo para él atractivo ninguno la literatura ni el arte. El hombre necesita cambio de ejercicio en el pensamiento como en el cuerpo, porque

de otro modo puede sufrir el calambre mental como algunos sufren el calambre de escribir.

Para asegurar la paz de la mente no hay nada como reconocer y comprender nuestro lugar en el Universo. Somos parte de una gran Vida, que no conoce fracaso alguno, ni pérdida alguna de esfuerzo ni de fuerza; la noción de que nuestra vida es una unidad separada, independiente, que combate por sí misma contra innumerables unidades separadas é independientes, es una ilusión de las más perturbadoras, de la que provienen todas nuestras desdichas. La paz no se encuentra en los constantes esfuerzos para satisfacer algo separado, aun cuando la satisfacción sea de clase superior; se encuentra renunciando á ese yo aislado, apoyándose en el Yo que es *uno*, y que se manifiesta en nuestro estado lo mismo que en cualquier otro, y en todos está contento.

Lo más valioso de todo lo que consigue el que trabaja por el poder del pensamiento consiste en la facultad de ayudar á los demás, facultad que debe ejercitar en los momentos más propicios y que obra con evidente éxito cuando se ejercita en las condiciones requeridas. Y no se trata aquí de sugestión, ni de secuestro de otra voluntad por la nuestra; sino de la acción natural de un buen pensamiento. La ayuda por medio de la oración es de esta clase, siendo debido su éxito á la concentración é intensidad con que el creyente piadoso reza y ora.

Y todo esto que puede hacerse por los vivos, puede hacerse con más facilidad por los llamados «muertos». La reconstrucción del cuerpo astral, que sigue inmediatamente á la pérdida del cuerpo físico, tiende á encerrar dentro las energías mentales para impedir su expresión externa. La materia astral, si no es perturbada por actos de los que quedan en la tierra, forma una coraza aisladora en lugar de un instrumento plástico, y mientras más pura y elevada haya sido la vida que ha terminado, tanto más completa es la barrera entre las impresiones de fuera y las sugestionés de dentro. Pero la persona que así es refrenada en la expansión externa de sus energías, es mucho

más receptiva de las influencias del mundo mental, y por tanto, puede ser auxiliada, consolada y aconsejada de un modo mucho más eficaz que cuando estaba en la tierra. Por eso todos los que se van deben ser seguidos por pensamientos de paz y de amor; muchos permanecen en el estado intermedio más tiempo del que estarían en otro caso, por no tener amigos que sepan cómo ayudarles del lado de acá de la muerte. Los ocultistas que fundaron las grandes religiones no descuidaron estos servicios: así los hindos tienen su *shraddha*, los cristianos sus misas y oraciones por los muertos. Sólo las sectas protestantes han perdido esta feliz costumbre, como otras muchas cosas que pertenecen á la vida superior del cristiano.

Nuestra actividad de pensar no debe, por otra parte, limitarse á las horas que empleamos dentro del cuerpo físico, pues puede trabajarse con el pensamiento más eficazmente durante el sueño, dando así la razón al proverbio de que la noche es buena consejera y á la costumbre de «consultar con la almohada» las cosas graves. Para ello debe evitarse el discutir consigo mismo al dormirse, pues esto ahuyenta el sueño y fatiga; basta tener tranquilamente en el pensamiento el asunto de que se trata; la solución suele encontrarse al despertar, y conviene apuntarla en el acto para que no se borre de la mente. Y lo que se hace consigo mismo, puede hacerse con los demás ayudándolos durante el sueño eficazmente. Y claro es que si se combinan durante la vigilia ó el sueño muchos pensamientos con el mismo objeto, su fuerza será mucho mayor y su eficacia más decisiva.

## POLITICA

EL SUFRAGIO UNIVERSAL.—La acreditada Revista de París *La Revue*, ha abierto una información, en la que han tomado parte los más ilustres políticos belgas, acerca de la conveniencia de establecer ó no en Bélgica el sufragio universal, refor-

ma que trata de implantarse en aquella nación, y que si en todos tiempos y lugares es de suma trascendencia, lo es hoy allí de excepcional importancia por tratarse de un país de población densísima, donde la lucha política es de incalculables consecuencias por la rivalidad de liberales y católicos, de la raza flamenca y la walona, y por los enormes progresos que allí ha hecho el socialismo, con sus masas obreras perfectamente organizadas. La información, aunque tiene por especial objeto á Bélgica, tiene aplicación en todas partes, por ser este problema del sufragio universal asunto que interesa, por su fondo y por sus derivaciones, á cuantos se preocupan por las cuestiones políticas y sociológicas.

El sufragio universal—dice Wœste, jefe del partido católico y exministro de Instrucción pública—no puede defenderse en principio: viene á parar á entregar el gobierno de un país á la fuerza del número, cuando la razón enseña que la gestión de los negocios públicos requiere condiciones de capacidad, moralidad y adhesión al orden; puede, excepcionalmente, no tener inconvenientes; pero, en general, como instrumento de gobierno no vale nada; es fácil juguete de los políticos, da salida á todas las ambiciones, y puede llegar á sacrificar á uno solo de los intereses del país todos los demás.

El derecho de voto—dice otro jefe del mismo partido, Beernaert, varias veces Ministro—no es verdaderamente universal en ninguna parte; es un deber más que un derecho, y debe subordinarse á ciertas condiciones. Todo ciudadano debe tomar alguna parte en el Gobierno, pero es justo que esta parte no sea la misma para todos; el ciudadano casado y padre de familia ocupa en la sociedad más lugar que el soltero; su voto debe pesar más en la balanza electoral, como debe también concederse un suplemento de peso al saber y al capital, democráticamente entendidos. Tal es la base del sufragio plural actual, que asegura un régimen electoral honrado y racional y que no debe cambiarse.

Caston de Wiart, diputado y director del *Durendal*, invoca



la opinión de Taine (el derecho de sufragio no es un fin, sino un medio, por lo cual no sólo deben contarse, sino que hay que pesar los votos) y dice que el sufragio universal, aparte de su empirismo, adolece de tres vicios capitales: el sistema mayoritario, el escrutinio uninominal y el abstencionismo. El sistema belga actual es muy superior á éste, con su voto obligatorio, secreto, universal y plural y su representación proporcional, fórmulas todas nuevas, racionales y progresivas, aunque no sean perfectas. La representación proporcional tiene probabilidades de vivir largo tiempo; el voto obligatorio no debe ser derrotado tan pronto; y en cuanto al voto plural, es posible que se modifique. El doble voto del padre de familia no desaparecerá sino para ceder su puesto al voto de la mujer; el principio del doble y triple voto del ciudadano instruído es más precario; el voto plural del propietario es fruto de una transacción, y las transacciones no son eternas. Si los socialistas tienen el fetichismo del sufragio universal, los liberales, digan lo que quieran, lo temen, porque son las víctimas destinadas por el sufragio á ser inmoladas al socialismo. Una revisión constitucional es, por otra parte, satisfacción harto platónica para los que sufren enfermedades sociales.

El sufragio universal—dice Smet de Naeyer—sería la ruina del país, siendo explotado por los políticos aduladores de la clase obrera. En Francia, donde todavía los grandes centros industriales están separados por grandes comarcas de labradores, esos centros no han llegado á desempeñar un papel peligroso; pero en Bélgica es muy distinto.

El Ministro de Estado, Lejeune, dice por su parte: «El pueblo, sobre todo en los grandes centros, está minado por el alcoholismo. ¿Cómo queréis que un alcohólico pueda votar con conocimiento de causa, ni dar á su voto el valor del de un hombre sobrio? Es verdad que los socialistas luchan contra el alcoholismo; pero esa lucha no debe tener por consecuencia la abolición de la propiedad individual, como sueñan esos señores.

Soy partidario convencido—dice Pablo Janson, jefe del partido progresista—del establecimiento del sufragio universal, puro y simple. Y añado «puro y simple», porque tenemos un sufragio universal adulterado por el privilegio del voto plural; todos los ciudadanos de veinticinco años votan, pero mientras que unos no tienen más que un voto, otros tienen dos, y otros tres. El sufragio universal, puro y simple, con el secreto del voto y la representación proporcional, constituirá un sistema electoral equitativo y justo.

Soy partidario del sufragio universal—dice el senador Edmundo Picard—porque soy hombre de mi tiempo, por más que los efectos de la universalidad del sufragio no siempre son brillantes, como se ve en Francia, donde, al lado de algunos éxitos verdaderamente notables, se han realizado algunas notabilísimas colecciones históricas de medianías, y sobre todo de cerebros sectarios, dogmáticos, jacobinizantes.

El artículo 25 de la Constitución declara que «todos los poderes emanan de la nación»; y siendo la nación la reunión de todos los individuos que la componen, en cada uno de ellos reside una parte de soberanía, y por consiguiente—dice Vanderbelde, jefe del partido socialista,—á los adversarios del sufragio universal corresponde justificar las restricciones que ponen al principio fundamental de la Constitución. La más importante y característica de estas restricciones es la del voto plural. Se invoca en su apoyo la necesidad de tomar precauciones «contra la fuerza ciega del número»; pero ¿quién no ve que, como decía Luis Blanc, los hombres escogidos tienen, en realidad, tantos votos cuantos pueden ganar, por sus palabras ó por sus escritos, á la causa que defienden? Soy adversario en principio—añade—del voto plural, y lo soy tanto más cuanto que prácticamente engendra fraudes sin número y asegura á los electores del campo, que suelen ser clericales y reaccionarios, una preponderancia electoral tan artificial como injustificable. No me entusiasma el funcionamiento del sufragio universal en Francia; pero ninguno de los demócratas y so-

cialistas franceses nos envidia el barroco sistema del voto plural, dándose todos cuenta de que si el derecho de sufragio no siempre es un instrumento eficaz en manos todavía inexper-tas, es en todo caso un medio poderoso de educación política, y una meta necesaria de la evolución de los comités modernos.

Tres funciones constantes—dice el Rector de la Universidad libre de Bruselas, de Greef—concurren en toda sociedad á la manifestación de la voluntad colectiva: la representativa, la deliberativa y la ejecutiva. El ideal político que toda sociedad progresiva tiende á realizar consiste en el sistema más exacto de representación, deliberación y ejecución, constituyendo el parlamentarismo la realización más ó menos feliz de ese género. Pero este sistema pertenece ya al pasado: nuestros Parlamentos no son ya la fotografía de los grandes intereses sociales, y el imperialismo tiende en todas partes, hasta en Bélgica, á fortificarse á expensas de la democracia. El mismo sufragio universal sería impotente para luchar con el imperialismo, si no se organiza científicamente conforme á las necesidades modernas: los centros superiores de representación deben completarse con representaciones regionales y profesionales, yendo así el sistema desde el simple consejo de fábrica ó comicio agrícola local, pasando por organismos cada vez más elevados, hasta el órgano central de la representación nacional. El número no es todo el derecho, es sólo uno de sus elementos; el sufragio universal se impone en las modernas democracias; pero en ninguna parte las ha dado la representación que las corresponde; adulterado y sofisticado por el voto plural, su adopción en Bélgica es asunto de años. Puesto que el parlamentarismo está ya condenado en todas partes, lo mejor sería una reconstitución científica del régimen representativo.

Sería partidario del sufragio universal—dice Mauricio Wilmote, director de la *Revue de Belgique*—si fuese una realidad; pero ya el voto plural ha sido una concesión demasiado pronta, siendo antes preciso instruir y educar al cuerpo elec-

toral *moralmente* limitando la acción del clero, *intelectualmente* haciendo obligatoria la escuela laica y democratizando los Institutos y las Universidades, y *físicamente* votando una legislación protectora del trabajo, medidas draconianas contra el alcoholismo, y una reforma del impuesto que hiera á los grandes rentistas, á las colectividades, á los valores moviliarios y á las herencias, exonerando los productos de consumo y los pequeños capitales. Los partidarios del sufragio universal sostienen que él nos dará estas reformas; pero eso es lo que hay que demostrar: la voluntad despótica de un hombre ha hecho en Alemania más que todos los discursos de los políticos del sufragio universal en Francia.

### PSICO-FISICA

LOS TICS NERVIOSOS.—¿Os acordais haber visto—dice Enrique Charriaut en la *Nouvelle Revue Internationale*—aquella buena señora que en *El revisor de los wagones-camas* hace á cada minuto un movimiento de cabeza, como si quisiera decir «¿Venís?», del que surgen aventuras sin cuento y que tanto hace reir al público? Los tics se han explotado mucho en el teatro; pero si allí hacen reir, en la vida real hacen generalmente llorar.

Los Sres. Meige y Feindel, en el último Congreso de médicos alienistas y neurologistas, han presentado un estudio tan interesante como curioso de los tics. En el tic hay que considerar dos elementos: la manifestación motriz propiamente dicha y un estado mental particular, en el que se relacionan las perturbaciones motoras. Charcot mismo deduce de sus estudios que «el tic es una enfermedad sólo material en apariencia», siendo por otra parte «una enfermedad psíquica», producto directo de la vesania. El gesto ó el acto puede originariamente ser voluntario y tener un objetivo; pero en cuanto se hace habitual y se repite fuera de propósito toma el nom-

bre de tic, y el que lo padece es un *gestero*. Meige y Feindel no vacilan en afirmar que los gesteros pertenecen al vasto grupo de los degenerados.

El tic puede definirse como un desequilibrio de las funciones motrices, correspondiente á un desequilibrio psíquico. Los gesteros tienen frecuentemente dones naturales que disimulan fácilmente sus defectos: éstos consisten generalmente en que no tienen voluntad fija; en la escuela de la vida suelen ser novilleros; ligeros y violentos, inconstantes y ávidos de llegar, pertenecen á la clase de los desarreglados; son también emotivos y desequilibrados, y tan pronto temerarios y crédulos como pusilánimes y testarudos; su característica principal está en que presentan siempre un estado mental inferior á la edad que en realidad tienen y más ó menos infantil.

A este estado mental infantil corresponden desórdenes motores variables y anomalías psíquicas, consistentes ordinariamente en ideas fijas, obsesiones y fobias. Un tic puede nacer de una idea fija, si esta idea es motriz, como puede nacer de una obsesión, si la idea obsesionante provoca una reacción motriz. En los niños, por ejemplo, la emoción de la primera comunión favorece el desarrollo de los escrúpulos religiosos.

Se ha llamado la *locura del por qué* á esa necesidad irresistible que impulsa á ciertos sujetos á buscar una explicación á los hechos más ordinarios. «¿Por qué tiene seis botones este vestido?» «¿Por qué Fulano tiene el pelo rubio?» «¿Por qué París está á orillas del Sena?», etc. Esta especie de obsesión es frecuente, y recuerda el por qué de los niños. Otra perturbación mental de los gesteros consiste en las fobias de todas clases: hidrofobia, topofobia, agorafobia, claustrofobia, etcétera, y todas las clases de delirios del tacto; estas fobias van de pareja con la tendencia melancólica é hipocondriaca de los gesteros, preocupados de su salud más de lo debido, y que, lo mismo que los neurasténicos, se observan minuciosamente y analizan sus menores sensaciones. Allado de estas fobias existen predilecciones raras y afectos absurdos: unos, no pueden

sentarse más que en un asiento determinado, ni dormir sino en cierta cama ó comer con cierto cubierto; otros, no pueden entrar en una habitación sino por una puerta, ó harán grandes rodeos para pasar por la misma calle, y en esta calle irán por la misma acera poniendo el pie en las mismas losas, etc.

En el mismo orden de ideas entra el amor exagerado del orden que algunos gesteros sienten, y la misma tendencia se traduce á veces por el afán exagerado de la precisión en los detalles más fútiles: de ahí, en los discursos digresiones interminables, paréntesis que engendran paréntesis sin fin, de modo que la idea capital queda anegada en un mar de pormenores. No todas estas manifestaciones son exclusivas de los gesteros; pero se implantan y crecen como en terreno propio donde quiera que aparece el tic.

## EDUCACIÓN

LAS LENGUAS VIVAS Y EL INTERNACIONALISMO.—Tal es el título de un artículo de Pedro Preteux, inserto en la *Nouvelle Revue internationale*.

Las exigencias de la vida moderna están produciendo en todas partes y en todos los órdenes servicios nuevos y continuas transformaciones de los antiguos para satisfacerlas. En Inglaterra se ha creado un Negociado intelectual (*Intelligence Department*) para poner al Gobierno al corriente del movimiento general de las ideas é instruirle en todos los proyectos tocantes al arte, á las ciencias y á la literatura. En Francia, otra comisión semejante, la *Oficina de informaciones y de estudios*, acaba de ser creada en el ministerio de Instrucción pública con el encargo de sostener relaciones frecuentes con las Universidades extranjeras, en particular con las de Upsal, Dresde y Estados Unidos.

El estudio de las lenguas vivas se ha impuesto por sí mismo para la vulgarización de la ciencia y del saber en el más amplio sentido. Alemania, por ejemplo, ha cargado de lenguas vivas el empleo del tiempo de sus alumnos; Francia, más

lenta en desprenderse de la rutina, ha llevado también este año á sus programas una modificación urgente. Por desgracia, el estudio de las lenguas ha sido en todas partes privilegio de las clases ricas durante mucho tiempo; hoy, afortunadamente, la enseñanza gratuita y obligatoria, extendida hasta la última aldea, ha abierto las puertas del saber á todos, completándose las escuelas, en las grandes ciudades por lo menos, con cursos gratuitos donde la juventud laboriosa perfecciona su instrucción, y en todos los cuales hay uno ó dos profesores para el estudio de las lenguas vivas. Algunos idealistas, soñando con la unidad absoluta, han hablado de una lengua universal. ¿Para qué? Imponed á cada pueblo el aprendizaje de una ó dos lenguas extranjeras, y estad seguro de ser entendido en todo el mundo.

Se ha hecho más por la difusión de las lenguas: se han creado pensiones de viaje, no sólo para las eminencias de las altas escuelas que se dedican á la enseñanza, sino para los alumnos de los cursos gratuitos. Es más: se han instituído cursos especiales para los extranjeros, y esta novedad, establecida por los *Summer Meetings* de Alemania, ha sido seguida ante todo en Francia por la Academia de Grenoble; luego profesores eminentes han tenido la feliz idea de dar conferencias en el extranjero, y el éxito más brillante ha coronado sus esfuerzos.

Y no es esto todo. Desde hace algunos años, á excitación del profesor de Instituto Mieille (y de otros muchos—podríamos añadir, citando especialmente al Sr. Merimée, de Tolosa) se ha organizado entre los alumnos de Francia, Alemania, Italia, España y los Estados Unidos una correspondencia regular en la que alternan las cartas en lengua propia con las en lengua extraña. Claro es que los resultados de esta correspondencia no son grandes, pues nadie hace milagros, y niños que apenas saben escribir su propia lengua, no es fácil que se conviertan por arte de magia en maestros de una lengua extranjera. Pero lo cierto es que esta correspondencia les inte-

resa, y con el atractivo de la novedad les obliga á fijar la atención y á sacar mayor partido de sus estudios.

Hay, por otra parte, en esta correspondencia algo más alto que ver: el niño tiene el don de la asimilación; al encontrarse con los giros y las ideas de su corresponsal, no tarda en compartirlas fundiéndolas con las suyas; orgulloso de la correspondencia que sostiene, siente viva simpatía hacia la nación representada por su corresponsal, y así un parisién acostumbrado á escribir una carta todos los meses á su compañero de Londres, siente amor á su camarada, á Londres y á Inglaterra, y no le gustará oír hablar mal de los ingleses, porque ¡tiene un amigo en Londres!, y hasta le parecerá bien todo lo que se hace en Inglaterra. Ese es el exceso natural, inevitable, propio del entusiasmo irreflexivo de la juventud. Pero ese adolescente será hombre, llegará á la madurez de su juicio y quedará en su espíritu y en su corazón el más sabroso fruto, la estimación justa y razonable de las cosas y de las personas.

Ese es el noble fin—uno de los fines—á que tiende el estudio de las lenguas vivas. Por él aprende el joven á conocer lenguas, razas y costumbres distintas de las suyas, y á juzgarse á sí mismo con menos parcialidad; conociendo mejor á su vecino, se ve fatalmente conducido á comprender mejor sus ideas y á explicarse sus modos de obrar; de aquí la tolerancia; y la tolerancia es hermana gemela de la paz, y la paz es la prosperidad, el progreso sin trabas, irradiando de la pura luz de la verdad, por el bienestar material y moral de los hombres.

Ahora bien, quien dice tolerancia, dice internacionalismo. Pero esta gran palabra, mal comprendida, asusta todavía hoy á los que imbuidos de ideas retrógradas, la traducen por antinacionalismo. El internacionalismo confunde en una sola todas las naciones. No excluye por eso el patriotismo, pero un patriotismo más amplio, más puro, más humano, cobijado por el estandarte augusto de la paternidad de los pueblos.



**IMPRESIONES Y NOTAS.**PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEU BARCELONÉS

LA PARODIA Y EL ARTE.—La parodia ha sido siempre estimada como una forma inferior del arte. Contra este concepto corriente de la parodia protestan en el *Bookman* Trowbridge Larred y Percival Pollard, y aducen en su alegato en pro de la parodia el argumento no despreciable de figurar, entre los cultivadores del género, nada menos que Shakspeare, Byron, Coleridge, Chaucer, Keats, Pope, Shelley, Swinburne y otros no menos ilustres literatos.

Entre los contemporáneos ingleses se han distinguido sobre todo, desplegando tesoros de ingenio, de sentido crítico y de humorismo, dos escritores de fama: Andrés Lang, en sus célebres *Cartas de autores muertos*, y el americano Bayardo Taylor, que sobresale en metamorfosear en las mayores simplezas las más brillantes páginas de Ruskin, de Morris ó de Swinburne, con gran regocijo de sus numerosos lectores. En España podríamos citar, por nuestra parte, á nuestro Mariano de Cavia, cuyas *Cartas de Ultratumba* y mil otras creaciones de su inagotable ingenio, son trozos admirables de nuestros más celebrados clásicos, que revelan tesoros de observación y atisbos preciosos de finísima crítica, demostrando en efecto que la parodia, manejada con acierto por quienes cuenten con recursos de talento y erudición poco comunes, puede elevarse á la dignidad y á las alturas del verdadero arte.

\*  
\* \*

LAS ESCUELAS MILITARES.—El médico de Sanidad militar Carlos Woodruff ha realizado una serie de estudios é investigaciones, cuyos resultados ha publicado el *Army and Navy Register* en un trabajo que ha producido enorme sensación en el mundo profesional, constituyendo un verdadero descubrimiento.

El descubrimiento consiste en la afirmación tajante de Woodruff de que las escuelas militares, en general, y la de West-Point, en particular, producen el aminoramiento físico y la aniquilación mental de sus alumnos. Su larga experiencia personal y las investigaciones llevadas á cabo en las mismas fuentes, permiten asegurar á Woodruff que un joven, cuando sale de la escuela de West-Point, aunque figure entre los primeros, sabe muchísimo menos en todas las materias que á su ingreso en la escuela, aunque entonces figurara entre los medianos. Hay, además, en ese joven un principio de atrofia de las facultades de comprensión, de memoria y de elocución, habiendo perdido, por otra parte, casi toda su resistencia y agilidad, su robustez y su destreza.

\*  
\* \*

LA TEMPERATURA DEL SOL.—Al sol debe toda su vida nuestro planeta, dice A. B. en *La Naturaleza*. ¿Cuál es la cantidad de calor que irradia sobre la tierra? ¿Cuál la que irradia en el espacio? ¿Cuál es su temperatura para poder producir tales efectos? ¿Cómo se mantiene y se conserva este calor?

Si pudiéramos distribuir con uniformidad la cantidad de calor que la tierra recibe en un año, sería ésta suficiente para liquidar una capa de hielo que envolviese al globo entero y que tuviese 30 metros de espesor. Y sin embargo, la tierra no recibe más que una ínfima parte del calor que el sol irradia en el espacio, del que sólo llega á la tierra una fracción, que puede calcularse en una dos mil ciento treinta y ocho millonava parte. ¿Cuál es, pues, el valor de la radiación total? Hay que apelar á comparaciones para formarse una idea de este valor: suponiendo helados todos los mares del globo, con una profundidad de un kilómetro, bastaría el calor irradiado por el sol en una hora para hacer hervir ocho veces el volumen de todos esos mares helados.

¿Cuál es entonces la temperatura del sol? Desde la de 1.396

grados centígrados que le asigna Vicaire hasta los 20.000 grados de Rossetti, los cinco millones del P. Secchi y los diez millones de Waterston, la distancia es grande, probando estas divergencias de los sabios que no existe una base positiva para un cálculo exacto. De todos modos, la temperatura del sol alcanza ciertamente cifras fantásticas, de que no podemos formarnos sino ideas confusas, pensando en los efectos del calor irradiado que antes hemos citado.

Ahora bien, y esta es casi la pregunta que más nos interesa: ¿cómo se conserva ese calor? Si una esfera de carbón del tamaño del sol ardiera constantemente, se consumiría al cabo de 500 años. ¿Cómo es que el sol no se ha enfriado todavía, después de tantos miles de años como cuenta de existencia? Dos causas principales contribuyen á la conservación del calor solar: una es la caída sin fin de bólidos atraídos por el sol, y cuyo choque produce un calor 9.000 veces mayor que el que daría la combustión de un peso igual al suyo; otra es la condensación de la nebulosa por la que está formado el sol; esta es la causa mayor, pues el calórico producido por condensación, según Helmholtz, es 12 millones de veces mayor que el emitido durante todo un año por el sol.

Continuando la condensación en la misma proporción, se necesita que el diámetro solar disminuya en un siglo una cienmilésima, cantidad inapreciable para nuestra observación, y que está más ó menos compensada, por otra parte, con la caída de aerolitos y bólidos. No hay, pues, que temer que el sol cese en sus funciones, y los sabios que han predicho la muerte de la tierra por el frío tendrán que esperar millones de años para ver cumplida su predicción. Esto sin contar con que en su movimiento de traslación hacia la constelación de Hércules el sol no encuentre mundos más considerables que los bólidos con que ahora se alimenta, que puedan renovar su potencia calorífica y aun aumentarla.

\*  
\* \*

LA CUESTIÓN RELIGIOSA, ¿EXISTE Ó NO?—Tal es la pregunta que se hace el Marqués del Vadillo en *Nuestro Tiempo*. Hablar de cuestión religiosa es tanto como preguntar si la Religión es algo que, por su naturaleza é importancia, ha constituido y debe seguir constituyendo un principio esencial de nuestra organización social, ó si, relegada á la categoría de elemento afectivo y personal, no tiene por qué ser tomada en cuenta en la vida de relación ó social, cuyo regulador es el derecho. Tal es en definitiva el carácter de la polémica contemporánea, en la que domina un sentido antireligioso, mantenido por los factores predominantes: el capital, influído por el sórdido interés y el cálculo egoísta, y los centros obreros, de donde ha desaparecido todo ideal, sustituido por la aspiración á la posesión de bienes materiales.

Donoso Cortés afirmaba que «en toda cuestión teológica hay siempre una cuestión política», y con esto queda sentado el carácter social de la Religión. La Religión lo abarca todo, en el orden universal y en el moral, no concibiéndose la vida y el orden social sin un principio moral y religioso del que fluyan las costumbres y surja el derecho. Y si la Religión es principio social, tiene que garantizar su vida y su ejercicio el derecho, informando ella las instituciones y los senos todos de la vida social. Así nos muestra la historia que ha sucedido constantemente y así tiene que suceder en la actualidad.

Lo que ha dado en llamarse cuestión religiosa no ha podido existir fuera del orden cristiano, donde con divina autoridad se trazaron las eternas fronteras de lo temporal y lo espiritual en las memorables palabras: «Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios». Suponer que puede ser solución á la contienda la humillación de cualquiera de ambas potestades ó el desconocimiento y lesión de sus esenciales derechos, es, sobre inútil y peligroso, absurdo: sólo el mutuo respeto y la libertad recíproca, generadores del necesario acuerdo, pueden ser soluciones aceptables de los conflictos posibles.

La normalidad social no puede ser la lucha, imponiéndose la paz entre ambas potestades para que pueda prevalecer la justicia y restablecerse el orden. Con la lucha ambas [han padecido, sin provecho para nadie. Importa convencernos de la necesidad de respetar y afirmar la Religión como ley de vida para los pueblos, entendiendo por Religión la religión católica, molde único de la civilización cristiana. La lucha religiosa actual representa un retroceso y una reversión hacia los ideales del paganismo, por su naturaleza cesarista. En esta lucha hay posiciones conquistadas por los distintos pueblos, y en las relaciones de estos pueblos con la Iglesia hay hijos pródigos que vuelven é hijos pródigos que pretenden irse: el paso de éstos, sobre ser funesto para su porvenir, constituiría el mayor de los errores y la más grande de las injusticias.

\*  
\* \*

LAS INYECCIONES DE VASELINA.—Una curiosa nota del doctor Romme en la *Revue* nos hace saber que en lugar de las complicadas, difíciles y pocas veces acertadas operaciones quirúrgicas destinadas á reconstituir ó arreglar una nariz rota ó desfigurada ó una mandíbula cancerosa, se ha descubierto por Gersuny un procedimiento mucho menos cruento y de éxito mucho más positivo: las inyecciones de parafina ó vaselina medicinal.

Bajo la piel de la nariz aplastada se inyecta sencillamente con una jeringa de Pravaz dos ó tres centímetros cúbicos de vaselina previamente liquidificada por el calor; la masa inyectada levanta y distiende la piel de la nariz, y como la parafina se solidifica á 37°, es decir, á la temperatura del cuerpo, no hay más que modelarla mientras se enfría bajo la piel, dándole la forma que se desea. Las narices así fabricadas son perfectas. La vaselina no se resorbe y hasta provoca en los tejidos vecinos un trabajo de reacción, formando una trama de

tejido conjuntivo que engloba y atraviesa en todos sentidos la vaselina; cuando se sacrifica un animal sometido á esta operación, se encuentra en el sitio de la inyección un cuerpo duro como un cartílago, una especie de fieltro conjuntivo, cuyas mallas están llenas de parafina, lo cual permite esperar que los resultados obtenidos por el método Gersuny sean definitivos ó poco menos. Algunas operaciones hechas de este modo tienen ya dos años de fecha, y la deformidad producida no se ha reproducido. En un enfermo se ha llegado á reconstituir así toda una mandíbula que había desaparecido al extirpar un cáncer. En otros casos se ha empleado también para corregir vicios de pronunciación, habiéndose llegado á reconstituir un esfínter destruído por un proceso traumático.

\*  
\* \*

OCULTISMO.—El profesor Angel Zuccarelli, de la Universidad de Nápoles, da cuenta, en la *Rivista de Diritto penale*, de un hecho que le ha ocurrido, del modo siguiente:

En el invierno último hubo en los alrededores de Nápoles varias nevadas; una fortísima, cuya influencia se hizo sentir mucho, y otra en la misma ciudad, el 5 de Enero: casi todas las veces—dice Zuccarelli—me ha sucedido que he soñado durante la noche, reproduciéndose en mis sueños lugares, personas y escenas de mi país natal, San Julián, en el corazón del Sannio; una de esas veces se me ha aparecido un tío mío materno, médico, septuagenario, sumamente aviejado, con aspecto de muerte. Algún tiempo después he sabido que precisamente en la época de mi sueño estaba en condiciones gravísimas de salud.

Yo estoy lejos de ser un epiléptico ó un histérico ó un neuropata constitucional; sólo he sufrido años hace algo de neurastenia (¿quién no la sufre hoy?) adquirida por exceso de trabajo y por las ásperas luchas con mis... amables colegas. Por eso hago notar la coincidencia (ocurrída también en años an-

teriores) entre la caída de la nieve y mis sueños. ¿Es que la sensación actual de la caída de la nieve despierta las imágenes de mi tierra nativa, registradas en mis arcas cerebrales sensorias? Puede también añadirse que la temperatura del aire á 0° ó por bajo de cero y la noche con su mayor homogeneidad de ambiente atmosférico fueran condiciones propicias á la transmisión de ondas vibrantes de lugares, personas y cosas de mi país hasta mí, de manera que dos órdenes de fenómenos, verificándose contemporáneamente, se compenetrasen y reforzasen.

Fácil es concebir que entre tantas imágenes despertadas apareciera la de mi tío, á quien había visto enfermo en épocas precedentes. En cuanto á la hipótesis de *ondas vibrantes*, la clarividencia á larga distancia es opinión en mí arraigada desde hace tiempo y corroborada por los dos grandes descubrimientos de los rayos Roentgen y la telegrafía sin hilos. Dado cierto *índice* especial de energía, velocidad y extensión de algunas ondas vibrantes en su punto de origen; dado cierto grado de temperatura, densidad, estado eléctrico, higrométrico, etc., del ambiente de transmisión; dadas especialísimas condiciones nerviosas, habituales ó momentáneas, del organismo á que llegan tales vibraciones, no debe resultar difícil que determinados sujetos en momentos dados, concentrando su fuerza nerviosa en determinados sentidos y dirección, puedan realmente advertir hechos que ocurren en puntos lejanos ó remotísimos.

FERNANDO ARAUJO.

## INDICE

---

|                                                                                                                                          | <u>Págs.</u> |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------------|
| <i>Su Majestad</i> (novela), conclusión, por Luis Couperus.....                                                                          | 5            |
| <i>Poetas americanos: Manuel Gutiérrez Nájera</i> , por Emilio Gallegos del Campo; <i>A una desposada</i> , por Enrique Pérez Valencia.. | 65           |
| <i>La literatura moderna en Francia</i> , por Emilia Pardo Bazán.....                                                                    | 69           |
| <i>El Convento de la Concepción, en Toledo</i> , por Rodrigo Amador de los Ríos.....                                                     | 89           |
| <i>Dos fracasos</i> , por A. Sánchez Pérez.....                                                                                          | 119          |
| <i>El problema religioso en España</i> , por Edmundo González-Blanco..                                                                   | 137          |
| <i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....                                                                                  | 167          |
| <i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....                                                                                    | 179          |